

pichones —todos casi en la edad de dejar el nido— y solamente uno o dos, sobre seis, a medio comer.

Había pues, un enemigo del palomar que salía de noche y mataba en silencio, sin ser visto por nadie, siendo diez veces más destructivo que el halcón, que sólo arrebatava un pichón por día, a la vista de todo el mundo y en una forma magnífica.

Lo dejé reflexionando sobre el misterio, aumentando su ira contra las ratas y me volví para explorar los barriles vacíos parados en el otro lado del galpón.

"¡Otro pichón!" grité de repente, lleno de orgullo con el descubrimiento, sacando el pájaro del fondo. Mi padre vino hacia mí y empezó a examinar el animalito muerto, cada vez más enojado. Luego grité con júbilo, de nuevo: "¡Otro pichón!" y otro y otro hasta cinco veces. "¡Ratas, ratas! —exclamó—, ¡Matar todos estos pichones y arrastrarlos hasta aquí nada más que para ponerlos en barriles vacíos! ¿Quién ha visto semejante cosa?". No usó lenguaje más fuerte. Como la maravillosa y sensata hija del vicario, descrita por Marjory Fleming, "él nunca pronunció una sola maldición", porque no entraba tal lenguaje en su modo de ser, pero se volvió lleno de cólera hacia los cajones.

Mientras, continué mis tareas investigadoras. Prosiguiéndolas, al mirar el interior de un barril vacío, sufrí uno de los mayores sobresaltos que he experimentado. Abajo, en el fondo de éste, había una gran lechuza pintarrajeada de marrón y amarillo, de una clase que nunca había visto; parada, sujetaba en sus garras un pichón muerto y los ojos asustados dirigíanse hacia mí. ¡Qué cara! Un disco redondo y gris, con líneas negras que, como los rayos de una rueda, salían del centro donde tenía el pico, y los ojos abiertos, de mirada fija y color anaranjado. La cabeza estaba coronada por un par de orejas o plumas en forma de cuernos. Por unos pocos momentos nos miramos mutuamente, y yo, armándome de valor grité: "¡Padre, una lechuza!". Aunque nunca había visto otra igual, sabía que lo era. Hasta ese momento, no había conocido otra lechuza, exceptuando las de las vizcacheras, pájaro pequeño de color gris y blanco, medio diurno en sus hábitos, con un bonito canto semejante al de la paloma cuando sobrevuela la casa de noche.

Rápidamente mi padre vino corriendo hacia donde yo estaba llevando una barra de hierro en la mano. Dirigiendo su mirada al contenido del barril, inició enérgico ataque contra el pájaro. "¡Este es, entonces, el criminal — gritó —. ¡Esta es la rata que ha estado destruyendo mis aves a montones! Ahora me las va a pagar". Y golpeándola con la barra, ínterin el ave forcejeaba para levantarse y escapar, consiguió matarla. Fué aquélla la primera y única vez que vi a mi padre matar a un pájaro. Solamente su excesiva cólera contra el ladrón de sus preciosos pichones, lo impulsó a realizar algo tan contrario a su idiosincrasia. Permitía que matasen pichones, patos silvestres, chorlos, agachadizas, chorlitos, perdices y varios más que le gustaba comer, pero la muerte tenía que ser dada por otros; y sólo lo toleraba siempre que el acto respondiera a la necesidad de la mesa. Por eso disculpaba al halcón y hasta dejó que, por muchos años, un casal de caranchos — pájaros que destruyen aves caseras, corderos recién nacidos y lechoncitos — tuvieran su gran nido en un viejo árbol de durazno.

Nunca lo vi más enojado que cuando uno de nuestros visitantes y huésped, salió con su escopeta y, haciendo un disparo, derribó una golondrina.

Guardo perenne memoria de mi primer encuentro con el lechuzón, especie vagabunda, familiarmente conocida en Inglaterra con el nombre de "lechuza de octubre". Habita en toda Europa, Asia, Africa, América, Australia y en muchas islas del Atlántico y Pacífico. Ninguna otra familia de pájaros ocupa tan vasta

extensión. Sin embargo, nadie en casa podía explicarme algo acerca de ella. Limitábanse a decirme que se trataba de un lechuzón, lo que yo ya sabía. Algunos meses más tarde conseguí nuevos datos, cuando empecé a vagar por la llanura, jinete en mi petiso.

Uno de los sitios a que más me sentía inclinado en ese entonces — cuando mis giras se reducían a una pequeña zona — consistía en determinado pedazo de terreno, situado en un bajo, como a media legua de casa, y el cual, debido a la humedad, ostentaba siempre vívido color verde. En primavera, presentábase a modo de una pradera de Inglaterra, perfecto jardín de flores silvestres. En virtud de su tendencia a inundarse en los inviernos lluviosos, era esquivado por las vizcachas, los grandes roedores que hacen sus guaridas o aldeas en inmensas madrigueras por toda la planicie. Allí iba yo en busca de las flores encantadoras que no se encontraban en otros lugares. Una de ellas — la favorita, especialmente por su deliciosa fragancia — era el pequeño lirio, llamado por los nativos lágrima de la Virgen. También allí, una hectárea, aproximadamente, estaba cubierta por lindas plantas de aspecto peculiar, con exclusión completa de altos yuyos y otras hierbas. Crecían en pequeños montones como arbustos, y cada planta se componía de veinte o treinta tallos de una rigidez de madera y más o menos de ochenta centímetros de altura. Los tallos hallábanse densamente cubiertos con hojas redondas, suaves al tacto como el terciopelo y de un verde tan oscuro que, a una pequeña distancia, parecían casi negras, resaltando sobre el verde brillante del césped. Su hermosura destacábalas en la estación de su florescencia, cuando cada tallo producía su docena o más de flores, creciendo separadamente entre las hojas, de tamaño y forma como la flor del escaramujo, con pétalos de un hermoso y puro amarillo. Creciendo las flores unidas al tallo, para cogerlas precisábase cortar éste hasta la raíz con todas sus hojas y flores, lo que hacía yo a veces para llevárselas a mi madre, quien tenía gran aprecio por las flores silvestres. Pero, tan pronto como salía yo con un atado de tallos florecidos en la mano, los hermosos y delicados pétalos empezaban a caer y, antes de estar a mitad del camino de nuestra casa, no quedaba uno solo. Tan extrema fragilidad o sensibilidad, me sugería la idea de que esta flor era, más que una mera flor, algo así como un ser sensible, y que poseía una percepción que la obligaba a dejar caer sus pétalos brillantes y morir cuando se la removía de la raíz y del suelo de origen.

Un día cabalgaba yo lentamente entre aquellos montones de hojas verde botella, cuando una gran lechuza, de color amarillo marrón, se levantó a un metro de las patas del caballo. Al instante la reconocí como de la misma clase a la que pertenecía nuestro misterioso destructor de pichones. Y allí mismo, en el suelo, donde se había elevado, encontrábase el nido, que era tan sólo una pequeña depresión rellena con unos pocos pastos secos, que le servían de forro y donde hallábanse depositados cinco huevos blancos y redondos. A partir de entonces, fui un asiduo visitante de las lechuzas. Durante tres veranos anidaron en el mismo sitio, a pesar de la inquietud que sufrían por mi culpa. Vi a sus pequeñuelos, de raro aspecto, revestidos de pelo suave y blanco. Sus cabezas, largas y angostas, les hacían parecer más a las aves acuáticas que a las lechuzas de redondas y chatas caras. Me familiaricé con ellas.

Más tarde llegué a conocer mejor aún al lechuzón. Transcurrió un año, o varios, sin ver uno. De repente se presentaron en gran cantidad. Observé, luego, que sucedía siempre esto cuando existía un notable aumento de cuises y de otros pequeños roedores. Las lechuzas de toda la comarca parecían tener — de un modo misterioso — conocimiento de la abundancia de éstos y se apresuraban a aprovecharse. En dichos períodos se las podía ver por las tardes, antes de ponerse

el sol, en busca de presa, inspeccionando el pastizal como aves de rapiña y dejándose caer súbitamente, a ratos, mientras que, al cerrar la noche, resonaban sus solemnes graznidos como el ladrar de un mastín a gran distancia.

Al describir el palomar, he mencionado nuestro famoso pastel de pichones. Séame permitido incluir, en este capítulo, un relato más detallado de nuestra manera de vivir con respecto a la alimentación, tema fascinante para muchos. Los psicólogos nos expresan una triste verdad cuando manifiestan que el gusto, siendo de nuestros cinco sentidos el más bajo y menos intelectual, es incapaz de registrar impresiones en la mente. Por lo tanto, no podemos evocar sabores desvanecidos, como podemos hacerlo con imágenes y sonidos de tiempos pretéritos. Los olores también, cuando dejamos de sentirlos, se desvanecen y no vuelven; así solamente nos acordamos de la calle de naranjos en flor, por donde anduvimos una vez y de las camadas de tomillo silvestre y poleo al sentarnos en el pasto, así como de los campos en los cuales florecían las habas y la alfalfa, satisfaciéndonos y alimentando cuerpo y alma con sus deliciosos perfumes. De la misma manera, podemos recordar las buenas cosas que consumíamos muchos años atrás, cosas que no podemos comer ahora, porque no somos capaces de digerir y asimilar. Es como revivir peligrosas aventuras pasadas, en los días intrépidos de nuestra juventud, cuando gustábamos del peligro por el simple placer de correrlo. Así teníamos, por ejemplo, la ensalada de papas frías, en tajadas, con cebollas, empapadas en aceite y vinagre, plato soberbio con carne fiambre. También nos deleitaban las tortitas de harina de maíz, servidas con almíbar a la hora del desayuno, y aun paladeábamos otras no muy digestivas. Por lo general, se servía un desayuno, almuerzo a mediodía, té a la tarde con pan caliente, *scones* y duraznos en conserva, y una cena fría a última hora. Para desayuno nos daban igualmente costillas de cordero, café y cosas hechas con maíz. Los huevos abundaban: de gallina, de pato, de ganso y de aves silvestres; patos salvajes y chorlos, en la respectiva estación. En primavera — de agosto a octubre — teníamos, de vez en cuando, para el desayuno, algún huevo de avestruz presentado en forma de inmensa tortilla, el que resultaba un plato exquisito. El procedimiento criollo<sup>30</sup> de pasar una varilla de hierro al rojo a través del huevo y enterrarlo luego en las cenizas calientes para terminar de cocinarlo, no nos gustaba. Desde el fin de julio hasta el fin de septiembre, nos banqueteábamos con huevos de tero. La apariencia y el sabor equivalían exactamente al de los huevos de nuestra avefría, siendo más grandes los de la hembra del teno argentino, pájaro mayor que su pariente europeo. En aquellos lejanos días, las aves abundaban excesivamente por todas las pampas donde pastoreaban las ovejas. Por aquellos años, contábase pocos cazadores de aves silvestres. A nadie se le ocurría matar un tero para comer. El país no había sido invadido por inmigrantes europeos destructores de pájaros, especialmente por italianos. Fuera de la zona de ovinos, en campos dedicados a la cría de vacas — donde los duros pastos autóctonos permanecían intactos — el tero escaseaba.

Recuerdo que una mañana, cuando yo tenía trece años, salí después del desayuno a buscar huevos de tero, exactamente en la época en que las aves anidaban, cuando todos los huevos que uno encontraba eran prácticamente recién puestos.

Mi procedimiento, el mismo usado por los muchachos del campo, consistía en ir fijándome dónde se alzaban los teros mientras galopaba. Era necesario practicar este método para tener feliz éxito, pues, en muchos casos, se veía que las

---

<sup>30</sup> Al rescoldo.—N. del T.

avecillas se elevaban en varios puntos a un mismo tiempo y se imponían la complicada labor de anotar y guardar en la memoria los sitios exactos, para visitarlos sucesivamente y encontrar los nidos. El método inglés de salir y dividir en cuadrados el terreno en busca de ellos — en los sitios probables donde anidan las aves — resultaba muy lento para nosotros.

Los nidos que encontré aquella mañana contenían uno o dos y a veces tres huevos; difícilmente cuatro. Antes de mediodía, había regresado con sesenta y cuatro huevos en la bolsa. Ese fué el número mayor que recogí en una sola vez.

Nuestra comida consistía en carne cocida o asada, zapallo, choclos en la estación y batatas, además de los otros vegetales comunes y de las verduras. Budines de harina de maíz y de zapallo, y tortas, figuraban entre nuestros platos habituales, pero concedíamos preferencia al pastel de durazno, hecho como una torta de manzanas tapada con masa, que se preparaba desde mediados de febrero hasta abril, y aun en mayo, cuando maduraba la variedad tardía que llamábamos "duraznos de invierno".

Mi madre, inteligente y económica dueña de casa, hacía más uso de esa fruta que cualquier otra señora, residente en el país, que poseyera un monte de duraznos. Sus duraznos en conserva, que nos duraban todo el año, adquirieron excelente fama en el vecindario. Esa conserva de duraznos se encontraba en la mayoría de los hogares ingleses, pero nuestra casa era la única en que se hacían "escabechados". Yo creo que ella fué quien inventó ese modo de aderezarlos. Ignoro si tal sistema ha sido imitado. Sólo sé que los teníamos siempre en nuestra mesa y que tanto nosotros como los de afuera los preferíamos a cualquier otra cosa.

Viene a mi memoria un incidente divertido respecto a nuestros duraznos "escabechados". Lo relataré justamente, porque sirve para presentar a otro de nuestros antiguos vecinos criollos. Nunca pensé en él, cuando describía a los tipos precedentemente analizados, por no estar tan cerca de nosotros y haberlo visto muy poco a él y a su gente. Llamábase Ventura Gutiérrez y se titulaba "estanciero". Le quedaba, empero, muy poca tierra y prácticamente, ninguna hacienda, pues no merecían ser designadas como tal unas pocas vacas, ovejas y caballos. Su fortuna hacía tiempo que venía desmoronándose. Casi no le quedaba nada de ella. No obstante, disponía de un espíritu valeroso, tenía un modo de ser gentil y alegre y se vestía bien, a la moda europea, con pantalones, saco y chaleco. Esta última prenda de vestir era de raso color azul subido. Hablaba sin cesar de sus posesiones, su casa, sus árboles, sus animales, su señora y sus hijas. Gozaba de gran popularidad en el pago, sin duda porque era el padre de cuatro hijas muy bien parecidas y casaderas. Como tenía la casa abierta, su cocina encontrábase siempre llena de visitas, concurriendo, por lo general, hombres jóvenes, que tomaban mate durante horas seguidas y resultaban agradables a las niñas.

Uno de los rasgos más divertidos de don Ventura — es decir, para nosotros los jóvenes — estribaba en su sonora voz. Opino que, en aquella época, los estancieros y ganaderos levantaban la voz según su importancia en la comunidad. Por eso, cuando varios gauchos galopaban por la llanura, persiguiendo caballos, apartando o marcando ganado, el que actuaba de jefe de la pandilla daba sus órdenes con toda la fuerza de que era capaz.

Probablemente ha sido de esta manera que los estancieros y las personas con autoridad han adquirido el hábito de gritar en todo momento. Así, pues, festejamos la visita de don Ventura a mí padre y nos alegramos la vez que consintió en quedarse a comer con nosotros. Nos gustaba oír su conversación en tono tan alto.

Mis padres se disculparon por no tener más que carne fría, pierna de cordero, perdices en escabeche, pastel frío y así sucesivamente. "Verdaderamente — replicó — el hombre de campo rara vez come carne fría. La gente acostumbra a tenerla en su casa, por lo general, cuando hay chicos, pues cuando un niño tiene hambre y llora, su madre le da un hueso con algo de carne, lo mismo que en otros países donde el pan es común, se le da un pedazo de éste. No obstante, la probaría". Observó que había otras cosas sobre la mesa. "¿Y qué es esto?", gritó, apuntando dramáticamente a una fuente con duraznos picados, grandes y de un color muy verde. Al oír la respuesta, exteriorizó su sorpresa. "¡Duraznos, duraznos en invierno! ¡Esto sí que es extraño!", prorrumpió.

Se le explicó que se trataba de duraznos en vinagre y que se acostumbraba a comerlos en nuestra casa a la hora de cenar. Probó uno con el cordero. Aseguré en seguida a mis padres que nunca en su vida había comido algo tan bueno, tan sabroso, tan rico. Debido a los duraznos, o a que el cordero fuera distinto a los otros, la verdad era que nunca había gustado un plato semejante. Quería saber cómo se hacía el escabechado. Se le explicó que se agarraba fruta grande, sana, a medio madurar (cuando el dedo deja una señal en el durazno, está demasiado maduro). Los duraznos escogidos eran lavados y secados. Puestos después en un barril, se les cubría con vinagre hirviendo y se les ponía un puñado de clavos de olor. Se tapaba el barril y así se les dejaba por un par de meses. Transcurrido ese tiempo, la fruta quedaba debidamente escabechada. Se preparaban dos o tres barriles llenos en cada estación y nos duraban todo el año.

Implicaba una revelación — exclamó — sintiendo que él y los suyos no hubieran poseído este secreto antes, El también tenía un monte de duraznos y cuando maduraba la fruta, su familia ayudada por todos los vecinos — se regalaba desde la mañana hasta la noche con ella, y escasamente dejaban lugar en el estómago para el asado, cuando llegaba la hora de comer. En muy pocas semanas —casi en días— la fruta se había terminado y tenían que lamentarlo. ¡No volverían a disponer de más duraznos hasta pasados doce meses! Todo aquello había de cambiar. Daría órdenes a su mujer y a sus hijas para que escabecharan duraznos; una bordelesa entera, o dos, o tres, si una no fuera suficiente. El las proveería de bastantes litros de vinagre y de clavos de olor a montones. Y cuando tuvieran los duraznos así preparados, comerían cordero frío, como cena, todos los días del año y gozaría de la vida como hasta entonces nunca lo hiciera.

Su programa duraznero nos divirtió mucho. Sabíamos que el pobre don Ventura, a pesar de su fuerte voz de mando, carecía de autoridad en la casa. En ella gobernaba su mujer, cooperada por el consejo de cuatro hijas casaderas, cuyo principal objeto en la vida se reducía a los pequeños bailes, a otras diversiones y a conseguir novios que tuvieran bastante coraje para casarse con ellas, o, en último término, para llevárselas de la casa.

## Capítulo XV

*Mi amor por las aves. - Mamíferos en nuestro nuevo hogar. Cómo se inculca a la infancia el temor a las víboras. - Colonia de víboras en la casa. - Coordinación de silbidos. - Pelechos de víboras. - Una salvadora de serpientes. - Nuestros vecinos los Blake.*

### LA SERPIENTE Y EL NIÑO

No es raro que un niño se sienta más profundamente impresionado a la vista de una culebra que a la de cualquier otro animal. Tal es por lo menos mi experiencia.

Ciertamente, los pájaros me producían mayor placer que otros animales; y esto también es común en todos los niños. Pienso que la razón se halla no solamente en la belleza de los pájaros, sino también en la intensidad de vida que ellos demuestran; una vida tan vívida, tan brillante, como para hacer que otros seres – como los reptiles y los mamíferos – parezcan en comparación una pobre cosa. Los pájaros significaban para mí, más que todos; pero los mamíferos atraíanme también grandemente. He hablado ya de las ratas, de las comadreas y de los peludos, así como de la vizcacha; gran roedor que cavaba sus madrigueras en la planicie. Una de mis primeras emociones la causó el terrible clamor que hacían por la noche aquellos animales, cuando se asustaban súbitamente por un fuerte ruido, como el retumbar del trueno. Cuando teníamos visitas de la ciudad, especialmente personas que eran extrañas a la región y no conocían a la vizcacha, las llevábamos, después de comer, a poca distancia de casa en plena obscuridad y silencio. Luego de permanecer inmóviles por algunos minutos para que la quietud resultase absoluta, disparábamos un tiro de fusil. A los dos o tres segundos de producirse la detonación, oíase un bullicio extraordinario: el clamor salvaje de cientos y miles de alaridos que salían de todas partes de la llanura, alaridos que parecían venir de múltiples y diversas especies de animales. La variedad presentábase completa, oyéndose desde los más bajos y profundos sonidos, hasta los gritos y chillidos agudos, como de aves de penetrantes voces. Nuestros visitantes quedaban atónitos.

Nos impresionaba profunda y penosamente el zorrino. Pequeño e intrépido, con toda osadía se acercaba a la casa por las tardes. Generalmente andaban varios juntos, y como los perros los vieran y atacaran, se defendían despidiendo un líquido de espantoso mal olor, que descargaban sobre sus adversarios. Cuando el

viento llevaba semejantes ondas al interior de nuestro hogar, por las puertas y ventanas abiertas, causaban tanto desagrado, que la gente, casi mareada, se trasladaba a otra habitación o se dirigía al exterior del edificio, escapando a los malhadados efluvios.

Otro animal que a nosotros nos parecía muy lindo era el venado. También despedía fuerte olor, aunque no tan repugnante como el del zorrino. Lo vi por primera vez a la edad de cinco años, cuando nos mudamos a la nueva casa, desde donde acompañábamos algunas veces a nuestros padres en sus visitas a vecinos que se hallaban a leguas de distancia. Siempre encontrábamos cuadrillas de venados en los campos en que más florecían los cardos silvestres. Nos complacía arrimarnos a ellos y contemplar sus amarillas siluetas destacándose entre el cardal verde-grisáceo, mirándonos inmóviles, para súbitamente girar y huir a escape, prorrumpiendo en un grito sibilante, al propio tiempo que el viento nos traía a las narices su tufo almizclado.

Pero existía algo en la serpiente, que producía un efecto muy distinto y más poderoso que el originado por un ave o por un mamífero. Su presencia siempre inspiraba temor, y a pesar de haberla visto a menudo, no podíamos sustraernos a dicha sensación. Esta — sin duda, a mi juicio — la habíamos heredado de nuestros mayores, quienes miraban a las víboras como animales de mortíferos efectos. En mi infancia ignoraba que la mayoría no causaba daño y que resultaba tan insensato matarlas como matar aves inofensivas y hermosas. Habíanme aconsejado que, cuando viera una víbora, retrocediera y huyese. Cuando fuera ya crecido, correspondería que buscara un palo largo y la matase. Además se me previno que era muy difícil hacerlo, pues muchas personas creen que la víbora no muere verdaderamente hasta que el sol se pone. Por eso cada vez que yo mataba una (y para hacerla impotente hasta la puesta del sol) necesitábase que la machacara con el palo ya mencionado.

Con esta enseñanza, no era extraño que, aun siendo yo un niño, me convirtiera en perseguidor de víboras.

Abundaban en nuestro alrededor culebras de siete u ocho clases diferentes, verdes entre el pasto verde; amarillas y pintadas de oscuro en las partes secas y áridas y entre las hierbas marchitas, de modo que difícilmente se las descubría. A veces se introducían en las piezas. En todas las habitaciones existía algún nido o colonia de culebras, en los antiguos y anchos cimientos de la casa y debajo de los pisos. Durante el invierno vegetaban allí enredadas, juntas en montón, y durante las noches de verano, cuando estaban en su vivienda reposando enroscadas o deslizándose como fantasmas por sus aposentos subterráneos, me quedaba despierto y las escuchaba horas y horas seguidas. Porque aunque lo ignoren ciertos ofideólogos de gabinete, la verdad es que las serpientes no permanecen todas tan mudas como muchos creen. Entre ellas la *philodryas aestivus*, hermosa e inofensiva culebra de casi un metro de largo, toda manchada como de tinta negra sobre un fondo verde vivo, no sólo emitía determinado sonido cuando reposaba en su guarida sin ser molestada, sino que, varias de ellas, sostenían conversaciones entre sí, las que me parecían eternas, porque no podía dormirme hasta que ellas terminaban. Semejante conversación parecía un silbido prolongado, es cierto, pero con modulaciones y variaciones considerables; un silbido largo, seguido por sonidos como golpes, que se oían claramente, a la manera del tictac de un reloj. Después de diez, veinte o treinta golpes, notábase otro silbido, similar a extenso y exhalante suspiro, a veces, como un temblor como el de una hoja seca vibrando rápidamente con el viento. Tan pronto terminaba uno, otro empezaba, y así seguía, pregunta y respuesta, estrofa y antistrofa, y a intervalos, varias voces se unían en

coro bajo y misterioso, mientras yo, despierto en mi cama, escuchaba temblando. La pieza hallábase a oscuras y para mi imaginación excitada, las serpientes no se quedaban mucho tiempo debajo del piso, sino que salían afuera deslizándose de aquí para allá en nuestro dormitorio, con las cabezas erguidas, entregadas a una danza mística. Frecuentemente, horrorizábame al pensar que mis pies desnudos podrían tocar aquellos cuerpos viscosos si yo sacara una pierna y la dejara colgar a un lado de mi cama, o si decidiese levantarme.

"Estoy encerrado en una pieza oscura, con la vela apagada", exclamó patéticamente el viejo agricultor Fleming, cuando oyó que su hermosa hija Dahlia se había escapado clandestinamente, a lejano país, con un amante desconocido. "Yo he oído hablar de la clase de temor que se siente, en el caso de colocar los dedos sobre cortantes cuchillos y si doy un paso, si sigo pensando en ello y tiento mi camino, sé que me cortaré y sangraré. Solamente en un país relativamente sin víboras podían nacer tales fantasías y usarse tales metáforas; sin víboras y altamente civilizado, en donde las hojas afiladas de Sheffield son baratas y abundantes.

En países más rústicos, donde abundan los ofidios como en la India y Sudamérica, en la obscuridad, uno teme el frío anillo viviente y el colmillo rápido y mortal.

Las serpientes revestían contornos terribles para mí en ese período. Pero cualquier cosa terrible y peligrosa — o con esa reputación — posee atracción irresistible, ya sea para el niño como para el hombre, y por eso constituía placer haber visto una culebra en mis correrías del día, a pesar de que me sobresaltaba. También en el verano producíame vivo placer encontrar el pelecho del temido y astuto animal. Sin ser la serpiente misma, resultaba el facsímil de ella, aunque muerta y disecada, perfecta, desde la máscara segmentada con los brillantes ojos faltos de vista hasta la punta de la cola fina como un látigo. Yo lo podía manosear, manosearlo como si fuera el ofidio, pero sin el peligro del diente venenoso o de la picadura de la lengua. Es cierto que carecía de color, pero era de un brillante plateado, suave al tacto como el raso, crujiendo cuando se le estrujaba, con un sonido que, para la fantasía sobresaltada, traía a la memoria el peligroso y viviente silbido que surgía entre los pastos secos. Yo apretaba mi presa con inmenso regocijo, como si hubiera recogido una extraña pluma, desprendida al pasar, del ala de uno de los ángeles, que, aunque caídos, se les juzga siempre hermosos... Y aumentaba más mi satisfacción, cuando, exhibiendo mi tesoro en casa, la primera visión de él causaba visible excitación y exclamaciones de alarma.

Cuando mi coraje y fuerza adquirieron caracteres propios, naturalmente empecé a tomar parte activa en la persecución de las serpientes. ¿Acaso no era yo también de la simiente de Eva? No puedo decir cuándo empezaron a cambiar mis sentimientos hacia nuestros castigados enemigos. Un incidente que presencié en aquel tiempo, cuando yo no pasaba de los ocho años, ejerció sobre mí una gran influencia, haciéndome pensar acerca de un tópico que no considerara antes suficientemente importante como para dedicarle reflexiones.

Andaba por la huerta caminando detrás de un grupo de personas mayores, casi todas visitas, cuando se produjo entre los que iban adelante gritos repentinos, gestos de alarma y una súbita retirada, todo porque descubrieron una víbora echada en el camino y a la que casi pisaron. Uno de los hombres, el primero en encontrar un palo o quizás el más guapo, corrió adelante y en el preciso momento en que se proponía dar el golpe mortal, una de las señoras le sujetó el brazo impidiéndole moverse. Entonces, agachándose con rapidez, aquella señora tomó el reptil en sus manos y, retirándose un poco, dejándolo caer entre el yuyal inmediato,



tan verde como su lustroso pellejo y tan frío como él al tacto. Aunque esto sucedió en lejana época, quedó ese episodio tan vivo en mi mente, que me parece hubiera sucedido ayer.

Volvió la señora hacia nosotros, por entre los árboles de la huerta, con la cara resplandeciente de júbilo por haber salvado al reptil de una muerte segura. Su regreso fué saludado con ruidosas y simultáneas exclamaciones de horror y de admiración, a las cuales ella sólo contestó con una sonrisa, preguntando: "¿Por qué matarla?" Pero ¿por qué me pareció tan contenta, tan inocentemente contenta, como si hubiera realizado algo meritorio y no una mala acción? Mi mente infantil quedó preocupada con la pregunta. No hallé respuesta entonces. Sin embargo, creo que el incidente dió frutos más tarde, impulsándome a la reflexión de si no era mejor perdonar que matar; no solamente para el animal perdonado, sino también para la propia alma.

La mujer que efectuó aquel acto extraordinario dejó caer con su gesto una diminuta semilla en la conciencia de un niño. Ella y su marido, un hombre llamado Mathew Blake, nuestros segundos vecinos ingleses más cercanos, vivían a una buena distancia de los Royd y no solíamos visitarlos mucho. Para mí, ellos no tenían nada interesante, ni tampoco los alrededores de su morada, ya que no poseían familia ni otra gente consigo, sino sólo peones del país. Sobre todo, carecían de montes donde se pudieran encontrar pájaros. Eran típicos ingleses de la clase media más baja, que no leían libros y que conversaban únicamente sobre sus asuntos y los de sus vecinos. Mr. Blake, hombre muy grande, que tenía un metro ochenta y seis de talla, gozaba de robusta contextura. En su cara redonda y roja, rasurada, con excepción de las patillas, se destacaban sus ojos insípidos de azul claro. Invariablemente vestía de negro, siendo la ropa (hecha en la casa) demasiado grande para él. Sus anchos pantalones hallábanse metidos dentro de sus altas botas. Mr. Blake no era para nosotros más que un hombre enorme, serio, algo silencioso, que prescindía de los niños. Rudo y pesado, hablaba muy mal el español. Sus vecinos tenían buen concepto de él y le juzgaban como persona respetable y digna. Sin amigos íntimos, figuraba entre esos sujetos desgraciados, no raros en el medio inglés, que parecen encontrarse parados detrás de una muralla y, aunque lo desean, les escasea la fuerza indispensable para acercarse y mezclarse con sus semejantes.

Creo que contaba de cuarenta y cinco a cincuenta años cuando yo tenía ocho. Su señora parecía mayor y era baja, sin gracia y algo encorvada. Usaba gorra de sol, una bata y una pollera vieja, hecha por ella misma. Tenía pelo fino de un color amarillo grisáceo, ojos azul pálido y a pesar del color rosado de sus mejillas, causado por el sol, su cara ofrecía aspecto marchito y cansado. Pero aventajando a su gigantesco marido, se sentía feliz mezclándose con sus semejantes. Amaba los animales: caballos, perros, gatos y aun a cualquier bestia salvaje que encontrara en su camino.

Los Blake, casados hacia un cuarto de siglo, habían pasado más de dos décadas de su vida solitaria — sin hijos — en un rancho construido de adobe, criando ovejas en la pampa. Poco a poco habían acumulado una pequeña fortuna, poseyendo entonces cerca de una legua cuadrada de tierra, con veinticinco a treinta mil ovejas, habiéndose edificado una casa de ladrillos grande y fea, en la cual vivían. Así se habían asegurado el premio, en procura del cual se trasladaran a tantos miles de leguas de su país y trabajado múltiples años. No eran felices empero. El pobre Mr. Blake, separado de sus semejantes por la consabida muralla — que presentía siempre delante de sí — había encontrado compañía en la botella, viéndolo cada vez menos sus vecinos. Cuando su señora venía a nuestra

casa a fin de quedarse dos o tres días, "para cambiar de aires" — aunque la suya distaba sólo un par de horas de viaje a caballo — era probablemente porque su marido, muy borracho, se había puesto inaguantable. Recuerdo que siempre llegaba muy triste y deprimida, pero luego de estar algunas horas entre nosotros recobraba su vivacidad y se ponía alegre y locuaz. Por las tardes, cuando hacíamos música, a veces consentía después de hacerse rogar mucho, en cantar algo. Los jóvenes nos llenábamos de júbilo al conocer su resolución. Poseía Mrs. Blake una voz débil y quebrada, que siempre en las notas altas originaba el falsete. Su canción favorita era *Hogar, dulce hogar* y su interpretación, con esa voz lamentosa y quebrada, era para nosotros una fiesta tan grande, como la extraña risa de nuestro grotesco vecino Gándara. He ahí cuanto puedo decir de ella. Sin embargo, cuando evoco aquel episodio de la víbora en la huerta, no me parece tan fea, y su voz me suena bastante dulce.

## Capítulo XVI

*Nuevos sentimientos sobre las víboras. - Las comunes del país. - Lugar árido. - Descubrimiento de una gran víbora negra. - Acechando su reaparición. - Viéndola entrar en la cueva. - El deseo de volverla a ver. Vana búsqueda. - Observando un murciélago. -La serpiente negra reaparece a mis pies. - Emociones y conjeturas. - Melanosis. - Mi hermana menor y la extraña víbora. - Misterio solucionado.*

### EL MISTERIO DE UNA SERPIENTE

Fue solamente después del episodio relatado en el último capítulo y tras de descubrir que la serpiente no resultaba infaliblemente peligrosa para los seres humanos, y luego de saber que, por lo tanto, aquellos reptiles no debían ser eliminados de inmediato y machacados, por temor de que sobrevivieran y se escaparan antes de la puesta del sol, cuando empecé a estimar su singular belleza. Algún tiempo más tarde, tuve una aventura que me produjo nueva sensación: la de algo sobrenatural que existía en la serpiente y que parece haber sido universal entre los pueblos de primitiva cultura, sobreviviendo aún en algunos países salvajes o semisalvajes, entre otros el Indostán, herederos de antiguas civilizaciones.

Las víboras con las cuales me familiarizara desde niño hasta aquel entonces, tenían un tamaño relativamente pequeño, siendo la mayor de mi conocimiento, la víbora de la cruz, descrita en uno de los iniciales capítulos de este libro. El ejemplar más grande de estos ofidios que encontré, medía menos de un metro treinta de largo, pero su cuerpo era grueso como el de todas las víboras de cueva. Además, había la culebra verde y negra, mencionada en el precedente capítulo, habitante común de la casa, la que raras veces excedía del metro, y otra del mismo género, más común en el campo. En pocas ocasiones hacía yo un paseo a pie o a caballo sin verla. En tamaño y forma se parece a nuestra generalizada culebra de los pastos y fué antiguamente clasificada por los naturalistas, dentro del mismo género, con el nombre de *coronella*. Muy hermosa, su cuerpo de un pálido verde gris manchado de negro, hállase decorado con dos líneas paralelas de rojo brillante, que se extienden desde el cuello hasta la delgada punta de la cola. De las otras, la más interesante era una culebra menor, de brillante colorido y vientre con fajas alternadas de color carmesí y azul vivo. A esta culebra la consideraban todos

como excesivamente venenosa y muy temible por su irascibilidad y por la costumbre que tenía de venir hacia uno silbando fuertemente, con la cabeza y el cuello erguidos, hasta golpear nuestras piernas. Pero tales actitudes constituían toda una vana ostentación de su parte. Carecía de ponzoña y no podía hacer más daño, al picar, que un pichón de paloma que en el nido se hincha y golpea con su suave pico a una mano intrusa.

Cierto día hallé en mi recorrido una culebra desconocida para mí. Nunca había oído hablar de la existencia de semejante ejemplar en nuestro distrito, e imagino que su presencia habría llamado fuertemente la atención a cualquiera y en cualquier país, aun en los que abundan las culebras grandes. El sitio, en nuestro monte, donde la encontré, sirvió también para hacer su hallazgo doblemente impresionante.

Existía, en ese tiempo, un pequeño pedazo de terreno sin cultivar — como una media hectárea — donde no había árboles y en el que no crecía nada de lo que se sembraba. Estaba al final de la arboleda, cerca del espeso matorral de hinojo y del gran sauce colorado a orillas del foso a que precedentemente me referí. Este terreno había sido arado y removido varias veces, plantado con árboles y arbustos de varias clases, que se suponía crecerían en cualquier parte. Pero éstos no prosperaron, secándose, de lo que no hay que admirarse, pues el terreno abundaba en arcilla dura y blanca, muy semejante a la arcilla para loza. Más, a pesar de que los árboles se negaban a desarrollarse allí, siempre estaba revestido de una vegetación propia. Todas las malezas rudas crecían y cubrían el área estéril, formando un pastizal que llegaba hasta las rodillas de un hombre. Las hierbas, de tallos delgados como alambre y flores y hojas de apariencia enfermiza, morían en el verano, mucho antes de su tiempo. Aquel estéril pedazo de terreno atraíame grandemente en la infancia. Lo visitaba todos los días, vagando entre los yuyos moribundos, a través de los cuales blanqueaba la arcilla, apareciendo por entre los tallos color marrón. Agradábame tanto el cuadro como el de los campos de alfalfa, azules y fragantes en su tiempo de florecencia, e invadidos por las mariposas.

Un día caluroso de diciembre, encontrándome parado, perfectamente quieto, por algunos minutos, sentí un leve sonido, algo así como un crujido cerca de mis pies y, mirando hacia abajo, vi la cabeza y el cuello de una gran serpiente negra que se movía lentamente a mi lado. En uno o dos segundos la cabeza chata se había perdido de vista entre la tupida hierba. El largo cuerpo continuaba, no obstante, deslizándose paulatinamente, tanto que apenas parecía moverse, y como el reptil debía medir no menos de dos metros de longitud, demoró mucho tiempo en pasar, mientras yo lo miraba, paralizado de terror y no atreviéndome a efectuar el menor movimiento. A pesar de su larga dimensión, no se trataba de una culebra gruesa, y al arrastrarse sobre la tierra blanquecina ofrecía el aspecto de una corriente color negra como el carbón, que se deslizara junto a mí, una corriente no de agua u otro líquido, sino de un elemento como el mercurio, que avanzaba en forma de soga. Al fin desapareció. Retrocediendo huí del terreno, pensando que jamás volvería a exponerme o a aproximarme a tan terrible y peligroso lugar, a despecho del encanto que revistiera para mí.

Y con todo, a pesar de las terroríficas prevenciones, renové la aventura, prescindiendo absolutamente de todo temor. La imagen de aquella serpiente negra y misteriosa quedó fija en mi mente, manteniéndola desde que me despertaba por la mañana hasta que me dormía a la noche. No obstante, nunca dije una palabra a nadie. Guardaba el secreto. Yo sabía que era un secreto peligroso, pero no quería que me prohibieran visitar el sitio otra vez. Había desaparecido mi primera impresión y no podía alejar el deseo de ver de nuevo al extraño ofidio. Renové las

visitas día tras día, permaneciendo en las cercanías del terreno estéril, observando y escuchando. La serpiente negra no aparecía. Y un día me arriesgué, aunque con miedo y temblando, a introducirme entre las hierbas; como no encontrara nada, seguí avanzando paso a paso, hasta que estuve justamente en el centro del terreno lleno de malezas. Quedé allí durante largo rato esperando y observando. Quería verla una vez más y había determinado que, inmediatamente que apareciera, huiría con rapidez. Sucedió que cuando estaba en este punto céntrico oí de nuevo el sonido leve, idéntico al crujido que algunos días antes me causara un escalofrío. Y allí, a diez centímetros de mis pies, aparecieron la cabeza y el cuello.

Permanecí inmóvil. Intentar la fuga habría sido fatal. Las hierbas eran más ralas en ese sitio y la negra cabeza y todo el cuerpo podían seguirse con la vista. Como a un metro de distancia existía un hoyo cuya circunferencia semejaba el borde de una taza, y la serpiente, poniendo la cabeza en ese hoyo — despacio, muy despacio — se introdujo, mientras yo esperaba a que todo el cuerpo, hasta la punta de la cola, desapareciera y a que todo el peligro pasase.

Había, pues, visto mi maravilloso animal, mi serpiente negra, distinta a cualquier otra serpiente del país, y si bien dominábame aún la agitación que me produjo la primera sensación de terror, sentía también dicha en ella, y me decidí a visitar el sitio nuevamente. No obstante el miedo, después de tres o cuatro días volví. Pensando en la culebra, llegué a la conclusión de que el hoyo donde se había refugiado constituía la guarida donde vivía, que ella andaba a menudo en busca de presa y podía oír pasos a una distancia considerable. Cuando yo caminaba por aquel sitio mis pasos la molestaban y por tal causa marchaba directamente a su cueva a fin de escapar a un posible peligro. Se me ocurrió que si yo iba al centro del terreno y me estacionaba cerca del hoyo, con seguridad la encontraría. Sería difícil verla de otro modo, ya que no resultaría posible averiguar en qué dirección había salido en busca de alimento. No. Era sin embargo demasiado peligroso el ensayo. La serpiente podía venirse sobre mí repentinamente y enojarse al encontrar un niño alrededor de su guarida. Empero, no pudiendo admitir que la hubiese visto por última vez, día tras día continué visitando el lugar, y, penetrando algunos metros dentro del pastizal, deteníame y escrutaba, experimentando al menor sonido del crujir de un insecto o al caer una hoja, una sensación de inmenso placer, aunque el negro y majestuoso ofidio no apareciese.

Una tarde, en mi ansia e impaciencia, penetré por entre los yuyos, yendo derecho al centro del terreno y contemplé la cueva con mezcla de placer y de miedo. ¿La encontraría allí como en la ocasión anterior? ¿Vendría? Detuve la respiración, agucé la vista y el oído en vano, y como la esperanza y el temor de su aparición se fueron gradualmente extinguiendo, abandoné el lugar amargamente desilusionado, dirigiéndome hacia un punto como a cincuenta metros más allá, donde crecían unas moreras, en la bajada del terraplén dentro del foso.

Mirando hacia arriba, entre la masa de hojas grandes que se amontonaban sobre mi cabeza, divisé un murciélago suspendido de una rama. Los murciélagos, en aquella parte del mundo, en esa ilimitada llanura donde no existen cavernas, ni antiguos edificios u otros lugares oscuros donde poder esconderse durante el día, toleran mejor la luz brillante que en otros países. No salen afuera hasta la tarde, y durante el día permanecen ocultos y colgados de un gajo, descansando entre el denso follaje hasta que oscurece.

Contemplando aquel murciélago, envuelto en sus alas de color negro y amarillo que le servían de manto, olvidé mi desilusión, olvidé la serpiente, y hallábame tan ensimismado, que no me preocupé de la presión o más bien de un

dolor sordo, experimentado sobre la parte superior de mi pie derecho, Pero la sensación aumentó, haciéndose muy extraña y pareciéndome que tuviera un, objeto pesado, algo como una barra de hierro, y al mirar hacia abajo, ¡ cercioréme con horror que la grande y negra culebra arrastraba su largo cuerpo a través de mi empeine! No me atreví a moverme. Miraba fascinado aquel cuerpo lustroso, negro y cilíndrico, que se arrastraba vagarosamente sobre mi zapato. Había salido de la fosa que estaba cribada en sus taludes de cuevas de ratones y probablemente había estado allí dándoles caza, cuando mis pisadas, al llamarle la atención, hicieron que se dirigiera a su guarida. Yendo derechamente a ella se encontró con mi pie, y en vez de dar la vuelta, reptó por encima de él. En pos del primer espasmo de terror, comprendí que estaba perfectamente exento de todo peligro, que ella no se volvería hacia mí mientras permaneciera quieto y que luego se perdería de vista. Esta fué la última vez que pude contemplarla, siendo en vano que espiera, con la esperanza de verla aparecer los días subsiguientes.

Pero aquel último encuentro había dejado en mí la sensación de un ser misterioso, peligroso en ocasiones cuando se le atacaba u ofendía y capaz en algunos casos de causar la muerte con un golpe súbito, pero, inofensivo y aun amistoso, para quienes lo consideraban con cariño y reverencia en lugar de odio. Es en parte el sentimiento del hindú respecto a la cobra que habita su casa y que puede algún día, accidentalmente, causar su muerte, pero que no lo hace por no ser nunca hostigada.

Posiblemente, algo de dichos sentimientos respecto a las serpientes ha predominado en mí. Con el andar del tiempo, a medida que mi curiosidad hacia todos los animales salvajes aumentaba, cuando los observaba procurando adaptarme al concepto del naturalista, el misterio de la gran culebra negra exigía una explicación. Parecía imposible creer que semejante especie de culebra, de tan gran tamaño y de un color tan negro como el azabache, pudiera existir en un país habitado, sin ser conocida. Sin embargo, ninguna de las personas a quienes interrogué sobre el particular habían visto u oído algo referente a tal ofidio. Obtuve en deducción de que ella era la única de su clase en el país. Eventualmente oí hablar del fenómeno de la melanosis en los animales, menos raro quizás en las culebras que en las otras clases, creyendo., muy satisfecho, que el problema estaba en parte resuelto. Mi serpiente era ella misma negra, pero con ciertas particularidades. No pertenecía a ninguna de las especies comunes que yo conocía, ni era una serpiente de cuerpo grueso y obtuso, como la venenosa víbora de cueva, la máxima víbora inglesa. A pesar de que en la forma se parecía a dos de nuestras inofensivas especies, alcanzaba un tamaño doblemente mayor que los ejemplares que de ellas he visto. Entonces recordé que, dos años antes de mi descubrimiento de la culebra negra, nuestra casa había sido visitada por una víbora grande y desconocida, que medía cuatro o seis centímetros sobre dos metros de largo y era igual, en la forma, a la que tanto me preocupaba. El color de esta rara e inoportuna visita, era un gris verdoso pálido, con numerosas manchas oscuras pequeñas y grandes. La historia de su aparición merece ser relatada.

Tenía yo una hermanita que empezaba con dificultad a dar sus primeros pasos, habiendo dejado de gatear recientemente. Un día de verano, colocáronla sobre una pequeña alfombra debajo de un árbol, distante unos veinticinco metros de la puerta de la sala. Allí quedó sola, entreteniéndose con sus muñecas y juguetes. Después de media hora, apareció en la puerta del cuarto donde estaba trabajando mi madre, y parada, con los ojos muy abiertos y moviendo sus manecitas como apuntando al sitio de donde venía, pronunció la misteriosa y alarmante palabra "cuco", vocablo maravilloso que las madres de Sudamérica

enseñan a sus niños desde que comienzan a caminar y que es muy útil en un país desierto y escasamente poblado, donde son tan comunes los animales que muerden o pican.

Los chicos, cuando inician sus primeras correrías gateando o ensayando pasos, se sienten ansiosos por investigar, careciendo del instinto natural del peligro. Tómese como ejemplo el caso de la gigantesca araña peluda, de color marrón, que abunda con exceso en verano. Posee la costumbre de ambular, como si siempre buscara algo, "algo que no puede encontrar". En sus andanzas, entra por la puerta abierta y se pasea por la pieza. A la vista de este animal, el niño se levanta o es levantado precipitadamente, al grito de "cuco", siendo la intrusa muerta de un escobazo y barrida afuera. "Cuco" significa peligro y los gestos de terror y la expresión de la niñera o de la madre, al usar la palabra, se inculca en la mente infantil, y cuando ese sonido o palabra es oído, hay una reacción inmediata, como en el caso de una nota de advertencia o grito proferido por un ave, en virtud del cual los pichones vuelan o se agachan y esconden.

Los gestos de la criatura y la palabra que usó, hicieron que nuestra madre corriera al sitio donde había estado, y — con horror — vió una enorme serpiente enroscada en medio de la alfombra. Sus gritos atrajeron a mi padre, quien, tomando un gran bastón, prontamente la mató.

La niña, decían todos, había escapado milagrosamente. Nunca había visto una culebra y no podía intuitivamente percatarse del peligro o "cuco" Se supuso que si hubiera hecho algún gesto o intentado empujarla cuando ésta fué a la alfombra, el reptil la habría picado.

Recordando el incidente, llegué a la conclusión de que aquella serpiente desconocida, que había sido muerta porque quería compartir la alfombra con mi hermanita y la serpiente negra de otrora, pertenecían a una misma especie, posiblemente eran macho y hembra, y se habían desviado lejos de su punto de procedencia o bien se contaban entre los últimos sobrevivientes de una colonia de su clase en nuestra estancia. Hasta después de doce o catorce años, no llegué a la confirmación de mi conjetura. A una distancia de cerca de quince leguas de nuestra casa (o, para mejor decir, del hogar de mi niñez) donde ya no vivía, encontré una culebra nueva para mí — la *phylodrias scotti* de los naturalistas —, culebra argentina bastante común. La reconocí como de igual especie a la que hallamos enroscada sobre la alfombra de mi hermanita. Algunos de los ejemplares que medí excedían de los dos metros.

---

## Capítulo XVII

*La facultad anímica. - El animismo de un niño y su persistencia. Imposibilidad de ver nuestro pasado, como realmente fué. Historia de la niñez de Sergio Aksakoff - El deleite de la naturaleza en la infancia. - Primeras insinuaciones de animismo. - Cómo me afectaron. Sentimiento inspirado por las flores. - Una flor y mi madre. - Historia de una flor. - El animismo relacionado con los árboles. - Las acacias en noche de luna. - Animismo y adoración de la naturaleza. - La emoción anímica. - Cowper y el roble de Yardley. - El temor a la naturaleza en los religiosos. - Cristianismo panteísta. - Inglaterra y su culto por la naturaleza. - Sentimientos por ésta. - El panteísmo y la emoción animística en las poesías de Wordsworth.*

### EL ANIMISMO DE UN NIÑO

**L**os recuerdos concernientes a las víboras y, en modo particular, la perseverante imagen de la serpiente negra, que tan viva emoción me causó, sugiérenme la idea de acometer brevemente un tema que no ha sido mencionado en mi narración. Me refiero al animismo, o sea, al sentido de algo en la naturaleza, que para el hombre culto o civilizado no existe y que, en el niño hijo de éste, si se admite que lo tiene, es sólo pálida supervivencia de una fase de la mente primitiva. Y por animismo no quiero significar la teoría de un alma existente en la naturaleza, sino la tendencia, impulso o instinto, en el que se originan los mitos, para "animar" todas las cosas: la proyección de nosotros mismos dentro de la naturaleza, la facultad y la comprensión de una inteligencia como la nuestra, pero más poderosa, en todas las cosas visibles. Persiste y vive en muchos de nosotros más de lo que queremos creer o más de lo que sabemos, especialmente en aquellos que nacieron y se criaron en un ambiente rural, donde hay sierras, bosques, rocas, arroyos y cascadas. Reúnen éstas las condiciones que le son más favorables, las escenas que tienen "asociaciones heredadas" para nosotros, como ha dicho Herbert Spencer. En las grandes ciudades y en todos los sitios poblados, donde la naturaleza ha sido dominada hasta parecer formar parte de la obra del hombre, casi tan artificial como los edificios que habita, él se marchita y muere tan



temprano en la vida, que sus débiles insinuaciones se olvidan pronto, llegando a creer que nunca las hemos experimentado.

Parece increíble que tales sentimientos sobrevivan en algún hombre, o que hubiera alguna época, desde su infancia, en que pudo mirar este mundo visible como algo más de lo que es realmente: el proscenio donde ha sido llamado a representar su corto pero importante papel, teniendo como fondo un escenario azul y verde. Sin embargo, sé que en mí, viejo como soy, esta misma facultad primitiva, que se manifestó en los primeros años, todavía persiste y en aquella época era tan poderosa que casi temo decir cuán hondamente me conmovía.

Es difícil, imposible me han dicho, que alguien recuerde su niñez tal como fué. No pudo haber sido lo que parece a la mente adulta, desde que nunca dejaremos de ser lo que somos, por muy grande que sea nuestra evolución. Al volver atrás, debemos llevar con nosotros nuestras presentes personalidades, habiendo tomado la mente un diferente colorido, reflejado en nuestro pasado. El poeta ha invertido el orden de las cosas, cuando nos expresa que venimos arrastrando nubes de gloria que se evaporan y se pierden, a medida que avanzamos en nuestro camino. La verdad es que, a menos que pertenezcamos a la orden de aquellos que se cristalizan o pierden sus almas en la travesía, las nubes se reúnen alrededor nuestro a medida que adelantamos y como dominadores de nubes caminamos adelante hasta el verdadero final.

Otra dificultad, para los que escriben respecto de su infancia, estriba en que el inconsciente artístico penetra clandestinamente o se infiltra, para borrar líneas impropias y manchas o para retocar, colorear, sombrear y -falsear él cuadro.- El pobre desdichado autobiógrafo, naturalmente, desea hacer su 'personalidad tan interesante para el lector como le parece a él mismo. Yo siento esto con vehemencia leyendo las reminiscencias de los primeros años de otros hombres. Hay, empero, algunas notables excepciones. Juzgo como la mejor que conozco *La historia de mi infancia*, escrita por Sergio Aksakoff. En ella, el retrato no fué falsificado, simplemente porque el carácter, gusto y pasiones de su temprana adolescencia, el intenso amor por su madre, por la naturaleza, por todo lo silvestre y por el deporte, continuaron en él sin variar hasta el fin, conservándolo con un corazón de niño, capaz, después de largos años, de revivir mentalmente el pasado, de pintarlo con sus verdaderos frescos y originales colores.

Yo puedo afirmar de mí mismo, respecto a tal facultad y emoción primitiva — sentido de lo sobrenatural, en las cosas naturales, como lo he llamado — que estoy sobre terreno seguro y por la misma razón, la sensación no ha dejado nunca de sobrevivir y agregaré (probablemente disgustando a algún severo lector ortodoxo) que estas cosas, triviales para muchos, no deseo dejarlas a un lado.

No puedo recordar las primeras manifestaciones de la sensación. Sólo sé que mi memoria me lleva hacia un tiempo en que yo era inconsciente de tal elemento en la naturaleza, y el deleite que experimentaba en todas las cosas naturales resultaba simplemente físico. Me regocijaba disfrutando de los colores, de los olores y de los sonidos, del gusto y del tacto. Hacíame feliz el azul del cielo, el verdor del campo, el brillo de la luz del sol en el agua, el sabor de la leche, el de la fruta, el de la miel; las emanaciones de la tierra seca o húmeda, las caricias del viento y el repiqueteo de la lluvia, el aroma de las hierbas y de las flores, el solo roce de la brizna de pasto. Embriagábanme de placer ciertos sonidos y perfumes y, sobre todo, ciertos colores en las flores, en el plumaje y en los huevos de las aves, como la lustrosa cáscara purpúrea del huevo de la perdiz. Cuando, cabalgando por la llanura, divisaba un parche de verbenas escarlatas, en plena florecencia, cubriendo las plantas en un área de varios metros la superficie de la tierra húmeda

y verde, abundantemente salpicada con las brillantes flores, me tiraba al suelo con un grito de júbilo, para acostarme entre ellas y deleitar mi vista con tan brillantes matices.

Creo que no fué hasta mí octavo año de existencia cuando empecé a ser claramente Consciente de algo más que de este mero deleite infantil de la naturaleza. Podía haberlo tenido desde la infancia. No lo sé. Pero cuando comencé a conocerlo verdaderamente fié cual si una mano hubiera dejado caer, de modo furtivo, algo en mi dulce cáliz que le proporcionara nuevo sabor. Apoderábanse de mí pequeños estremecimientos, a menudo simplemente de placer y otras veces de sobresalto. En ocasiones, se pronunciaban tanto, que me asustaban.

El espectáculo de una magnífica puesta de sol superaba, a veces, más de lo que podía tolerar, y deseaba esconderme. Si la sensación despertada surgía provocada por la vista de un pequeño y bello o singular objeto, tal como una flor, su solo efecto intensificaba la belleza del objeto. Muchas flores me lo producían en un grado menor, y a medida que crecía y el sentido animístico perdía su intensidad, aquellas flores también perdieron su magia y vinieron a quedar como si nunca la hubieran tenido, no faltando otras en las que aquel encanto siempre persistió. A una de éstas me referiré a renglón seguido.

Contaba yo unos nueve años de edad, cuando, yendo un día a caballo, encontré, a una legua de casa, cierta flor nueva para mí. La planta, de poco más de treinta centímetros de alto, crecía al amparo de grandes cardos silvestres. Tenía tres tallos revestidos con hojas largas, angostas y puntiagudas, afelpadas y suaves al tacto, como las hojas de nuestro gran gordolobo y de color verde pálido. Los tres tallos estaban coronados con racimos de flores, siendo éstas un poco más grandes que las de la valeriana roja, de un color punzó no muy pronunciado y de una forma peculiar, pues cada pequeño pétalo puntiagudo tenía un pliegue o torcedura en la punta<sup>31</sup>. Aun cuando de muy notable apariencia, no alcanzaba a la belleza de muchas otras flores del campo. Sin embargo, ejercía una extraordinaria fascinación en mí y desde el instante de su descubrimiento se convirtió en una de mis flores sagradas. A partir de entonces anduve siempre al acecho de ella y, por lo general, encontraba tres o cuatro plantas en una temporada, pero nunca más de una en el mismo lugar, distante varias millas una de otra.

Cuando la descubrí, llevé un gajito a mi madre. Quedé singularmente desilusionado al ver que ella la miró sólo como a una flor bonita que veía por primera vez. Esperé oír de los labios maternos cualquier palabra que me revelara por qué yo la admiraba tanto. Parecía que no significaba más para mi buena madre que otras flores y aun menos que alguna de aquellas que particularmente le gustaban, tales como el fragante lirio llamado lágrimas de la Virgen o la perfumada verbena. Era raro que mi madre, la única que siempre sabía lo que pasaba en mi mente y que amaba todas las cosas bellas, especialmente las flores, hubiera dejado de ver lo que yo había encontrado en ésa.

Años más tarde, después que ella murió, siendo yo casi un hombre y viviendo en otra parte, descubrí que teníamos como vecino a un caballero belga, que era botánico. No pude hallar un ejemplar de mi planta para mostrársela, pero le suministré una minuciosa idea de ella, describiéndosela como una planta anual, con raíces muy grandes, duras y permanentes. Le dije que cuando se quebraba el tallo largaba un espeso jugo lechoso y que producía sus semillas amarillas en una vara cilíndrica y puntiaguda, cubierta de plumón plateado brillante. También se la dibujé. Afortunadamente, la encontró en sus libros. Esta planta se conocía desde

---

<sup>31</sup> Según José A. Pereyra . y Héctor Gavio, sería la *oxipetealum solanoides*, Kook et Arnott, de la familia de las Asclepiadáceas, descrita en 1831.— N. del T.

hacia treinta años. El descubridor, que resultó ser inglés<sup>32</sup>, había mandado semillas y raíces a las sociedades científicas del extranjero, con las que mantenía correspondencia, siendo la especie llamada con su nombre y encontrándosele ya, por aquel entonces, en jardines botánicos de Europa.

Toda esta información no bastaba para satisfacerme. Los libros no decían nada sobre el descubridor, de modo que inquirí de mi padre si había él conocido u oído hablar de un inglés así apellidado:

"Sí", me respondió, lo había conocido. Se trataba de un comerciante de Buenos Aires, hombre simpático y muy amable, soltero y algo así como un misántropo, siempre metido en su casa, donde vivía solo, pasando todos sus fines de semana y días festivos vagando por los campos con el *vasculum* en busca de plantas raras. Había muerto hacía largo tiempo: veinte o veinticinco años atrás. Sentí realmente su desaparición. Me persiguió desde entonces el deseo de encontrar su última morada, para plantar en su tumba la flor que llevaba su nombre. Seguramente, cuando él la descubrió, habría sufrido el mismo sentimiento que yo experimenté cuando la, vi por vez primera, y que nunca pude describir, Y tal vez la presencia de esas raíces profundas, imperecederas, cerca de sus huesos y de la flor a la luz del sol sobre la tumba, le aportara un hermoso recuerdo en sus sueños, si es que alguna vez un sueño le visitó en su largo dormir sin despertar. No hay duda que en, casos semejantes, Cuando la primera impresión y la emoción que la acompaña perduran a través de la vida, cambia algo la sensación con el tiempo; la imaginación ha trabajado sobre ella y surtido su efecto. Sin embargo, la duración de la imagen y de la emoción sirve para mostrar de qué modo poderoso la mente fué afectada en el primer instante.

He relatado este caso por las interesantes circunstancias con él relacionadas, pero existían otras flores que me producían sentimiento similar. Cuando las recuerdo traen a mi memoria la emoción inicial. Yo viajaría gustoso muchas leguas, cualquier día, para ver de nuevo alguna de ellas. -La sensación, sin embargo, era provocada más poderosamente por los árboles que por la más sobrenatural de mis flores. Variaba en poder según el tiempo, el lugar y la apariencia de aquéllos, y afectábame - con mayor intensidad en las noches de luna. Frecuentemente, después que comencé a experimentar de manera consciente, solía apartarme para encontrarla y me escurría de la casa solo, en el período de la luna llena, deteniéndome, silencioso e inmóvil, cerca de un grupo de grandes árboles, mirando su oscuro y verde follaje argentado por los rayos del astro. -En tales momentos el sentido de misterio crecía hasta que la sensación de deleite se trocaba en terror y el terror aumentaba hasta que no lo podía soportar más. Apresuradamente escapaba, para recuperar el sentido de la realidad y de la seguridad, dentro de la casa, donde había luz y compañía. No obstante, a la noche siguiente escabullíame de nuevo e iba al sitio donde el efecto era más fuerte, generalmente entre las grandes acacias blancas, que daban el nombre de "Las Acacias" a nuestra morada.

El follaje suelto y como plumas, en noches de plenilunio, ostentaba un peculiar aspecto blanquecino, que hacía que ese árbol pareciera más intensamente vivo que los otros, consciente de mi presencia y como si me estuviese observando.

Nunca hablé de estos sentimientos a terceras personas, ni aún a mi madre, a pesar de que ella estaba siempre en perfecta armonía conmigo respecto a mi amor por la naturaleza. La razón de aquel silencio estribaba, creo, en mi incapacidad

---

<sup>32</sup> Según Héctor Gavio, se trata de James Tweedie, coleccionista de semillas y raíces, que llegó al país por el año 1825

para expresar con palabras lo que sentía. Me imagino que sería interesante describir la sensación experimentada en esa noche de luna, entre los árboles, como una impresión similar a la suscitada en quien recibiera la visita de un ser sobrenatural y estuviese perfectamente convencido de que estaba allí, en su presencia, a pesar de su silencio e invisibilidad, mirándolo fijamente y adivinando cada pensamiento suyo. Se estremecería hasta la médula, pero sin atemorizarse, sabiendo que no adoptaría forma visible, ni pronunciaría una palabra.

Esta facultad o instinto del albor de la mente es, o siempre me pareció, esencialmente de carácter místico. Constituye, sin duda, la base de toda adoración a la naturaleza, desde el fetichismo hasta las más altas manifestaciones del panteísmo. Significaba para mí, en aquellos tempranos días, más que todas las enseñanzas religiosas que me inculcara mi madre. Todo aquello que ella me dijo, sobre nuestras relaciones con el ser supremo, lo creí implícitamente, como todo lo demás que me enseñó, en la misma forma que creía que dos y dos sumaban cuatro y que el mundo era redondo, a pesar de su apariencia plana, que anda por el espacio y gira alrededor del sol, en vez de estar quieto y con aquel astro dando vueltas alrededor suyo, como uno podría suponer. Aparte del hecho de que los poderes celestiales me podrían salvar, al fin, de la extinción, lo que representaba un gran consuelo, estas enseñanzas no me tocaban el corazón, como era tocado y estremecido por algo más cercano, más íntimo en la naturaleza, no solamente en árboles iluminados por la luna o en una flor o serpiente, sino en ciertos exquisitos momentos y caprichos y en ciertos aspectos de la naturaleza: en cada hierba y en todas las cosas, animadas o inanimadas.

No es mi propósito crear la impresión de que soy un ser peculiar en este asunto. Por el contrario, es mi creencia que el instinto animístico, si una facultad mental puede llamarse así, existe y persiste en muchas personas y que yo difiero de otras solamente en mirarlo con fijeza, tomándolo por lo que es y también en exhibírselo al lector, desnudo y sin la expresiva hoja de parra, para usar una frase baconiana. Cuando el religioso Cowper confiesa en las primeras líneas de su alocución al famoso roble de Yardley, que el sentido de temor y de reverencia que le inspiraba, lo hubiera hecho inclinarse ante él y adorarlo, a no ser por la feliz circunstancia de que su mente se hallaba iluminada por el conocimiento de la verdad, no hace más Cowper que decir lo que muchos sienten, sin que, en la mayoría de los casos, reconozcan la emoción por lo que es: el sentido de lo sobrenatural en la naturaleza. Y si han crecido, según el caso de Cowper, con la imagen de una deidad antropomórfica implacable en sus mentes — un espíritu que está siempre celosamente acechándolos, para notar qué rumbo toman sus vagabundos pensamientos — ellos, rigurosamente, reprimen el instintivo sentimiento, como una tentación del malo, o como un pensamiento ilícito nacido de su propio pecado. Sin embargo, no es raro encontrarse — en determinados instantes — con personas que parecen capaces de reconocer su fe en la religión, revelada por su emoción animística. Por ejemplo, uno de los más apreciados recuerdos de una vieja amiga mía, recientemente fallecida, lo constituían sus visitas, unos sesenta o más años atrás, a una gran casa de campo, donde ella se encontraba con mucha de la gente distinguida de aquel tiempo y del dueño de casa, entonces un anciano, jefe de antigua y respetable familia y que tenía verdadera reverencia por sus árboles. Su mayor placer consistía en ir, al caer la tarde, a contemplar los grandiosos árboles de su parque y antes de retirarse lo visitaba uno por uno y apoyando su mano en la corteza susurrábales las buenas noches. Estaba convencido — según lo confió a su joven huésped, que solía

acompañarlo en aquellas caminatas vespertinas — de que los árboles poseían un alma, y que conocían y alentaban su cariño por ellos.

Nada hay de sorprendente para mí en cuanto precede. Solamente lo relato aquí porque la persona que poseía y fomentaba dicho sentimiento y creencia pertenecía al cristianismo ortodoxo, evidenciando su convicción profundamente religiosa y porque mi misma informante, también muy religiosa, gustaba recordar a ese antiguo amigo de su juventud, especialmente por su cariño hacia los árboles, que ella también compartía, creyendo, como con frecuencia me decía, que los árboles — y todas las cosas que viven y crecen — tienen alma. Lo que me ha sorprendido es que una forma de culto a los árboles todavía existe entre unos pocos habitantes de algunas de las pequeñas y rústicas aldeas de ciertos distritos apartados de Inglaterra. No supervivencias, como los cantos populares del manzano y las ceremonias del oeste, que hace tiempo ya han dejado de tener sentido, sino algo vivo, que posee significado para la mente: una supervivencia tal como la que nuestros antropólogos buscan empeñosamente entre las bárbaras y salvajes tribus.

El animismo, que persiste en el adulto en esta era científica, ha sido tan influenciado y deformado por la cruda luz que apenas se le reconoce en lo que algo ligera y vagamente se llama "sentimiento de la naturaleza", habiéndose entrelazado con el sentimiento estético. Puede delineararse en una gran parte de nuestra literatura poética y, particularmente, desde la aparición de las *Baladas líricas*<sup>33</sup>, que puso fin al convencionalismo artístico del siglo XVIII e hizo libre al poeta, para expresar lo que verdaderamente sentía.

Pero el sentimiento, ya sea expresado o no, estaba siempre allí. Antes del período clásico, encontramos en Traherne una poesía claramente animística, con cristianismo injertado en ella. El panteísmo de Wordsworth es un sutilizado animismo. Hay momentos en que su sentimiento recuerda el de un niño o el de un salvaje, que está convencido de que la flor goza del aire que respira.

Debo pedir disculpas al lector por haberme excedido en mi tema, ya que no soy literato, ni católico en mis gustos literarios, y en tales temas puedo solamente exteriorizar lo que siento. La supervivencia del sentido del misterio o de lo sobrenatural en la naturaleza viene a ser para mí, en nuestra literatura poética, como aquel ingrediente de una ensalada que "anima el conjunto". La ausencia de esa emoción me hizo casi intolerable una gran parte de la literatura poética del siglo XVIII de modo que hubiera deseado que el pequeño gran hombre<sup>34</sup> que dominó su época (y que hasta hace pocos meses aun tenía un discípulo en Mr. Courthope) hubiera llegado a su ocaso, aun en su juventud, dejándonos *Windsor Forest* como único monumento y suficiente título para la inmortalidad.

---

<sup>33</sup> *Baladas líricas*, de Guillermo Wordsworth, 1798. N. del T

<sup>34</sup> Alejandro Pope. — N. del T

## Capítulo XVIII

*Recordando a Mr. Trigg. - Su sucesor, el padre O'Kee fe. - Apacible autoridad de éste y su afición por la pesca. - Pretende O'Keefe ayudar a mi hermano en sus estudios. - Felices tardes de pesca. - De cómo había estado O'Keefe preparando su propia salvación. - Cerriles nuevamente. Nuestro semanario "El Cofre de Lata". - Las imperativas exigencias del editor. - Mi hermanito menor se rebela. - Destrucción de "El Cofre de Lata". - Lo que su pérdida significó para mí.*

### EL NUEVO MAESTRO

El relato concerniente a nuestros días de clase, bajo la tutela de Mr. Trigg, fué hecho tan al comienzo de esta narración, que acaso el lector retenga muy pocas de aquellas impresiones. Significaba Mr. Trigg, para nosotros, en modesta escala, una especie de Jekyll y Hyde. Se nos presentaba amable en algunas ocasiones, hosco y truculento en otras. Tamaña dualidad de genio hacía que nos preguntáramos, fuera de clase y en la mesa, ¿es éste nuestro profesor? Cuando nos halláramos en clase, inquiríamos a la inversa: ¿es éste Mr. Trigg? Como ya he manifestado, se le había prohibido imponernos castigos corporales. La transgresión del mencionado precepto constituyó el motivo de su despido, ya que, según he referido, en uno de sus acostumbrados momentos de mal genio nos aplicó brutalmente la fusta.

Cuando él se fué, no se nos permitió, muy a pesar nuestro, retornar al estado primitivo de pequeños salvajes. Nuestra madre nos señaló ciertas restricciones y estudios tomando o tratando de tomar la nueva carga sobre sí. En consecuencia, debíamos volver a los libros de estudio y pasar tres o cuatro horas todas las mañanas con ella en el aula, aunque, generalmente, quedábamos solos, pues constantemente la reclamaban los quehaceres domésticos. Cuando se encontraba llenando sus funciones magisteriales, dedicaba parte del tiempo a pequeños comentarios y consejos, alternados con las lecciones, pues — como vivíamos en un extraño ambiente moral, donde los hechos al margen de la ley eran comunes, y la diferencia entre el mal y el bien resultaba difícil de distinguir — se preocupaba más de las necesidades de nuestro espíritu que de las intelectuales.

Mis dos hermanos mayores no asistían a estas clases. Se habían percatado, hacía tiempo, que les sería más provechoso convertirse en autodidactos. Por otra parte, la tarea de mantenernos aplicados al estudio a los cuatro menores superaba las fuerzas de mi madre, quien simpatizaba demasiado con nuestra impaciencia ante el encierro, cuando el sol, el aire y el trinar de los pájaros nos invitaban insistentemente a salir para gozar de la vida y divertirnos a nuestro antojo.

En aquella época se halló inesperadamente al sucesor de Mr. Trigg — un verdadero maestro — en la persona del padre O’Keefe, cura irlandés, sin grey ni ocupación.

En una de las visitas periódicas que mi padre realizaba a Buenos Aires, algunos de sus amigos le recomendaron al buen sacerdote, que, después de vagar por el mundo, había sido impulsado a este país por los vaivenes de su existencia, y ansiaba conseguir un sitio retirado donde permanecer a la espera de alguna oportunidad para ejercer su ministerio. Como se encontraba escaso de fondos, aceptó agradecido el cargo de maestro, que — según expresó — le convendría muy bien por una temporada.

El padre O’Keefe poseía características distintas a las de Mr. Trigg. Hombre grandote, con negras vestimentas clericales (algo raídas y amarillentas) tenía una tremenda cabeza y la cara en proporción a ella; todo de un profundo color rosado. Generalmente ostentaba una barba de varios días. De rostro inconfundiblemente irlandés, no pertenecía al tipo gorila tan común entre los curas irlandeses de origen rural, con que se tropieza a cada paso en las calle de Dublín. Procedía, muy posiblemente, de una clase superior, ya que se destacaba la delicadeza de sus facciones. Hombre pesado, además de grande, era menos divertido que Mr. Trigg. Carecía también de su facilidad de palabra fuera de clase. En ésta no se mostraba tan exigente ni tiránico como su antecesor, condiciones que comprobamos con alegría. Al contrario, dentro y fuera de dase, se reveló siempre el mismo: atractivo y plácido de genio; de humor suave y bastante distraído. Se olvidaba de las horas del trabajo escolar, vagando por los jardines y por la huerta, donde poníase a conversar con los peones, y cuando a la larga descubrió que tal costumbre desagradaba a mi padre, nos pidió que le recordáramos la hora de la tarea docente. Es casi innecesario agregar que el hallarlo para tales efectos nos demandaba bastante tiempo. No fué un profesor muy efectivo, porque no sabía ser severo, ni siquiera medianamente firme, y jamás nos castigaba en forma alguna.

Cuando no aprendíamos nuestros deberes, bondadoso con nosotros, trataba de conformarnos, afirmando que habíamos hecho lo posible y que más no podía esperarse de nuestro esfuerzo y de nuestra capacidad.

Por otra parte, siempre mostrábase dispuesto a buscar cualquier pretexto para darnos asueto en la tarde. Pronto descubrimos que tenía excesiva afición por la pesca, siendo capaz de pasarse horas enteras — disfrutando de perfecta felicidad — con la caña en la mano y eso aunque no existiera pez que picara. De consiguiente, cualquier día agradable, de los que invitan a pasear, le manifestábamos que se trataba de un día perfecto para pescar, pidiéndole nos concediera la tarde libre. Luego, durante el almuerzo, expresaba a nuestros padres que nosotros habíamos trabajado con mucha dedicación por la mañana y que sería un error cansar demasiado nuestras jóvenes mentes, lo que afianzaba con proverbios al respecto, aconsejando por fin, que en lugar de obligarnos a volver por la tarde a clase, se nos permitiera dar una vuelta por el campo. Siempre salía airoso y no bien terminábamos el almuerzo, ensillábamos nuestros caballos, sin olvidar, ciertamente, de traer uno para el padre O’Keefe.

El segundo de mis hermanos mayores, el deportista y peleador, jefe y maestro de todas nuestras travesuras y paseos, se había consagrado al estudio de las matemáticas con su acostumbrado entusiasmo, entusiasmo que desplegaba en toda materia o ejercicio que ocupara su atención, fuese esgrima, boxeo, tiro, caza, etc. Al enterarse de que se habían contratado los servicios del padre O'Keefe, inquirió si el nuevo profesor podría cooperar al mejor éxito de sus estudios matemáticos. El cura contestó favorablemente, asegurando que le sería grato ayudar al joven a solucionar las dificultades. Consecuentemente, se convino que mi hermano daría una hora de clase por la mañana temprano, antes de comenzar las nuestras, y, además, un par de horas en la noche. No tardamos en notar que dichas clases no se desarrollaban en forma satisfactoria. Si bien el sacerdote salía de ellas con su acostumbrada placidez y sonrisa, mi hermano, por el contrario, se retiraba cejijunto, y en cuanto llegaba a su cuarto arrojaba los libros con violencia y — empleando un lenguaje poco moderado — calificaba a O'Keefe de farsante. Afirmaba que sabía tanto de cálculo infinitesimal como un gaucho o un indio. Luego, tomando el asunto a chacota, se reía de las pretensiones del sacerdote, aseverando que sólo estaba habilitado para enseñar el abecedario a pequeñuelos. Agregaba, que más le hubiese gustado que el cura pretendiera tener conocimientos en el arte varonil del boxeo a fin de hacer algunas vueltas con él. Le hubiera complacido adornar de moretones multicolores su cara de embaucador.

No tardaron en ser suspendidas las clases de matemáticas, pero siempre que se proyectaba una cabalgata, mi hermano abandonaba sus libros y encabezaba la partida. El paseo hasta el arroyo, según él, nos brindaba la oportunidad de practicar la equitación y la esgrima de la lanza. Del cañaveral cortaba varios ejemplares rectos, que luego, al llegar al río, aprovechábamos para pescar. Emprendíamos la marcha con O'Keefe a la vanguardia, completamente ensimismado en sus propios pensamientos, mientras nosotros le seguíamos a unos cien metros de distancia. Formados en línea, comenzábamos con nuestros ejercicios. De tanto en tanto perseguíamos al enemigo: O'Keefe. A la voz de nuestro comandante, cargábamos velozmente lanzando un grito y, al llegar a unos cuarenta metros del enemigo, impelíamos nuestras lanzas, de manera que cayeran cerca de las patas de su cabalgadura. En esta forma acometíamos una veintena de veces antes de llegar al arroyo, sin que él se percatara nunca de ello, ni siquiera cuando su caballo coceaba ante la lluvia de lanzas.

Gozamos de las ventajas del sistema O'Keefe aproximadamente un año. De pronto, en su usual forma despreocupada, sin dejar traslucir la marcha de sus cuestiones privadas, declaró la necesidad de entrevistarse con cierta persona, sobre cierto asunto particular... Desde entonces, no volvimos a verlo. Pero incidentalmente, recibíamos informes de sus andanzas y proceder, de lo cual dedujimos que — durante su permanencia con nosotros y aun durante unos meses anteriores — había estado gestando su propia salvación, tranquilamente, de acuerdo con el complicado sistema que había ideado. Antes de venir a nuestro hogar, vivió en un establecimiento sacerdotal de la capital. Rondando por el palacio del obispo, se dedicó a tramitar la obtención de algún beneficio o destino. Cansado al fin de su vana espera, habíase retirado discretamente de la cofradía, poniéndose en contacto con uno de los pastores protestantes, a quien le insinuó que hacía tiempo padecía de ciertos escrúpulos, entendiéndolo que su conciencia requería un poco más de libertad que la permitida por la Madre Iglesia, lo que lo había inducido a contemplar con envidia la otra iglesia a cuyos fieles se les acordaba mayor amplitud de acción y de criterio. Sin embargo, manteníase indeciso y, en consecuencia, le interesaría sostener correspondencia sobre asuntos



de tanta importancia con algún militante de la otra fe. Esta carta suya mereció cálida acogida y contestación. A ella siguió voluminosa correspondencia y varias entrevistas con diversos clérigos, anglicanos o episcopales no recuerdo bien. También se puso al habla con presbiterianos, luteranos y metodistas, todos con capilla propia en la ciudad. Es posible que hubiera tratado un poco con todos y cada uno de ellos. Aguardó, después, el año transcurrido entre nosotros y durante el cual se entretuvo enseñando a los pequeñuelos, suavizando, a su modo, el camino de las matemáticas para mi hermano y... pescando.

Pero las autoridades eclesiásticas no se habían desembarazado de él y recibían frecuentemente sus noticias, las cuales no resultaban muy gratas. Les manifestaba que había llegado como sacerdote católico romano, a un país de su comunión y que se encontraba como un forastero en tierra extraña. Había esperado, pacientemente, durante varios meses, sin obtener más que promesas y desaires, mientras que a cualquier cura ambicioso y avariento, llegado de España o de Italia, se le recibía amablemente y se le ubicaba de inmediato. Luego, cuando su paciencia y sus escasos fondos se hallaban agotados, la casualidad lo había llevado entre personas ajenas a la fe católica, quienes, no obstante, lo acogieron afablemente. Se sentía humillado y entristecido al comparar la hospitalidad desinteresada y la caridad cristiana, demostrada por aquellos extraños, con el tratamiento que le acordaban sus cofrades de menor, igual o superior jerarquía.

Probablemente haya dicho algo más que esto. Por fin, se le invitó a predicar en una o dos de las capillas protestantes de la ciudad. No se animó a efectuarlo. No le abandonó la sensatez, y, oportunamente, obtuvo su recompensa.

Volvimos a nuestra existencia de antes, es decir, a vivir a nuestro antojo. Mis progenitores pensaron, seguramente, que pasaríamos nuestra vida en el campo, dedicados a la cría de vacunos y lanares, y si alguno de nosotros, como en el caso de mi hermano el matemático, tenía otras predisposiciones, las desarrollaría por su propio esfuerzo, guiándole su sentido común y sus dotes naturales.

Por mi parte, no sentía inclinación por los libros, que significaban lecciones y deberes, siéndome, por lo tanto, repugnantes. No me convencía fácilmente de que alguien los leyera por placer.

Aunque parezca raro, la única tentativa por mejorar nuestro intelecto en el aludido período provino del segundo de nuestros hermanos mayores, a pesar de que parecía desdeñar nuestra mentalidad infantil y la mía en particular. Un día nos comunicó que abrigaba una gran idea y que nos la iba a exponer. Se refirió a una familia compuesta en su casi totalidad de niños varones que, como nosotros, habitaba en un país inculto y solitario, sin colegio, ni maestros, ni diarios. Aquellos muchachos se entretenían redactando un periódico semanal exclusivamente hecho por y para ellos. Cada uno depositaba su contribución en un elegante jarrón azul, que servía de adorno sobre un estante. El más inteligente de los hermanos seleccionaba los trabajos y transcribía los mejores en una hoja grande. Esta quedaba, así, constituida en el órgano de publicidad, hebdomadario, que titulaban *El Jarrón Azul*, y que leían con deleite todos los de la casa.

Mi hermano propuso que acometiésemos la misma labor que aquellos varones, reservándose, naturalmente, el cargo de editor y comprometiéndose a redactar la mayor parte del periódico, el cual ocuparía dos o cuatro hojas de papel en cuarto, escrito con su hermosa caligrafía y apareciendo indefectiblemente los sábados.

Accedimos gustosos. Como el título nos había llamado la atención y despertado simpatías, nos pusimos a revolver en vano el hogar paterno en procura

de un jarrón azul. Tuvimos que darnos por satisfechos con una lata cubierta por tapa de madera y que poseía cerradura. De su llave se incautó el flamante editor. Las colaboraciones se echaban por una rendija hecha por el carpintero en aquel primitivo y tosco mueble, imprimiendo al improvisado adminículo las características del buzón. Pusimos por título al semanario *El Cofre de Lata*. Nuestro director nos indicó que escribiéramos sobre los acontecimientos de la semana respecto a cualquier suceso o cosa que nos llamara la atención, pero aconsejándonos que no incurriéramos en la indiscreción de tratar asuntos o temas que no fueran de nuestro dominio. Yo debía ocuparme de los pájaros, en mérito a que no pasaba semana sin que les contara una historia interesante de alguna extraña avecilla, cuya existencia y especie había descubierto. En consecuencia, se me autorizó a que escribiese desarrollando el mencionado tema, en el mismo tono maravilloso de mis narraciones verbales.

Iniciamos nuestra tarea con gran entusiasmo, intentando, por primera vez en nuestra vida, el propósito de expresar los pensamientos por medio de la palabra escrita. Todo transcurrió sin tropiezos por algunos días, al cabo de los cuales nos reunió nuestro editor y líder para hacernos una importante comunicación.

Comenzó por mostrarnos una copia en limpio del número programa que preparaba (aunque no nos permitió acercarnos al original) al solo efecto de que pudiéramos apreciar el esmero que le estaba dedicando. Añadió que no podría continuar empleando tanto tiempo como exigía la tarea, ni suministrar el papel, sin recibir de todos nosotros un pequeño concurso monetario. Solamente necesitaría unos centavos semanales de nuestra pequeña renta, cuya falta sin duda no habríamos de notar. Todos otorgamos nuestra aprobación, excepto el hermanito menor, quien tendría unos siete años. Se le amenazó con eliminarlo como redactor "Perfectamente — exclamó —, no contribuiré". Sin éxito ensayamos quebrar su obstinada resistencia; pero no quiso conceder un cobre ni mantener relaciones con *El Cofre de Lata*.

Entonces se desencadenó la ira de nuestro editor y jefe, quien dijo que, no obstante tener escrito ya su artículo de fondo, redactaría otro concluyente para desenmascarar a quien había tratado de hacer fracasar el periódico. Lo exhibiría como al insecto más vil, jamás visto sobre la tierra. Ante tal filípica, mi hermanito prorrumpió en llanto. "Reserva tus miserables lágrimas hasta la aparición del periódico — gritó el otro- pues entonces tendrás sobrada razón para ellas, ya que llevarás un estigma en la frente y todos te señalarán desdeñosamente con el dedo, asombrándose de haber guardado consideración hasta ese instante a tan despreciable persona".

El niño no pudo soportar el rudo golpe moral. Salió precipitadamente de la habitación. Nosotros nos reímos, y el editor, aun encolerizado, también participó de nuestro regocijo, orgulloso de la aplastante repercusión de sus palabras.

Aquella tarde el hermanito menor no se unió a nuestros juegos. Se ocultó para espiar los movimientos del enemigo, que, sin duda, ya se habría entregado — según su exaltada imaginación — a la tarea de escribir el fulminante artículo, en mérito del cual quedaría la pobre criatura marcada para el resto de su vida. A su debido tiempo, el editor, terminado su cometido, salió. Montando a caballo, se alejó al galope. El pequeño aprovechó la oportunidad para abandonar su puesto de acecho y penetrar en la habitación, posesionándose del cofre, que se llevó a la carpintería. Allí con el auxilio del martillo y del formón, lo abrió. Extrayendo el contenido, destrozó los papeles, diseminándolos. Cuando volvió el segundo de mis hermanos y descubrió lo sucedido, presa de fuerte ira, se puso a la busca y captura del minúsculo rebelde que había osado destruir su trabajo. No le fué

posible atraparlo, porque en el momento oportuno, el perseguido buscó el amparo y la protección de nuestros padres. Estos, tras de investigar el origen del incidente, dictaminaron: que el muchacho grande carecía del derecho de perseguir al menor. Nuestro jefe y editor en cierne, aparecía como el principal culpable de lo sucedido. Se había excedido en su lenguaje, tan desmedidamente, que el menor lo tomó con toda seriedad. Y, si realmente pensó que el artículo de *El Cofre de Lata* le iba a ser en tal grado desdorado, ¿quién podría culparle de haberlo destruido?

He ahí el epilogo de *El Cofre de Lata*. Nunca se habló de empezarlo de nuevo, ni mi hermano volvió a mencionarlo, Años más tarde pensé lo lamentable que fué para mí este fracaso. Creo, en virtud de la experiencia posterior, que si el periódico hubiera durado, aunque hubiera sido pocas semanas, habría yo adquirido la costumbre de anotar mis observaciones, hábito sin el cual las más exactas de éstas y la memoria más feliz, de nada sirven al naturalista. Así, pues, a causa de la destrucción de *El Cofre de Lata*, perdí la mayor parte del resultado de mi labor de seis años de vida en continuo contacto con la naturaleza, ya que, únicamente otros seis años después de la rebeldía de mi hermanito, pude advertir la conveniencia y hasta lo indispensable que resulta el anotar todo detalle interesante que se observa.

## Capítulo XIX

*Nuestro tercer y último maestro - Multiplicidad de su talento.- Debilidad y fracaso. - El hermano "importante". -Fraternal diferencia en todo menos en la voz. - Extraño encuentro Jack el Matador: su vida y su carácter. - Contienda brava. -Mi hermano requiere instrucciones de Jack. - Contraste entre el modo de pelear de los gauchos y el de Jack. - Simulacro de riña a cuchillo. -Una herida y sus consecuencias. - La mirada de Jack. - Estudios ornitológicos. - Proyectada broma de mis hermanos mayores.*

### HERMANOS

La desaparición del sacerdote nos dejó, más menos, donde estábamos antes de que asomara su gran fisonomía en nuestro horizonte. De cualquier manera, la ilustración recibida de él no había sido mucha. Después, durante bastante tiempo, vivimos en eternas vacaciones, hasta que apareció un tercer maestro en escena: otro forastero más, en un país extraño, donde cayera en desgracia y que estaba dispuesto a pasar su ociosidad educándonos.

Al igual que en el caso de O'Keefe, los amigos que el bondadoso y crédulo padre tenía en la ciudad le endosaron este caballero de quien querían desprenderse. Se lo presentaron como el hombre que necesitaba, bien nacido y educado, etc., pero que había sido bastante desequilibrado. En consecuencia, precisábase alejarlo de las tentaciones de la ciudad, y sosegarlo en un hogar apacible y tranquilo como el nuestro. Aunque sorprenda el caso, resultó el candidato mejor que sus recomendaciones. Hablase educado en un buen colegio y comenzado el estudio de una carrera. Lingüista y músico, le adornaban gustos literarios. Conocía bien las ciencias y era, además, muy buen matemático... Excuso decir que a mi hermano el estudioso le pareció un ángel bajado del cielo, sin defectos, porque al blasón de matemático se sumaba el de ser un consumado esgrimista y boxeador.

Así fué que ambos no tardaron en cimentar fuerte amistad. Trabajaban con ahínco. Releían los textos. Estudiaban. Luego se retiraban diariamente al monte, una o dos horas, con objeto de practicar la esgrima o de boxear y tirar con el rifle o la pistola. Dedicóse, también con empeño, al más modesto trabajo de enseñarnos a los menores, consiguiendo infundirnos determinado entusiasmo. Éramos, dijo,

simplemente pequeños salvajes, muy ignorantes, a pesar de lo cual él había penetrado a través de la espesa corteza que embotaba nuestra mente, deduciendo con agrado que no carecíamos de capacidad, y que si nosotros cooperábamos a sus esfuerzos, dedicándonos de corazón y alma a estudiar, pasaríamos oportunamente del estado larval al de mariposas multicolores.

De suma elocuencia, parecía haber triunfado de la debilidad, o lo que fuere, que le había hecho fracasar antaño. Pero llegó el tiempo en que pidió un caballo y salió para un largo paseo. Comenzó por visitar la estancia de unos ingleses vecinos, donde bebió con desenfado el vino y licores que generosamente se le ofrecieron.

Conclusión: regresó a casa delirando como un loco. Le causaba pésimos trastornos la bebida. A cada exceso, seguían días de arrepentimiento y de melancolía. Después... el olvido, y a emprender de nuevo el buen camino. Esto nos trastornaba bastante a todos, especialmente a mi madre, quien leyó unas cartas que —en un momento de amargura, y conmovido por sus palabras— le había mostrado. Cartas patéticas de una pobre madre a su hijo único y adorado, perdido para siempre en un país lejano.

Las tristes súplicas maternas fomentaron las ansias de mi madre tendientes a lograr su reforma. Estos esfuerzos ayudaron, por algún tiempo, al feliz éxito con que nuestro maestro hizo frente a su debilidad. Pero era el suyo un temperamento asaz confiado. Al poco tiempo, creyéndose definitivamente curado, juzgó llegado el momento de ocuparse en algo más provechoso, Con una idea brillante en su cerebro, nos abandonó, volviendo a la ciudad, a fin de poner en ejecución su pensamiento. Pero ¡ay! no habían transcurrido muchos meses, cuando — a pesar de haber empezado seriamente a trabajar, disponiendo de amigos, de dinero y de toda probabilidad de triunfo — volvió a caer en el vicio. Y aquella vez su descenso fué tan sin esperanza, que sus amigos lo embarcaron, ignoro si con destino al interior o para su patria. Nunca más supe de él.

En tal forma terminó la última tentativa que realizó mi padre para educarnos en casa. Y tampoco pudo enviarnos a la ciudad. El único colegio inglés para varones, dirigido por un delicado y enfermizo caballero británico, constituía el foco de todas las fiebres y demás enfermedades propias de la juventud enclaustrada en un local malsano.

Las familias inglesas pudientes enviaban en aquel tiempo los hijos a Inglaterra para su educación; pero ello resultaba muy costoso y nosotros no poseíamos suficiente dinero para seguir tal rumbo. Más adelante, se tuvo que efectuar una excepción con mi hermano mayor, quien, no deseando dedicarse a la cría de lanares ni a otra ocupación de las habituales en las pampas, habíase empeñado en cursar sus estudios en el extranjero.

Por aquella época de mi vida consideraba yo a dicho hermano como persona tan importante, que tendré que dedicarle aún mayor espacio en el presente capítulo que en el anterior. Sin embargo, no era mi hermano favorito. Como me llevaba cinco años, se asociaba, naturalmente, con uno mayor que yo, mientras que a los dos menores se nos dejaba jugar juntos, a nuestra infantil manera. Con mi hermano menor por único compañero, se prolongó mi niñez, y cuando yo contaba diez años, el mayor me parecía un mozo. Los cuatro no teníamos más rasgo común que la voz, siendo distintos en carácter y en apariencia. La voz heredada de nuestro padre era el único lazo evidente de parentesco. Pero creo que en igual forma, en el fondo de nuestras personalidades tan diversas, había una recóndita calidad, un algo del espíritu que nos aunaba, y esto me parece que lo habíamos heredado de nuestra madre.

Respecto a la voz, relataré una anécdota de aquella época, es decir, cuando transcurría mi décimo año de vida. Mi hermano fué un día a Buenos Aires, donde llegó al anochecer y dejó su caballo en la caballeriza de costumbre. Al salir habló con el peón, dándole instrucciones. No bien lo hizo, oyó una voz débil tras la puerta entreabierta de una pieza obscura, que daba sobre el patio. La voz decía: "¡Ahí habla un Hudson! ¿Padre o hijo, cuál es?" Mi hermano penetró en la pieza exclamando: "Sí, soy Edwin Hudson, ¿quién es usted?" "¡Oh, cuánto me alegro de verte por aquí! replicáronle —. ¡ Soy tu viejo amigo Jack", y así se produjo un dichoso encuentro entre el muchacho de dieciséis años y el canoso y abatido peleador y vagabundo, conocido en toda nuestra región por Jack el Matador, además de otros temibles apodos, tanto en inglés como en castellano.

Ahora se hallaba solo, sin amigos ni plata, enfermo y postrado en un catre, que el caballerizo le había facilitado en su pieza. Mi hermano regresó entristecido por la penosa situación del pobre Jack, aunque contento de haberle podido prestar alguna ayuda.

Jack el Matador pertenecía al número de esos ingleses extraños, que solían encontrarse en aquellos tiempos, y que se adaptaba a la vida gaucha, cuando el gaucho era más libre y vivía más al margen de la ley que ahora, lo cual jamás volverá a suceder, salvo que esas vastas llanuras se despoblaran en lo futuro y volvieran a ser como hace medio siglo.

El azar lo había conducido a tan lejanas regiones durante su juventud. Gustándole la sencilla vida de los nativos, se había acriollado, adoptando su vestimenta e idioma. Fué domador, tropero y muchas otras cosas. Igualmente y como cualquier otro gaucho, sabía fabricar con cuero crudo sus riendas, rebenques y otros arreos, lo mismo que lazos y boleadoras.

Cuando no trabajaba, jugaba y bebía como los demás, y también peleaba. En esto último, no obstante, se diferenciaba del gaucho. Jack había podido asociarse con los nativos, pero no identificarse con ellos. La estampa del extranjero, del inglés, nunca pudo borrarse del todo. Retenía cierta dignidad — una reserva casi rígida en sus modales — que lo distinguía de los otros y que lo hubiera convertido en blanco de graciosos y "compadres", entre los compañeros, a no ser por su orgullo y por su implacable habilidad en la defensa de su integridad personal.

No podía soportar que se burlaran despectivamente de él por ser "gringo". A causa de su idiosincrasia, se vió envuelto en un sinnúmero de altercados, de los cuales se desprendió, como desagradable conclusión, que cuando peleaba lo hacía a muerte. Considerábase tal proceder de muy mala ética. Aunque muchos hombres morían en duelo, el gaucho entiende que ésa no es la intención del combate, sino, más bien, vencer al adversario marcándolo y conquistando, en esa forma, fama y gloria de valiente. Jack, en consecuencia, les irritaba y deseaban deshacerse de él. No tardó en darles buen pretexto. Mató, en duelo criollo, a un famoso peleador, que tenía muchos parientes y amigos, algunos de los cuales resolvieron vengar la muerte. Una noche se juntaron nueve hombres y llegaron al rancho donde Jack dormía. Permaneciendo dos de ellos en la puerta, para cortar la retirada, los otros irrumpieron en la habitación con sus facones en la mano. Jack se despertó al abrirse la puerta, y, adivinando la causa de la visita, manoteó el cuchillo que tenía bajo la almohada, saltando como un gato de la cama. Entonces comenzó una extraña y sangrienta lucha. Un hombre desmido, provisto de simple arma de hoja corta, luchaba contra siete armados de tremendos facones, dentro de minúscula habitación obscura como boca de lobo. Jack les aventajaba, en razón de que sus pies descalzos no producían ruido en el piso de tierra, y además, porque conocía la exacta ubicación de los escasos muebles. Poseía, por otra parte, una agilidad

asombrosa. La intensa falta de luz también le favorecía. No pudieron los atacantes evitar el herirse entre sí. Resultado: tres murieron y los otros cuatro quedaron heridos, más o menos gravemente. Desde entonces Jack pudo vivir entre el paisanaje como un pacífico y tranquilo miembro de la sociedad, siempre que no se burlaran del "gringo".

Mi hermano, naturalmente, consideraba a Jack como a uno de los más grandes héroes. En cuanto sabía que se hallaba por el pago, montaba a caballo e iba en su busca, pasando horas enteras en su compañía, haciéndole relatar aquella terrible pelea que sostuvo en las tinieblas contra tantos enemigos. Una de las consecuencias de aquella amistad, fué la de sentirse descontento de sus conocimientos del arte del boxeo. Pensaba que hacía muy bien adiestrándose en el florete y el boxeo, así como también en convertirse en buen tirador, pero que, viviendo entre gente que usaba solamente el cuchillo, si por casualidad fuera atacado y careciera de pistola u otra arma de fuego, se encontraría en una situación desagradable. Por lo tanto, opinaba que debía practicar el manejo del facón. Quería, pues, que Jack (quien había obtenido tanto éxito empleando tal medio de defensa) le enseñara su manejo. Jack meneó la cabeza. Si su joven amigo deseaba aprender el método gaucho, le sería fácil, El gaucho envolvía su poncho en el brazo izquierdo a manera de escudo y blandía con la derecha su facón, arma de hoja parecida a la de una espada y con ese en el cabo.

El floreo del facón implicaba todo un arte impresionante, cuando dos rivales de fama se enfrentaban, y sus armas, reflejando el sol, parecían dos ruedas resplandecientes o espejos giratorios. El objetivo de cada hombre era encontrar la oportunidad de marcar la cara de su adversario con un veloz tajo. Jack conceptuaba como bonito tal espectáculo, pero entendía también, que se reducía a mero juego y jamás quiso practicarlo. El no reñía por inclinación. Le gustaba vivir entre los gauchos y ser uno de ellos, pero no para pelear. Hombres había que nunca habían sostenido una riña ni habían sido desafiados. El anhelaba hacer lo propio. Jamás cargó una pistola; llevaba sólo el cuchillo, un cuchillo corto, de trabajo y no para querellas. Pero cuando se percató de que, a pesar de todo, tenía que pelear o de lo contrario vivir sufriendo y despreciado, blanco obligado de todas las pullas de los pendencieros, comenzó a luchar en una forma tan personal y espontánea, que no le era posible enseñar a otro. En el momento de peligro, cuando relucían los cuchillos, se transformaba todo su ser. Saltaba como un objeto de goma de un lado a otro, no quedando quieto en el mismo sitio ni por una fracción de segundo. Poseía la elasticidad del felino, pareciendo un resorte de acero — como ustedes quieran —, pero lo cierto es que era algo que giraba alrededor de su contrario, quien de pronto lo juzgaba a su alcance y de pronto advertía que se le había escurrido diez metros. Cuando amagaba un golpe por un lado, lo daba por otro, en tal forma que, a los dos minutos, el rival, ofuscado, tiraba a ciegas. Al presentársele la oportunidad, no trataba de herir o marcar al contendiente, sino que le hundía el cuchillo en el corazón con toda fuerza. En esa forma combatía y mataba, y en esa forma, también, había logrado su anhelo de vivir en paz, hasta la vejez, sin que ningún guapo le dijera: "¿Se considera todavía un matador de hombres?, pues entonces máteme y compruebe su derecho al título". Tampoco se atrevían a llamarlo "gringo".

Mi hermano no se disuadía del propósito de aprender a defenderse cuchillo en mano. A menudo salía al monte, donde practicaba durante una hora, eligiendo cualquier árbol por adversario, tratando de imitar el arte espontáneo de Jack, saltando de acá para allá en torno de su enemigo y tirándole golpes fatales. Como el árbol se quedaba inmóvil y tampoco disponía de cuchillo para defenderse, no le

resultó la práctica muy satisfactoria. Así fué que un buen día nos propuso, a mí y a mi hermanito menor, sostener una lucha armados de arma blanca, para comprobar si adelantaba. Fuimos al otro extremo del monte, donde no podíamos ser vistos, y sacando tres cuchillos muy grandes, con hojas como las empleadas por los carniceros, nos indicó que le atacáramos con todas nuestras fuerzas, haciendo lo posible por herirlo, ínterin él se limitaría únicamente a la defensa. Al principio nos resistimos, recordándole que nos había castigado terriblemente con los guantes y el florete, y que sería mucho peor con los cuchillos, pues nos destrozaría. No pensaba lastimarnos, dijo. Hallábase absolutamente seguro de que no existía peligro alguno para nosotros, ni creía por un momento que pudiéramos alcanzarlo, a pesar de nuestros esfuerzos. Consiguió convencernos y quitándonos los sacos, los envolvimos en la zurda, a lo gaucho, atacándolo con todo brío mientras él bailaba, saltaba y volaba a lo Jack el Matador, utilizando su facón únicamente en la defensa, haciendo lo posible por desarmarnos, pero en una de esas intenciones, se le fué la mano, hiriéndome en el brazo derecho tres pulgadas por abajo del hombro. Brotó la sangre y me tiñó la manga. Terminó la pelea. Desesperado, él corrió hasta la casa, volviendo rápidamente con una jarra de agua, una esponja, una toalla y lienzos para vendarme la herida. Me había inferido un tajo profundo cuya cicatriz aun conservo. Todas las mañanas al lavarme, me fijo en ella, y evoco aquella peripecia lejana.

Al fin consiguió detener la sangre y vendándome fuertemente el brazo, exclamó desconcertado: "Claro que ahora todos tendrán que saberlo". "¿Por qué? — respondí —. Mi brazo ya no sangra y nadie se dará cuenta. Si notan que no lo uso, podré decir que me he golpeado".

Esto lo tranquilizó y, agradecido por mi actitud, me palmeó la espalda, alabando mi hombría. Era la primera vez que hacía tal cosa. Ser ponderado por él equivalía a tan raro y precioso don, que me enorgullecí, al extremo de convencerme de mi eficacia como "cuchillero". Cuando todo rastro de sangre hubo desaparecido, regresamos a casa y durante la cena estuve más conversador y alegre que de costumbre, no solamente para alejar sospechas, sino también para probar a mi hermano que podía sobrellevar los reveses con fortaleza.

Sin duda le divirtió mi comportamiento, pero no se rió de mí. Quizá porque se sentía demasiado contento de no haber sido descubierto.

No se repitieron los duelos criollos, a pesar de que al cicatrizarse la herida, mi hermano volvió sobre el asunto dos o tres veces, pretendiendo convencerme de que nos sería sumamente útil saber defendernos, ya que estábamos obligados a convivir con gente que sacaba el cuchillo con la misma facilidad con que un gato saca las uñas.

Tampoco sirvieron para despertar mi entusiasmo el recuento de las gloriosas y sangrientas hazañas de Jack el Matador. Aunque éste tenía modales quietos y suaves como el que más, nunca pude evitar una curiosa vacilación, una emoción desagradable en su presencia, especialmente cuando me miraba con sus bellos ojos color gris claro y vivos como los de un muchacho, pero con expresión que imponía, por lo penetrante y concentrada, recordándome la mirada del felino, que se mantiene inmóvil, pronto para lanzarse sobre el ratón o el pajarito.

Con todo, la pelea y su consecuente herida tuvieron para mí el resultado feliz de que mi hermano fuera menos prepotente, empezando hasta a tomar cierto interés en mis gustos y en mi genio solitario.

Un pequeño incidente, relacionado con un pájaro, hizo resaltar este nuevo interés de manera muy agradable para mí. Le conté a él y a mi hermano mayor que había notado un detalle interesante y que éste me permitió realizar cierto



descubrimiento. Nuestra especie más común era el tordo, parásito que ponía sus huevos en los nidos de otras aves. Su color era purpúreo oscuro y lustroso, casi negro. Al observar dos de estos pájaros, que pasaban volando, noté que tenían una pintita color castaño debajo del ala, lo cual denotaba que no pertenecían a la misma variedad. Recordé, entonces, que había oído un trino singular proferido por lo que yo creía el tordo común y que, sin embargo, era distinto a cualquier nota habitual de este pájaro. Siguiendo tal indicio llegaba a la conclusión de que existía, en nuestro monte, un pájaro análogo al tordo en tamaño, color y aspecto general, pero de otra especie.

Pareció entretenerlos mi hallazgo. Pocos días después me interrogaron minuciosamente sobre si había recogido alguna otra nota particular entre los pájaros. Mostráronse desencantados cuando les respondí que carecía de novedades. Nada nuevo tenía que contarles.

Al día siguiente, mi hermano me confesó que, juntamente con el mayor, habían tramado una broma. Habiendo conseguido un tordo, le pintaron la cola de color escarlata subido. Soltáronlo luego, en la esperanza de que yo lo encontraría en mis paseos por el monte mientras observaba los pájaros, y que me maravillaría al hallarme frente a otra especie más de tordo purpúreo y de cola escarlata, diferenciado del común por esta última característica.

Sin embargo, después de reflexionar, se alegraba de que no lo hubiera encontrado, privándoles del placer de burlarse de mí. Se manifestó, a la sazón, avergonzado por haber querido hacerme aquella broma de mal gusto.

## Capítulo XX

*Visitando los bañados. - Juncales y pajonales. - Abundante vida alada. Metrópoli de las gallaretas. - Espantándolas. - Colonias de garzas y dormilones. La guarida del halcón caracolero. - Hermoso jacaná y sus huevos. - Colonia de varilleros. - Música de aves. - El duraznillo, planta acuática. . Nido y huevos del varillero. - Recordando una belleza desaparecida. - Juegos con los gauchitos. - Herido por un mal muchacho. - El consejo del puestero. - Obtengo mi revancha a traición. - ¿Bien o mal? - Boleadas de avestruces.*

### CAZANDO PÁJAROS EN LOS BAÑADOS

**M**e pasaba casi todas las horas del día al aire libre. Si no estaba observando los pájaros en nuestro monte o vigilando la majada, que pacía a unas cuadras de la casa — en ausencia del puestero o de su chico —, salía al campo con mi hermanito menor a buscar huevos o con otros propósitos infantiles.

Durante la primavera y el verano frecuentábamos las lagunas y bailados, lugares muy atrayentes para mí por la abundancia de aves que en ellos se guarecían. Había cuatro lagunas, todas en distintas direcciones, ubicadas aproximadamente a una legua de nuestra casa. Eran pequeños lagos de poca profundidad, que abarcaban trescientos o cuatrocientos acres cada uno, con un poco de agua libre en el centro y el resto cubierto por grandes pajonales e inmensos juncales. Estos se prestaban para nuestras exploraciones, cuando el agua no pasaba de la cincha del caballo. Los lustrosos tallos redondos y oscuros, coronados por penachos marrón claro, se elevaban por encima de nuestras cabezas cuando obligábamos a las cabalgaduras a internarse. Ahí hallábanse los criaderos de unas avecillas que tenían sus nidos hermosamente contruidos a cerca de sesenta centímetros sobre el nivel del agua, sujetos a uno, dos o tres juncos.

También allí descubrimos los nidos de varias especies grandes: mirasoles, garzas, brujas, biguás y, ocasionalmente, del halcón. Esas aves construyen sus nidos en los árboles, en lugares boscosos; pero en las pampas desnudas, anidan en los juncales.

La cuarta laguna no tenía ni pajonal ni juncal y estaba casi totalmente cubierta por una exuberante vegetación de camalotes, planta que, a la distancia, parece almizcleña silvestre o *mimulus*, por sus masas de hojas verde claro y

brillantes flores amarillas. Además me fascinaba por la gran abundancia de pájaros, algunos de ellos de especies que no se criaban entre los juncos. Era más bien la metrópoli de las gallaretas, que antes y después de la época de cría se congregaban en bandadas de centenares sobre las orillas, dando, con sus oscuros cuerpos, un aspecto raro al verde y húmedo césped. Me parecía la reproducción, en modesta escala, de una escena que presenciara en otras oportunidades: un rodeo de dos o tres mil vacunos negros, paciando sobre la vasta llanura, los cuales pertenecían a un importante establecimiento que sólo los criaba de ese pelaje. Siempre nos agradaba dar con una bandada de gallaretas asoleándose a cierta distancia de las márgenes. Castigando nuestros caballos cargábamos sobre las mismas, a fin de presenciar su terrorífica y apresurada fuga hacia la laguna, que cruzaban casi al nivel del agua que tocaban apenas con las patas, levantando denso goterío a su paso. Las gallaretas existían en todas partes, pero aquella laguna constituía el único sitio vecino, donde se criaba la garza. Allí podíamos encontrar centenares de nidos, algunos con huevos y muchos otros que resultaban nidos falsos, siendo imposible distinguirlos, hasta no quitarles los yuyos húmedos que los cubrían.

Otro pájaro que difícilmente se encontraba en distinto lugar, era la becasina moteada, de verdoso pico corvo. Tiene costumbres muy perezosas; se levanta del suelo únicamente cuando casi se le pisa, y luego sale volando en una forma errática como ave nocturna, para descender nuevamente y esconderse a corta distancia. Los paisanos le llaman "dormilón". En uno de los extremos de la laguna, donde el terreno era pantanoso, habíase formado una verdadera colonia de estas raras aves; a cada paso se nos salían casi de debajo de las patas del caballo y si desmontábamos, hallábamos el pequeño nido sobre la tierra húmeda, escondido entre el pasto, y en el cual siempre había dos huevos con pintas oscuras, tan compactas, que parecían completamente negros.

Existían, asimismo, otras lagunas, pero a mayor distancia que las citadas, por cuyo motivo sólo las visitábamos muy de tarde en tarde, debiendo describir una de ellas en particular, porque allí había ciertas especies que no se criaban en otras partes.

Era más pequeña y menos profunda que aquellas a las que precedentemente me he referido, razón por la cual las aves grandes, como la cigüeña el tuyuyú, el chajá, la bandurria, el ibis rojo de América y la espátula rosada, podían vadearla en todas direcciones, sin mojarse las plumas. Era una de aquellas lagunas que se van secando paulatinamente, y estaba cubierta en gran parte, con camalotes entreverados con juncos y pajonales. Siendo la única en nuestra comarca donde se reproducía el caracol grande, había atraído al pájaro que se alimenta de ellos — el halcón caracolero —, ave de color pizarra, muy parecida al gavilán por su tamaño y vuelo. Pero como se alimenta exclusivamente de caracoles, vive en paz y armonía con los otros habitantes plumíferos del bañado. Siempre se mantenía una colonia de unos cincuenta de estos grandes halcones en ese lugar.

Un pájaro aun más interesante era el jacaná, según se cataloga en los libros, al que llaman "ya-sa-ná" los indios del Paraguay. Se trata de un ave curiosa, parecida a la gallineta y que se la juzga emparentada con la familia de los chorlos. De color negro y marrón rojizo, las plumas de sus alas lucen un brillante verde-amarillento. Tiene dedos enormemente largos, púas en las alas y barbas amarillas.

Allí vi por primera vez tan extraña ave, e imaginad mi gran alegría al encontrar igualmente su nido durante tres veranos consecutivos, conteniendo tres o cuatro huevos color arcilla, con pintas castaño-rojizo.

Además, allí se criaban el hermoso tero real y otras variedades demasiado numerosas para citar. Mi mayor placer fué también ver en ese sitio al pájaro que apreciaba sobre todos los otros que he mencionado: el varillero, una especie de pecho colorado, del tamaño del tordo común y, al igual que él, de un color purpúreo uniforme, pero con un copete de plumas castaño. Amaba a dicho pájaro por su canto de delicada ternura en sus trinos. A veces, en primavera y verano, grandes bandadas de pechos colorados visitaban nuestro monte; posándose en cantidades sobre un árbol, cantaban todos juntos, produciendo una música maravillosa y bella como de centenares de cascabelitos sonando armónicamente y a un tiempo.

Fué en las inmediaciones de esta laguna donde hallé sus nidales; un lugar en el que había de trescientos a cuatrocientos nidos cercanos entre sí, nidos que – con los huevos y las plantas que los soportaban y los solícitos pájaros purpúreos volando a su alrededor – brindaban un cuadro de hermosura encantadora. Aquel nidal estaba en lugar bajo y pantanoso donde crecía una planta semiacuática denominada corrientemente duraznillo.

Posee la citada planta un solo tallo blanco, leñoso en apariencia, de dos a tres pies de alto y un poco más grueso que el dedo mayor, culminando en una corona similar a palmera de largas hojas sueltas y lanceoladas, pareciéndose al *ailanthus*, el que tiene un tronco delgado y perfectamente blanco. Las flores solanáceas son color púrpura y dan frutos del tamaño de una cereza, negra como el azabache y en racimos de tres a cinco o seis.

En tal bosque de pequeñas palmeras, colgaban los nidos sujetos a los troncos, en los cuales dos o tres crecían simultáneamente. Recuerdo aquella clase de nido largo y profundo, hábilmente construido y entretejido con hojas secas del pajonal. Los huevos eran blanco-azulados, como leche descremada, con pintas negras en la base. Tan encantadora parte del bañado, con su bosque de primorosos árboles en miniatura, donde los sociables varilleros cantaban y tejían sus nidos y criaban sus pichones en sociedad, será ahora - atrevome a afirmarlo – un inmenso campo de maíz, alfalfa o lino. Los que hoy trabajan y viven allí, no sabrán nada de los hermosos huéspedes anteriores, ni habrán visto jamás, ni oído hablar, del pecho colorado con su plumaje púrpuro, su copete castaño y su delicado y trémulo canto. Cuando evoco las simpáticas escenas del pasado, y rememoro esos campos de juncos y de flores con sus variadas y diversas especies de pájaros silvestres – la nube de relucientes alas, los gritos que regocijaban el corazón, el goce que todo eso representó para mí en la mocedad, alégrome al pensar que nunca más los volveré a ver, y que terminaré mi vida a miles de millas de distancia, manteniendo hasta el último momento en mi espíritu la imagen de una belleza que ha desaparecido de la tierra.

Mi hermano mayor nos acompañaba, a veces, cuando íbamos a buscar huevos a las lagunas o cuando salíamos a caballo en dirección a los dos o tres arroyos, para bañarnos y pescar. No compartía, empero, nuestros juegos y pasatiempos con los hijos de los gauchos, a los que consideraba sus inferiores. Nosotros organizábamos carreras con nuestros petisos, y cuando las había en la vecindad, mi padre nos facilitaba algún dinero para poder participar en las de los muchachos. Rara vez ganábamos cuando había apuestas. Los paisanitos eran demasiado mañosos, apelando a toda clase de tretas para vencernos, aun cuando nuestras cabalgaduras fueran superiores a las suyas. También cazábamos perdices y, en ocasiones, simulábamos combates a lanza, con cañas que cortábamos del cañaveral.

Estos juegos se caracterizaban por su brusquedad, y un día, en que estábamos armados de verdes y flexibles ramas de álamo en lugar de las cañas, sosteniendo una pelea a la carrera, uno de los muchachos se enojó conmigo por cualquier fútil motivo y, quedándose atrás, se me acercó solapadamente por la espalda y me dió tan formidable golpe en la cabeza y en el rostro con su vara, que me derribó. Los demás, siguiéronlo a la carrera, dejándome solo. Montando mi petiso, regresé a casa llorando de dolor y de rabia. Los golpes habían sido dirigidos a la cabeza; pero la vara flexible se había doblado sobre mi cara, desde la frente hasta el mentón, despellejándome. Por el camino tropecé con nuestro puestero, contándole lo sucedido. Le manifesté que iría a quejarme a los padres del muchacho, pero él me aconsejó que no lo hiciese. Agregó que tenía que aprender a defenderme solo y que si alguno me causaba un daño y deseaba su castigo, yo mismo debería infligírselo. Si hacía aspavientos y me quejaba, se reirían de mí. A mi alevoso agresor no le harían nada. "¿Qué iba a hacer — le pregunte — si el otro era mayor y más fuerte que yo, y llevaba además un pesado rebenque y cuchillo?" "¡Ah!, no te apurés para hacerlo — me replicó—. Espera una buena oportunidad, aunque tengás que aguardar días y, cuando llegue, debes hacerle a él lo que te hizo a vos. No le des ningún aviso, simplemente voltéalo del caballo y quedarás a mano".

Como éste era un buen hombre, respetado por todos, celebré que su sabiduría y amistad me sugirieran un procedimiento tan sencillo y fácil. Secándome las lágrimas, volví a casa donde me lavé la cara. Al interrogárseme cómo me había herido de tal manera que llegaba a desfigurarme, contesté que no era nada. Dos días más tarde, mi enemigo apareció por la estancia. Reconocí su voz en la tranquera y, atisbando, lo divisé a caballo. Su conciencia culpable le acusaba. Temía bajarse, pero vacilaba entre el recelo de lo que podría sucederle por lo que me había hecho y el ansia de saber mi estado de ánimo al cabo de dos días. Me fui a la pila de leña y elegí una caña de bambú, de unos seis metros, no tan pesada como para no sostenerla con facilidad y llevándola a manera de lanza, marché hacia la tranquera empezando a revolearía en cuanto me acerqué, con la sonrisa en los labios. "¿Qué vas a hacer con esa caña?", me gritó nervioso. "Espera y verás — le respondí—. Es algo para hacerte reír. Entonces, después de revolear la caña una media docena de veces más, la dejé caer repentinamente con toda mi fuerza sobre la cabeza del paisanito, haciendo exactamente lo que me había aconsejado el puestero, pues cayó limpito del caballo.

Pero el golpe no lo había aturcido y levantándose furioso y dando alaridos, desenvainó el cuchillo para matarme. Yo, por razones estratégicas, retrocedí con bastante prisa, y como sus gritos atrajeran pronto a varias personas hacia el lugar, recobrando el coraje volví y le dije en tono triunfal: "Ahora estamos a mano".

Entonces llamaron a mi padre para que nos juzgara. Mí progenitor—después de oír ambos alegatos- se sonrió, expresando que no necesitaba expedirse, pues ya habíamos arreglado el asunto entre los dos y no quedaba nada pendiente. Me reí y mi enemigo, echándome una mirada feroz, montó a caballo y se alejó sin pronunciar palabra.

Esto fué solamente porque aun le dolía el golpe en la cabeza. Cuando torné a encontrarle, fuimos de nuevo buenos amigos. Más de una vez, durante mi vida, al reconstruir mentalmente ese episodio, me pregunté si procedí bien al seguir el consejo del puestero. ¿Hubiera sido mejor, al salir a su encuentro con la caña de bambú y al preguntarme él qué iba a hacer con ella, que me hubiera acercado mostrándole la peladura que me cruzaba la cara, desde la barba a la sien, cubierta con una costra negra, y decirle: "Esta es la marca del golpe que me diste anteayer,

cuando me volteaste del caballo. Ves que está en el lado derecho del rostro. Ahora toma la caña y dame otro golpe en el izquierdo"? Tolstoi – mi autor preferido, entre paréntesis – hubiera contestado: "Sí, verdaderamente hubiera sido mejor para ti. Mejor para tu alma". Sin embargo, todavía me pregunto: ¿Hubiera sido mejor? Y si el incidente volviera a mi memoria, un segundo antes de mi desaparición de este mundo, todavía estaría en duda.

Uno de nuestros pasatiempos favoritos en aquella época – el único que hacíamos a pie con los chicos nativos – era la boleada del avestruz. Para este juego habíamos fabricado boleadoras, diferentes a las que usa el cazador, avezado en la caza del verdadero avestruz o *rhea*. Las bolas, en lugar de ser de plomo, eran de madera liviana, para no lastimarnos. Generalmente, el muchacho más veloz hacía de avestruz, alejándose y vagando por la llanura, a imitación de éste, haciendo como que comía el trébol, caminando en posición encorvada, dando corriditas y moviendo los brazos como si fueran alas e irguiéndose para imitar el zumbido hueco que produce el ñandú macho cuando llama la cuadrilla.

Luego, los boleadores entraban en acción. Comenzaba la caza. El seudo avestruz corría presurosamente haciendo gambetas procurando disimularse detrás de los cardos, arrojándose al suelo para levantarse cuando oía los gritos de los perseguidores que se acercaban y volviendo a correr. Por momentos, las boleadoras volaban por el aire. El las esquivaba hasta que, al final, alguna de ellas se le enredaba en las piernas, echándolo por tierra. Entonces los cazadores lo rodeaban y, sacando los cuchillos, empezaban las operaciones, imitando el acto de cortarle la cabeza. Después hacían como que se dividían el cuerpo, quitándole la pechuga y los alones, que son los mejores trozos para comer, hablando mientras tanto de la condición y edad del ave. En seguida venía la parte más interesante o sea el momento de abrir el buche y de examinar su variado contenido. Más adelante se oía un grito de regocijo cuando uno de los muchachos afirmaba que había realizado un descubrimiento importante – una gran moneda de plata, un patacón - armándose una discusión y, a veces, hasta una pelea, luchando y revolcándose en el pasto para conquistar la moneda imaginaria.

Terminada la incidencia, el avestruz muerto se levantaba y se unía a los cazadores, mientras que el muchacho que lo había cazado, se trocaba en falso avestruz y la caza empezaba de nuevo.

Cuando se realizaba el juego, siempre me elegían como primer ñandú. En ese tiempo yo corría y saltaba más que cualquiera de los compañeros, aun cuando me llevaran tres o cuatro años de edad. Sin embargo, estos juegos – carreras a caballo, simulacros de peleas, boleadas del avestruz y otros – no me daban una satisfacción inmutable. Apenas se terminaban, volvía con una especie de sensación de alivio a mis paseos solitarios y a la observación de los pájaros, deseando que llegara el día en que mi despótico hermano me dejara usar una escopeta y practicar el único deporte que deseaba: la caza de patos silvestres. Pronto llegó ese día, y servirá de tema al capítulo siguiente.

## Capítulo XXI

*Mi hermano el deportista y la armería. - Acompáñole en sus cacerías. - Los chorlos. - Cazando patos. - Nuestro castigo. - Aprendo a tirar. - La primera escopeta. - Iniciándome en la caza. - Mi táctica con los patos. - Defecto de mi arma. - Empleo del trabuco. - Se termina la munición. - Aventura con un pato picazo. - Pólvora gruesa y munición casera. - Peligro de guerra. - Preparados para la defensa. - Alejamiento del peligro. - Mi hermano abandona el hogar.*

### AVENTURAS DE CAZA

**H**e dicho que no se me permitió cazar con armas de fuego hasta los diez años de edad. El afán de hacerlo lo abrigaba desde tiempo atrás. No contaba más que siete, cuando ya deseaba ser más grande, o por lo menos, más fornido, para poder salir, al igual que mi hermano, con una escopeta y dedicarme a cazar pájaros mayores. Cuando recurría a él con tal propósito, el requerido se negaba terminantemente. Allí concluían mis tentativas.

Virtualmente, se había convertido aquel hermano en guardián de todas las armas de la casa. Estas se componían de tres escopetas, un rifle, un viejo mosquete de chispa marca Tower, sin duda caído de las manos de algún soldado británico, muerto en uno de los combates callejeros que tuvieron lugar en Buenos Aires en mil ochocientos seis o mil ochocientos siete, un par de pistolas de caballería y un impresionante y formidable trabuco con boca tan amplia como el platillo de una taza de té. A su cuidado se hallaban también los sables. A nuestros vecinos nativos todo esto les parecía una asombrosa colección de armas, porque en esos días ellos no poseían las de fuego, salvo en casos excepcionales, cuando algún soldado desertor dejábales abandonada su carabina. Conseguida ésta, la mantenían bien escondida, a fin de que las autoridades no la encontrasen si procedían a la búsqueda correspondiente.

Ya que no podía cazar, acompañaba yo a mi hermano en sus expediciones para cuidarle el caballo y recoger los pájaros heridos o muertos. Le quedaba profundamente agradecido si me toleraba servirle en tan humilde forma.

Tuvimos juntos algunas aventuras bastante interesantes. Un día de verano volvió él apresuradamente a casa en busca de su escopeta, pues había visto posarse a una inmensa bandada de chorlos pampa, en un lugar distante diez cuadras de nuestra casa. Con el arma y una bolsa para traer la caza, montó el petiso, conduciéndome en ancas; porque nuestros petisos estaban acostumbrados a

llevar dos y hasta tres de nosotros si era necesario. Encontramos las aves donde las viera asentarse; miles de ellas iban de un lado al otro, muy ocupadas, buscando sustento sobre la tierra húmeda.

El pájaro del cual hablo es el *charadrius dominicana*, que se cría en la América Septentrional y emigra en agosto y septiembre a los llanos del Plata y de la Patagonia, cubriendo así unas 16.000 millas cada año. En apariencia, se asemeja tanto a nuestro chorlo, *charadrius pluvialis*, que es difícil distinguirlos entre sí. Se trataba de pájaros muy mansos. Todas nuestras aves silvestres eran demasiado apacibles, aunque no exageradamente "mansitas" como las encontró Alejandro Selkirk en su isla; la del poeta, no la del verdadero Selkirk.

Estando los pájaros tan diseminados, lo que correspondía hacer era echarse a tierra y tirar colocando el caño de la escopeta al nivel de la bandada. El resultado fué que la munición entró entre ésta, a unos 30 ó 40 metros, matando 39 pájaros, que metimos en la bolsa. Subiendo al petiso volvimos a casa a todo galope. Ibamos en pelo y como el lomo del animal se inclinaba hacia adelante, nos fuimos corriendo más y más hasta que estuvimos casi sobre el pescuezo. Yo le gritaba a mi hermano que lo sofrenara, pero él tenía la escopeta en una mano y la bolsa en la otra y había perdido las riendas. El petiso, sin embargo, pareció haber entendido, pues se paró de golpe a orillas de un charco de agua de lluvia, al cual fuimos a parar de narices. Cuando levanté la cabeza, vi la bolsa de pájaros a mi lado y la escopeta debajo del agua a poca distancia. Unos tres metros más allá, mi hermano acababa de levantarse, De su largo cabello chorreaba el agua y su rostro expresaba el asombro. Pero como el charco se hallaba limpio y blando su fondo de pasto, no nos lastimamos.

Sin embargo, en ocasiones, las cosas resultaban más serias. En una de ellas nos convenció a mí y a mi hermanito el menor de que le acompañáramos en una proyectada y secreta expedición que había planeado. Debíamos partir a caballo, antes del amanecer, para llegar a uno de los bañados que distaba unas veinte cuadras de casa. Cazaríamos muchos patos y regresaríamos a la hora del desayuno. Lo esencial era mantener el plan en reserva para que todo saliera bien, pues la gran cantidad de aves que traeríamos de vuelta nos haría perdonar la escapada.

Al anoecer, en vez de soltar nuestros petisos como de costumbre, los atamos en el monte y a eso de las tres de la mañana salimos cautelosamente de la casa y emprendimos nuestra aventura. La mañana era de invierno, nebulosa y fría cuando aclaró. Los patos estaban excesivamente ariscos a esas horas. En vano perseguíamos las bandadas. Mi hermano las acechaba en los pajonales, con el agua más arriba de las rodillas. No pudo, empero, cazar ni un pato, y al fin tuvimos que regresar con las manos vacías y hacer frente a la tormenta. Llegamos a las diez y media, mojados, hambrientos y cariacontecidos, hallando a todos los de casa, alarmados a causa de nuestra desaparición. Cuando notaron nuestra ausencia, uno de los peones declaró que nos había visto llevar los caballos para esconderlos en el monte a poco de obscurecer. Se presumió que nos habíamos escapado, que marchábamos hacia el sur, donde era menos poblado y los animales salvajes más abundantes, en busca de nuevas y más excitantes aventuras. Quedaron muy tranquilos al vernos regresar, pero como no traíamos aves para aplacarlos, no nos perdonaron del todo. Como castigo tuvimos que quedarnos sin desayuno, siendo además nuestro capitán severamente amonestado y prohibiéndosele el uso de la escopeta en lo futuro.

Nos pareció un castigo demasiado fuerte. Durante los días siguientes la vida antojósenos mansa e insípida. Pronto y muy a satisfacción nuestra, la prohibición



fué levantada. Impidiéndonos el uso de las escopetas, mi padre se castigaba a sí mismo tanto como a nosotros, pues nunca gozaba bien de una comida — desayuno, almuerzo o cena — si no había sobre la mesa algún pato, chorlo o becasina. El pato al horno, frío, era su plato favorito y no se sentía completamente contento si carecía de él.

No era yo feliz y no lo podía ser, mientras no se me permitiera cazar. Es cierto que constituía un privilegio el que mi hermano consintiera en que yo lo acompañara. Me parecía, no obstante, que a la edad de diez años era yo lo suficientemente crecido como para manejar una escopeta. Había cabalgado desde los seis, y en algunos ejercicios no le iba muy a la zaga, aunque, cuando practicábamos con el florete o con los guantes, me castigaba de modo harto cruel. Lo consideraba mi guía y mi filósofo. Se había hecho más amigo mío desde aquella pelea en que empleamos los cuchillos y desde el episodio del tordo. A pesar de todo, aun conseguía disimular su cariño y cuando me rebelaba contra su tiranía, me retaba duramente.

Pero ese tiempo, un viejo amigo de la familia que se interesaba por mí y deseaba hacer algo para alentar mi gusto por la historia natural, me regaló un juego de dibujos trazados a pluma. Cábeme afirmar que no había nada en aquellos dibujos que ilustrara o ampliase mis estudios e inclinaciones. Predominaban, en la mayoría, trabajos arquitectónicos de edificios, hechos por el autor mismo; casas, iglesias, castillos, etc. Pero mi hermano se enamoró de tales dibujos, y quiso obtener su posesión. No podía estar contento mientras no los tuviera, y continuamente ofrecíame algo de su propiedad a trueque. Yo, aunque me cansé pronto de los dibujos, rehusaba desprenderme de ellos, fuese porque la ansiedad fraterna para poseerlos les daba a mi parecer un valor ficticio o porque me regocijaba poder proporcionarle algo de fastidio en cambio de tantas penas que me causaba.

Finalmente, un día — hallándome todavía firme — se ofreció, repentinamente, a enseñarme a tirar con escopeta y a permitirme el uso de una de ellas a cambio de los dibujos. Casi no podía creer en mi buena fortuna. Me hubiera producido menos sorpresa si me hubiera ofrecido su caballo con el apero completo.

En cuanto obraron en su poder los dibujos, me llevó a nuestra armería y me dió una lección, completamente innecesaria, en el arte de cargar un fusil: primero, tanta pólvora; después, un taco bien apisonado con la vieja baqueta; luego, tanta munición y un segundo taco y apisonamiento, y por último, el consabido fulminante en la chimenea.

En seguida me llevó al monte. Viendo dos palomitas posadas en un árbol, me dió orden de que hiciera fuego. Disparé y una cayó muerta. Esto completó mi educación, pues declaró que en adelante no necesitaba perder más tiempo instruyéndome. La escopeta que me dió era de un solo caño. Se trataba de un antiguo fusil de chispa, convertido a fulminante; algo modernizado, ostentaba culata de madera negra, dura como hierro y con incrustaciones de plata. Cuando la erguí y la puse a mi lado, observé que se elevaba dos pulgadas más que yo. Pero resultaba liviana y me sirvió bien. Al final le cobré tanto afecto como a un ser viviente. Para mí, verdaderamente, lo era, y depositaba gran fe en su inteligencia.

Mi gran ambición estribaba en cazar patos. Mi hermano los prefería a cualquier otra cosa. Se les estimaba tanto y tanto se le alababa cuando volvía con algunos en el morral, que yo juzgaba que tal caza constituía la empresa más grande que podría acometer.

Los patos eran bastante comunes y muy variados en la vecindad. Ignoro en qué país se pueden encontrar clases tan diferentes. No había menos de cinco

especies de cercetas. La más común era de color marrón oscuro con motas negras<sup>35</sup>. También abundaba el pato gris pálido, con plumaje hermosamente pincelado y rayado de pardo y negro<sup>36</sup>. Después teníamos la cerceta de alas azules, o pato colorado, de los criollos, un pato marrón rojizo que se encuentra desde la Patagonia hasta California; el pato de collar, con pecho color salmón y collar de terciopelo negro; el pato portugués, de hermoso color marrón aceitunado y terciopelo negro, con pico y patas rojas.

Había otros dos patos "coliagudos"<sup>37</sup>, uno de los cuales era la especie más abundante en el país; existía la mareca, un pato zambullidor; un pato cuchara, con plumaje colorado, cabeza y pescuezo grises y alas azules, y dos especies de silbón, con patas largas.

A otra especie común pertenecía el picazo, que ahora se ve en los estanques de Inglaterra; y a veces se presentaba el arisco pato criollo, que los paisanos denominaban pato real aunque era un visitante extraño tan al sur.

Igualmente teníamos gansos y cisnes. Los gansos o avutardas del estrecho de Magallanes que venían en invierno — es decir, en el invierno argentino, de mayo a agosto — y dos clases de cisnes; el de cuello negro y de carne negra (que no es ave de mesa) y el cisne blanco o coscoroba, tan bueno para comer como el mejor del mundo. Lo curioso es que esta ave, desde el descubrimiento de América, ha sido conocida por los nativos como un ganso, y recién después de tres siglos nuestros ornitólogos científicos han hecho el descubrimiento de que es un eslabón entre el ganso y el cisne, teniendo más de aquél que de éste. Es una hermosa ave blanca, con pico y patas de un color rojo subido, las alas de puntas negras, y prorrumpe un grito fuerte y armonioso compuesto de tres notas, prolongando la última con inflexión decreciente.

Estas eran las aves que buscábamos en invierno, pero podíamos conseguir caza durante todo el año. Ni bien los patos se diseminaban en parejas para reproducirse, aparecía en escena otra población volátil que llegaba de sus lugares de origen, en las regiones ártica y subártica: varias clases de chorlos, agachones, becasas, chorlitos y curlanes, huéspedes de las especies nórdicas que pasaban el invierno en las pampas reseca por el sol del verano.

Mi primer ensayo en la caza del pato se efectuó en una laguna inmediata a nuestro hogar y donde encontré una yunta de cucharas alimentándose en su forma característica, es decir, con la cabeza sumergida en el agua, de poca profundidad allí.

Ansiando no fracasar en mi primera tentativa, me tendí en el suelo, arrastrándome como culebra unos sesenta metros hasta llegar a unos veinte del paraje donde ellos se encontraban y desde aquel punto tiré, matando uno.

Ese primer pato, así obtenido, me causó gran alegría. Dado el éxito de mi táctica, continué en la misma forma, limitándome a yuntas o pequeñas bandadas de tres o cuatro aves, cuando — después de arrastrarme con paciencia, largas distancias, por el pasto — podía acercarme a ellos lo bastante. De esta manera cacé overos, cucharones y, finalmente, el noble picazo, que se estimaba sobre todos los demás para comer.

Mi hermano, siempre afanoso por cazarlos en gran número, invariablemente se alejaba de casa buscando las grandes bandadas.

Menospreciaba mi táctica cinegética. Sin embargo, a veces, le fastidiaba descubrir al regreso de una expedición en que se había pasado todo el día, que yo

---

<sup>35</sup> Pato argentino o pato capuchino

<sup>36</sup> Pato barcino chico

<sup>37</sup> Uno es el pato gargantilla y otro el barcino o pato maicero

había logrado tantas piezas como él, a pesar de no haberme alejado más de unas cuadras de nuestro hogar.

A los pocos meses de iniciarme en el nuevo deporte, comencé a experimentar trastornos con mi amada escopeta por una debilidad que se le había producido en el cerrojo, achaque imputable a la vejez, y que los armeros de Buenos Aires nunca pudieron arreglar definitivamente. Cada vez que esto sucedía se me permitía enviarla para su compostura en la carreta que periódicamente iba a la ciudad. Entonces me quedaba sin ella ocho o diez días.

En una de esas oportunidades, se presentó una bandada de cucharas en un charquito de agua de lluvia, cerca del monte y como a doce metros de la zanja que lo circundaba. Los patos siempre parecían ser excepcionalmente mansos cuando me encontraba sin escopeta, pero la audacia de ellos, aquel día, sobrepasaba a la que yo podía soportar. Corrí a casa. Saqué el viejo trabuco que jamás se me había prohibido usar, seguramente porque a nadie se le hubiera ocurrido como posible emplear semejante monstruo. Pero estaba desesperado y cargándolo por primera (y última) vez, salí en busca de los patos. Había oído en cierta oportunidad que sería imposible obtenerlos con trabuco, salvo que uno se colocase a unos diez metros de ellos, debido a la gran dispersión de la munición de esta arma.

Bien; deslizándome por el fondo del zanjón, que por suerte no tenía agua en ese momento, pensaba yo que podría aproximarme a los patos todo lo que me placiese y liquidarlos a todos de un tiro. Cuando llegué a la altura del charco, me arrastré por la herbosa orilla exterior y, apoyando el pesado caño en tierra, hice fuego a distancia de unos quince metros. Erré lamentablemente y el retroceso fué tan tremendo, que me largó de espaldas al fondo del foso. Pasaron varios días antes de que me calmara el dolor del hombro.

Por esta época sucedió un período de disturbios y de escasez en la región. Había guerra, y la ciudad de donde obteníamos nuestras provisiones estaba sitiada por un ejército de las provincias "de arriba"<sup>38</sup> que bajara para quebrar el poder y humillar el orgullo de Buenos Aires. Nuestros mayores echaban de menos su té y café, pero nuestra ansiedad obedecía más que todo a que la pólvora y perdigones pronto se nos terminarían. Mi hermano advertíame constantemente que gastara menos, a pesar de que él disparaba seis más que yo, sin conseguir mayor número de aves. Al fin llegó el día en que únicamente quedaban las municiones indispensables para llenar una cartuchera, y sabiendo yo que se proponía salir de caza, entré secretamente en la armería y cargué sigilosamente mi escopeta. Pensaba él ir ese día en busca de avutardas, y, como era de figurarse, se alzó con todos los perdigones. Cuando hubo partido, salí con mi escopeta. Estando resuelto a obtener el máximo, con mi única carga, no me dejé tentar por las pequeñas bandadas de patos que hallé en las lagunas cercanas, aun cuando parecían mansitos. Al fin, a unas dos millas de casa, encontré una bandada regular de picazos, a orillas de un arroyo pantanoso. Día tranquilo y tibio de medio invierno, los patos dormitaban sobre la orilla verdosa, en un hermoso montón, y como el terreno circundante estaba cubierto por alto pasto, vi que me sería posible acercarme a ellos. Dejando mi petiso a buena distancia, me eché panza a tierra y empecé mi gateada larga y laboriosa, logrando aproximarme a unos veinticinco metros de la bandada. Jamás se me presentaría una oportunidad mejor Mientras espiaba entre el pasto, regocijábame con lo que iba a suceder: mi hermano, allá lejos, disparándole en vano a los cautelosos. gansos., y su regreso y disgusto al ver el montón de nobles picazos obtenidos todos cerca de casa de un solo tiro. Apreté

---

<sup>38</sup> Se refiere al sitio que en 1853 sufrió Buenos Aires por parte del general Urquiza y su ejército. — N. del T

el gatillo en el mismo momento en que los patos, divisando mi gorra, levantaban sus largos cuellos en señal de alarma. ¡Pum! Se levantaron con fuerte ruido de alas, no quedando ninguno. Vanamente miraba yo la bandada, pensando que alguno de los pájaros que debía haber herido, pronto, vacilante, caería a tierra. Sin embargo, nada de esto ocurrió. Volví a casa tan perplejo como desengañado. Más tarde regresó mi hermano con una avutarda y tres o cuatro patos, preguntándome si había tenido suerte. Le conté mi triste historia, la que le hizo reír estruendosamente, diciéndome que él había tenido la precaución de extraer la munición del caño de mi escopeta, antes de partir. Agregó que, adivinándome la mañana, no quiso permitir que malgastara los pocos perdigones que nos quedaban.

En esos días nuestras cacerías de patos se llevaban a cabo con grandes dificultades. Buscamos munición, recorriendo todas las casas en varias leguas a la redonda. Adquirimos, por fin, una cantidad de pólvora muy gruesa, con granos casi del tamaño del alpiste. Nos dijeron que era pólvora de cañón. Para usarla tuvimos que pulverizarla sobre un platillo de lata, valiéndonos de botellas de vidrio o barro cocido, como de rodillos. Perdigones, no pudimos hallar. Tuvimos que fabricarlos nosotros cortando planchas de plomo, en pequeños pedazos cuadrados, con un cuchillo y martillo.

Eventualmente, la guerra civil que tanto había durado, se volvió inesperadamente peligrosa para nosotros, haciéndonos pensar en cosas más serias que los patos.

He dicho que la ciudad estaba sitiada por un ejército de las provincias; pero en las fronteras del sur de Buenos Aires, los sitiados tenían su gran amigo en un estanciero de esas comarcas, muy influyente entre los indios, quien reunió un ejército de los mismos, sedientos de botín, a los que se agregó gran número de gauchos, la mayoría criminales y desertores, que venían de todas partes del país para ponerse bajo la protección de aquel buen hombre.

Tal horda de ladrones y bandidos avanzaba sobre la ciudad, para levantar el sitio, llegándonos cada día rumores alarmantes —no podíamos saber si verídicos o falsos— de las depredaciones que cometían a su paso. Como el buen hombre que los comandaba no era soldado, no existía ni sombra de disciplina. La tropa —se decía— procedía a su antojo, desparramándose por la comarca, entregada al saqueo, incendio y matanza de ganado. Desgraciadamente, nuestra casa estaba sobre el camino real, que conducía al sur, desde la capital. Que el peligro era cierto y muy grande, podíamos comprobarlo en las caras anhelosas de nuestros mayores y, por otra parte, no se hablaba más que del ejército que avanzaba y de todo lo que debíamos temer.

En esta crisis, mi hermano segundo tomó sobre sí los preparativos para la defensa del hogar. El mayor estaba encerrado en la ciudad sitiada, pero los tres restantes resolvimos oponer una buena resistencia, y nos pusimos a trabajar, limpiando y reluciendo nuestras armas de fuego: el mosquete Tower, el terrible trabuco, las tres escopetas de caño doble o simple, las dos grandes pistolas y un viejo revólver. Juntamos todo el plomo disponible en la casa, e hicimos proyectiles con dos moldes, uno para balas de onza y el otro para balas chicas, tres por onza. Fundíamos el plomo en una fogata encendida detrás del galpón. Un día, a pesar de nuestras precauciones, nos descubrieron rodeados de hileras y pirámides de relucientes balas, conociéndose nuestro secreto había salido a la luz. Se burlaron entonces de nosotros y de nuestros esfuerzos. —No importa dijo mi hermano—, deja que se rían. Cuando llegue el momento de elegir entre ser degollado o defenderse se van a alegrar de que hayamos fabricado estas balas.

A pesar de las burlas, nadie osó interferir en nuestra labor. Y así fue que logramos hacer unos centenares de balas muy bonitas de ver.

Mientras tanto los sitiadores permanecían ociosos. Tenían en sus filas a un oficial de caballería experto en la lucha de frontera contra los indios pampas. Fue enviado al frente de una tropa escogida compuesta únicamente por veteranos para acabar con los salvajes. Apenas cruzaron éstos el río Salado, hallándose ya a poca distancia de nosotros, el pequeño pero disciplinado ejército les presentó batalla, infringiéndoles una severa derrota.

Indios y gauchos debieron salir huyendo, dispersándose como una flor de cardo seca al viento. No se produjeron demasiadas bajas porque tenían buenas cabalgaduras.

Así se alejó el peligro y creo que nosotros, los muchachos nos sentimos defraudados al no poder hacer uso de nuestras hermosas y relucientes balas. Estoy convencido de que mi hermano mayor se sentía particularmente desencantado.

Poco después se fue de casa rumbo a un país lejano y nuestras aventuras tocaron a su fin.

## capitulo XXII

*El libro. - El saladero o matadero y sus emanaciones. - Cerco de cráneos vacunos. - Ciudad pestilente. - Agua de río y de aljibe. - Días de lasitud. - Nuevas escenas. - De regreso. - Tifus. - Mi primera salida. - Reflexiones sobre mi cumpleaños. - Lo que le pedía a la vida. Mentalidad de muchacho. - La decisión de mi hermano. - Fin de nuestras mil y una noches. - Período de lecturas. - Epilogo desastroso.*

### FIN DE LA INFANCIA

**H**e sido más extenso de lo que me propuse cuando decidí compilar los recuerdos y las impresiones de los primeros tiempos de mi existencia. Necesito, a pesar de eso, escribir un capítulo o dos más, para redondear el libro. Puedo lograr tal objeto solamente pasando por alto tres años de mi vida, y llegando, de golpe, a la edad de quince, que fué la época de grandes acontecimientos y profundos cambios físicos y mentales que, en la práctica, pusieron fin al feliz período de mi infancia.

Repasando las precedentes páginas, observo que, en varias ocasiones, he intercalado algún incidente en capítulo o grupo que no le corresponde, presentándolo como sucedido un año o más antes o después del verdadero en que ocurrió. Semejantes pequeños errores de la memoria, no merecen la pena de ser rectificadas a esta altura. Mientras la incidencia se halle bien recordada y delineada, no importa mucho la circunstancia de mis seis, siete u ocho años de edad en aquel entonces. Encuentro, además, que he omitido muchos detalles y episodios que tal vez merecieran un lugar; escenas y acontecimientos que se evocan con claridad, pero que, desgraciadamente, no se recordaron en el momento oportuno y fueron relegados al olvido.

Describiré ahora una de esas escenas pasadas por alto, involuntariamente, cuando traté mi primera visita a Buenos Aires, y que, colocada aquí servirá muy bien como introducción al presente capítulo.

Por aquel entonces, y hasta el año setenta del pasado siglo, estaban situados en la parte sur de la capital, los famosos saladeros y mataderos, donde la hacienda gorda vacuna, yeguariza y ovina, procedente de todas partes del país, era faenada a diario para proveer de carne a la ciudad o para hacer charqui, destinado a la

exportación al Brasil, donde se empleaba como alimento para los esclavos. La mayoría de los animales, empero, incluso los yeguarizos, se mataban solamente con el objeto de aprovechar su cuero y el sebo. Ocupaban los saladeros una legua cuadrada o más, donde había grandes corrales de palos a pique muy juntos, divisándose algunas construcciones bajas, esparcidas aquí y allá. A tal sitio conducían interminables majadas de ovejas, caballos semi o completamente cerriles y ganado de aspecto peligroso, por sus grandes guampas. Iban en grupos desde cien a mil animales envueltos en una nube de polvo, dando mugidos o balidos, que se mezclaban con la furiosa gritería de los troperos, quienes galopaban de un lado a otro arreándolos.

Cuando la cantidad era demasiado grande para efectuar la matanza dentro de los galpones, solían sacrificarse centenares de cabezas, al aire libre, a la vieja y bárbara usanza gaucha. Cada animal era enlazado, desjarretado y degollado. El espectáculo resultaba repugnante y horrible, con el consecuente acompañamiento de los feroces gritos de los matarifes y los agonizantes bramidos de las bestias torturadas. Donde el animal caía, se le mataba, quitándosele el cuero y una porción de la carne y de la grasa. El resto quedaba abandonado. Lo devoraban los perros vagabundos, los chimangos y la ruidosa e infaltable multitud de gaviotas de cabeza negra.

La sangre, tan abundantemente derramada a diario, mezclándose con la tierra, había formado una costra de quince centímetros de espesor. El lector imaginará el olor de semejante costra, al que se unía el de la inmensa cantidad de desperdicios, carne y huesos, amontonados por todas partes. Las escenas más horribles — las peores del *Infierno* del Dante, por ejemplo — pueden hacerse visibles con el que alguien llamó "ojo interior". También se nos pueden transmitir sonidos en una descripción realista. No pasa así con los olores. El lector creará, pues, sólo bajo mi palabra, que este tufo imposible de ser reflejado por la pluma, resultaba seguramente la peor emanación que jamás se haya conocido sobre la tierra, siempre que no acepte por verídicos "los humos con olor a pescado", del cuento de Tobit, merced a los cuales este antiguo héroe se defendió en su retirada del diablo que lo perseguía.

Era el olor de carroña, de carne putrefacta; de la vieja y siempre refrescada costra de tierra y sangre coagulada. Parecía un olor curiosamente substancial y estable. Los viajeros que llegaban, o se alejaban de la ciudad por el camino real del sur, paralelo al matadero, apretábanse las narices y galopaban furiosamente hasta verse libres del abominable hedor.

Extraordinaria peculiaridad de las quintas o huertas y montes cultivados en la vecindad de los mataderos, la constituían sus paredes o cercos. Llevábase a cabo la construcción empleando en toda ella cráneos de vaca, formando siete, ocho o nueve filas de alto, sobrepuestos como ladrillos y con las astas hacia afuera. Centenares de miles de cráneos se habían utilizado de esta manera. Algunos de los cercos más antiguos y extensos estaban coronados por pasto verde. Enredaderas y flores silvestres brotaban entre las cavidades de los huesos, ofreciendo un aspecto extrañamente pintoresco, aunque un tanto macabro. Detrás de aquellos raros cercos existía, generalmente, una hilera de álamos de Lombardía.

Como los huesos aun no se aprovechaban, como se utilizan hoy, quedaban tirados y las personas que necesitaban cercos, en zonas sin piedra y donde los ladrillos y la madera costaban dinero, hallaban en ellos adecuado sustituto.

La abominación que he descrito, era sólo una de las muchas que había en esa ciudad de malos olores, ciudad populosa, levantada en una llanura, sin cloacas

ni agua, salvo la que vendían en baldes los aguateros, teniendo cada balde una media libra de arcilla en suspensión. Es cierto que las mejores casas disponían de aljibes o cisternas debajo del patio, donde se recogía el agua de lluvia de las azoteas. Recuerdo bien esa agua. Siempre contenía uno o dos y hasta seis bichitos rojos, larvas de mosquitos, en cada vaso. No obstante, el consumidor la tomaba sin pestañear: ¡bichitos y todo!

Los enunciados detalles servirán para dar una idea del estado sanitario de la capital, estado que continuó hasta el año 1870, en que Buenos Aires llegó a constituir la ciudad más pestífera del globo y las autoridades se vieron obligadas a traer ingenieros de Inglaterra con el propósito de evitar el exterminio de sus habitantes.

Cuando transcurría mi décimoquinto año de vida, antes de efectuarse esos cambios y cuando las grandes olas de fiebre amarilla y cólera pertenecían todavía al futuro, pasé cuatro o cinco semanas en la ciudad, gozando plenamente de escenas – para mí sorprendentes – de aquella nueva vida.

Después de un corto tiempo, comencé a sentirme pesado y lánguido, estado que se iba acentuando de día en día, hasta convertirse casi en doloroso el esfuerzo para visitar mis lugares favoritos, entre ellos el gran Mercado del Sur, en el cual se veían centenares de pájaros enjaulados, predominando las cotorras, los cardenales y los obispos; las orillas del río, donde me entretenía pescando desde las toscas las plateadas mojarritas, y más lejos aún las quintas y los jardines de las barrancas, donde, por primera vez, me deleité contemplando los naranjales, cargados de dorada fruta que asomaba entre el brillante y lustroso follaje verde, y los viejos olivares con sus aceitunas negras en forma de huevitos, confundidos con las hojas grises.

El estado de lasitud persistía. Creía yo que ello era debido a mis paseos pedestres, caminando sobre una calzada de piedras, en lugar de andar a caballo por el verde césped. Jamás se me ocurrió que podría ser otra la causa: que estaba respirando una atmósfera pestilente y que su veneno minaba mi organismo.

Salí de la ciudad en diligencia haciendo noche en casa de unos amigos, debiendo emprender la marcha hacia mi hogar a la mañana siguiente. Tenía que recorrer nueve leguas, cortando campo a caballo, y, apenas emprendí la marcha, noté que recobraba el espíritu perdido. Me sentía bien e indeciblemente feliz, otra vez sobre la ancha llanura verde, inhalando el aire puro como una poción de vida eterna. Era otoño, y el campo que se extendía a mí alrededor tan lejos como alcanzaba la vista, poseía un verde húmedo brillante, cubierto por el cielo azul cristalino, en el cual flotaban relucientes nubes blancas. Semejante estado de salud persistió durante toda mi cabalgata y por uno o dos días después de mi regreso al hogar, durante los cuales visité otra vez mis lugares favoritos de la heredad, dichoso al hallarme de nuevo entre mis amados pájaros y árboles.

Luego volvió la odiosa sensación de postración que había padecido en la ciudad, perdiendo poco a poco todo mi vigor y todo interés por la vida. Durante una quincena pasé el tiempo vagando tristemente por la casa, hasta que llegó una temporada de heladas, con un viento frío y cortante, notificándonos la entrada del invierno, que en aquellas latitudes suele ser muy frío.

Un día, después de almorzar temprano, mi madre y mis hermanas fuéronse en la volanta de visita a una estancia vecina, dejándome solo. Mis hermanos hallábanse ausentes. En la galería –el lugar más cómodo que pude hallar, por estar resguardado y donde el sol penetraba caliente y brillante– traté de arrellanarme, colocando mi silla contra la pared, al lado de una pila de bolsas de avena, o cosa parecida, que me guarecía del viento.



Como la casa estaba silenciosa y el sol me bañaba plácidamente, no tardé en quedarme dormido. Luego comenzó a obscurecer y la temperatura se tornó muy fría, a pesar de lo cual no me desperté. Cuando regresó mi madre e inquirió por mí, no pudieron hallarme. Al fin, todos los de la casa salieron con faroles a buscarme por el monte. A las diez de la noche todavía seguían en mi busca, cuando alguien —que cruzó la galería— me encontró sin sentido y con alta temperatura.

Era el temido tifus, enfermedad casi olvidada en Europa<sup>39</sup> y por cierto, en todo país civilizado, pero no rara — en aquella época — en la ciudad pestilente. Lo maravilloso fué que sobreviví, en un lugar sin médicos ni farmacéuticos, con la única pericia de mi madre como enfermera y su conocimiento de las drogas que formaban nuestro botiquín. Me cuidó día y noche, durante las tres semanas que duró la fiebre. Cuando ésta me dejó, quedaba de mí sólo la sombra de lo que había sido, estaba mudo<sup>40</sup>.

Ni siquiera un pequeño sí o no podía articular a pesar de mis esfuerzos, llegándose a la conclusión de que jamás volvería a tener el uso de la palabra; sin embargo, después de una quincena, recuperé por fortuna la facultad perdida, produciendo ello emocionante júbilo a mi madre.

El invierno ya llegaba a su término cuando un día — hacia fines de julio — salí por primera vez de la casa, hecho un esqueleto, no pareciendo el mismo de antes. Inolvidable día aquel, de sol brillante y de fuerte viento, día que jamás se borrará de mi memoria. El efecto del aire y del sol, el olor de la tierra y el aroma de las flores tempranas, el canto de las aves silvestres, el verde intenso del tierno pasto, y la vasta cúpula de cristal del cielo por encima, cual fuertes gotas de potente licor, reavivaban la sangre en mis venas. ¡Oh, qué alegría indecible e inmensa la de encontrarse vivo en vez de muerto; la de posar mis pies todavía sobre la tierra, y la de gozar otra vez del aire y de la luz del sol! Pero el placer era superior a lo que mis fuerzas podían resistir. El viento frío me penetraba como agujas de hielo. Mis sentidos se ofuscaron y hubiera caído al suelo si mi hermano mayor no me hubiese sostenido en sus brazos llevándome a casa.

No obstante haberme desvanecido, me sentía poseído de la pasada felicidad. Cotidianamente ganaba fuerzas, hasta que un día — a principios de agosto — recordé repentinamente que cumplía años. En tropel entraron en mi cuarto mis hermanas y hermanos. Me llevaban regalos que habían tenido la precaución de conseguir de antemano, y con ellos acompañaban sus fraternales y conmovedoras felicitaciones por mi restablecimiento.

¡Quince años! Día el más memorable de mi vida. Aquella tarde comencé a pensar en mí mismo y mis pensamientos adquirieron contornos extraños y muy tristes para mí. ¿Qué era yo? ¿Para qué estaba en el mundo? ¿Qué deseaba? ¿Qué sería de mí? ¿Lograría la realización de mis deseos? ¿Formaría mi propio destino, como lo hicieran mis hermanos mayores?

Por vez primera semejantes preguntas acudían a mi mente y me sentía asustado de ellas. Sin embargo, en virtud de tales preguntas, llegaba la verdadera conciencia de que careciera hasta entonces. Había vivido hasta allí en un paraíso, llenos los sentidos de vívidas impresiones. Todos los pensamientos me invadían saturados de emoción, y en semejante estado mental la reflexión sensata era

---

<sup>39</sup> Esto es una exageración del autor, pues es bien conocido que la tifoidea imperó en Europa con un porcentaje igual o mayor que en la Argentina. — N. del T.

<sup>40</sup> Es relativamente frecuente que después de pasar la tifoidea en los niños, éstos queden sin poder hablar, aunque siempre recuperan la palabra al cabo de algún tiempo. — N. del T

imposible. Ni aun la idea de la muerte — que había venido a mí como una sorpresa — me había conducido a la meditación.

La muerte era más que una idea, una persona, un monstruoso ser que asaltárame en mi sonriente paraíso, infligiéndome herida de daga envenenada en la carne. Había sido curado por el convencimiento de la inmortalidad del alma. Sólo un pensamiento me turbaba seriamente: el de que no podía continuar siempre siendo un muchacho.

Pasar a la adolescencia y hacerme más adelante un hombre, no era tan malo como morir. Contemplaba, no obstante, aquella transformación como un cambio penoso. El eterno y maravilloso deleite que ascendía hasta el arrobamiento y que existía en mi mente de niño, se habría de marchitar y de esfumar, siendo reemplazado, en un futuro no lejano, por la dura y pequeña satisfacción que los hombres tienen en sus tareas, en el diario intercambio con los otros hombres, en el comer, en el beber y en el dormir.

Nunca había podido pensar en esa edad de los quince años sin los más sutiles temores, y ahora estaba en ese límite del camino que a mí tan temible me parecía.

¿Qué deseaba entonces? ¿Qué quería yo tener? Si hubiera sido capaz de expresar lo que sentía, habría replicado: Sólo quiero conservar lo que poseo. Levantarme cada mañana y mirar el cielo y la tierra verde toda mojada de rocío, días tras día, año tras año. Esperar durante junio y julio a que llegue la primavera para sentir la misma vieja y dulce sorpresa de gozar con la aparición de cada flor familiar, con cada insecto que nace, con cada pájaro que torna. Escuchar, en éxtasis delicioso, las notas salvajes del chorlo dorado, que una vez más regresa a la gran llanura volando en bandadas que se suceden todo el día. ¡Oh! ¡Aquellos salvajes y hermosos gritos del chorlo! Yo podría exclamar con el celebrado poeta persa Hafis: "¡Si después de mil años, esos sonidos flotasen sobre mi tumba, mis huesos se levantarían y en su júbilo inusitado bailarían en el sepulcro!" ¡Tregar a los árboles y poner mi mano en el caliente y profundo nido de los bienteveos y palpar sus huevos tibios, los cinco huevos de color crema, largos y puntiagudos, con pintas y salpicaduras color chocolate en su parte más ancha! ¡Recostarme sobre la verdosa orilla, con el agua azul entre los altos juncos, y yo escuchando los misteriosos sonidos del viento y el murmullo escondido de las gallinetas, gallaretas y batitúes conversando entre ellos con extraños tonos de voz humana; posar mi mirada y saciarme a la vista de las flores del camalote entre la masa flotante de verdes hojas húmedas, la flor grande como una alamandia, del más puro y divino color amarillo, y que, cuando se corta, derrama sus hermosos pétalos, dejando únicamente un verde tallo en la mano! ¡Qué dicha! ¡Montar a caballo en las calientes tardes del verano, cuando toda la tierra brilla con ilusiones de agua, y mirar los caballos y el ganado a montones cubriendo la llanura en las aguadas; visitar las guaridas de los grandes pájaros, a esa hora tranquila y cálida, y ver cigüeñas, bandurrias, garzas moras, garzas blancas de deslumbrante blancura y flamencos de color rosado, parados en las aguas playas, donde sus siluetas inmóviles se reflejan! ¡Quedarme tirado de espaldas sobre el tostado pasto de enero, contemplando el ancho cielo blanco y azul, poblado de millares y millones de panaderos de flor de cardo, siempre flotando en el aire, mirar y mirar, hasta que ellos se convirtieran para mí en seres vivientes, y yo, en arrobamiento del alma, flotar entre ellos en ese inmenso y luminoso vacío!

Y a la sazón, me parecía que estaba en camino de perder todo esto; la alegre emoción que convirtiera mi mundo en un reino encantado, de una naturaleza al mismo tiempo natural y sobrenatural. A mi entender, habrían de decaer y

disminuir, imperceptiblemente, de día en día y de año en año, mientras me sumiera más y más en la insípida ocupación de la vida, hasta que se perdiera tan efectivamente como si hubiera dejado de ver, oír y palpar, y mi cuerpo caliente estuviera frío y duro como la muerte y – como los muertos y los vivos- yo no tendría conciencia de mi pérdida.

Tal estado no era único ni singular, según he leído y oído. Otros muchachos lo conocen. También me he encontrado ocasionalmente con uno, que, en íntimo momento de confianza me confesó que a veces estuvo preocupado por todo lo que iba a perder. Pero dudo que jamás haya sentido más que yo una situación análoga. Dudo también si semejante estado de ánimo será tan común y acentuado entre los muchachos ingleses al considerar sus condiciones de vida. El confinamiento es odioso para todo ser, desde el escarabajo o la lombriz hasta el águila, o, subiendo más en la escala, el orangután o el hombre. Es sentido más agudamente por los jóvenes, en todo caso en nuestra especie, y el niño británico sufre más la restricción cuando el llamado de la naturaleza, los instintos de juego y de aventuras son más apremiantes. Es natural, pues, que espere con impaciencia el tiempo de la libertad que él ingenuamente imagina. Vale decir, cuando termine su adolescencia y se halle libre de maestros.

Volviendo a mi propio caso, no sabía, ni podía saber, que era excepcional. Mi amor por la naturaleza consistía en algo más que el sentido de placer por el sol, por la lluvia, por el viento, por la tierra y por el agua y por la libertad de movimiento que es universal entre las criaturas, pero que se debía, en parte, a una facultad que no es universal ni es común.

El temor, entonces, reconocía como fundamento lo sucedido a mis hermanos mayores, quienes no habían sido más restringidos que yo, especialmente aquel varonil y aventurero, ahora en un país distante, a miles de millas del hogar, quien, al llegar aproximadamente a los quince años, convirtiéndose en su propio amo para hacer lo que quisiera de su vida. Había visto cómo, llegado a la bifurcación de los caminos, abandonara resueltamente su existencia al aire libre, todo lo que fué su alegría, para dedicarse a la exclusiva y dura tarea mental; ¡ y esto, en nuestra casa de las pampas, donde se carecía de maestros y donde los libros e instrumentos necesarios para los estudios solamente cabía obtenerlos con suma dificultad y después de mucha demora! Acuérdomé de una tarde en que estábamos reunidos a la hora del té. El leía, y mi madre, mirando sobre su hombro, le dijo: "Estás leyendo una novela. ¿No crees que todas esas cosas románticas distraen tu atención de los estudios?"

"Ahora se enojará –pensé– es tan completamente independiente y quisquilloso, que nadie le puede decir una palabra". Pero me sorprendió cuando contestó tranquilamente: "Sí, madre. Lo sé. Pero tengo que terminar este libro, que será la última novela que he de leer por varios años". Y, según entiendo, así fué.

Su fuerza de voluntad nos impresionó aun más en otro asunto. Tenía un talento extraordinario para imaginar y narrar cuentos: la mayoría sobre guerras y aventuras espeluznantes, con mucha acción. En cuanto los muchachos nos encontrábamos todos juntos –lo que generalmente ocurría cuando nos habíamos acostado y apagado la luz– empezaba uno de aquellos maravillosos cuentos en que invertía horas. Nosotros escuchábamos en un silencio sepulcral.

Hacia medianoche se callaba repentinamente, y, después de un intervalo, todos lo incitábamos a continuar. Cómo! ¿Ustedes estaban despiertos? – exclamaba riendo –. Muy bien; pues entonces saben exactamente por dónde íbamos en nuestro cuento. Lo continuaremos otro día. Ahora, a dormir".

A la noche siguiente continuaba el relato, que en muchos casos duraba una semana entera, para seguir con otro igualmente extenso, y así, sucesivamente, nuestras "mil y una noches"- Y esta costumbre deliciosa también fué suspendida en cuanto él empezó a dedicarse de lleno a sus estudios matemáticos y de diversa índole.

Hasta el día de hoy puedo repetir fragmentos completos de sus cuentos, singularmente de aquellos en que pájaros y animales figuraban como protagonistas en lugar de personas Tanto los echábamos de menos que, a veces, cuando estábamos todos reunidos por la tarde, le rogábamos que nos hiciera la merced un cuento. "Uno más y cuanto más largo mejor", le decíamos para tentarlo, y él, halagado por nuestra viva apreciación de su talento de narrador mostrábase dispuesto a ceder "Muy bien entonces ¿qué les contaré?" exclamaba, y luego, cuando ya nos habíamos acomodado para escucharle, gritaba: "No, ¡no más cuentos y para desprenderse de la idea, tomaba un libro nos ordenaba callar o salir de la habitación.

No poseía yo las condiciones para seguir sus pasos. No tenía la inteligencia o la fuerza de voluntad para esa clase de estudios. Por eso no solamente en la memorable noche de mi cumpleaños sino durante los días siguientes continué con el ánimo afligido, avergonzado de mi ignorancia de mi indolencia y de mi poca inclinación para cualquier trabajo mental avergonzado hasta al pensar que mi amor por la naturaleza y mi vivo deseo de nada más en la vida debían únicamente al hecho de que, mientras los otros dejaban las cosas de la infancia a medida que crecían sólo yo rehusaba desprenderme de ellas.

Como resultado de estas deliberaciones, transé. No quería ni podía renunciar a las cabalgatas y paseos que ocupaban mucho de mi tiempo Trataría empero de vencer mi aversión por las lecturas serias... Había bastantes libros en casa, Siempre fué un enigma para mí saber cómo logramos tener tantos. Me había familiarizado con su aspecto en los estantes, su forma., su tamaño, su color y hasta sus títulos (lo único que conocía de ellos). Una historia natural general y dos pequeñas obras por James Rennie sobre las costumbres y facultades de las aves, eran la exclusiva literatura adecuada a mis necesidades en toda la colección de tres o cuatrocientos libros. Por lo demás, había leído algunos cuentos y varias novelas. Estas pronto desaparecían, pues cuando alguna llegaba se leía y luego se prestaba a nuestro vecino distante unas dos leguas de casa. El, a su turno, la prestaba a otro, siete leguas más allá, y así continuaba hasta perderse en el infinito.

Comencé con la *Historia Antigua* de Rollín, en dos grandes tomos en cuarto. Creo que fué el tipo grande y claro y los numerosos dibujos que lo ilustraban lo que me hizo seleccionarlo. Rollín el viejo y buen sacerdote, abrió un nuevo y maravilloso mundo para mí. En lugar del pesado trabajo que había temido que resultara la lectura, fué tan delicioso como antes lo habían sido los relatos interminables de mi hermano sobre héroes imaginarios y sus guerras y sus aventuras.

Sediento por la historia al terminar con Rollín empecé a hojear otras obras de esa clase. Estaba en los anaqueles el *Josephus* de Whiston, un libro demasiado grande para sostenerlo en las manos cuando se leía afuera, y disponíamos también de Gibbon, en seis majestuosos volúmenes, aunque no era capaz todavía de apreciar su estilo altivo y artificial.

Pronto hallé algo más adecuado a mi naciente gusto en literatura: una *Historia de la Cristiandad*, en 16 o 18 tomos, de un conveniente tamaño. Su dicción simple y natural atrájome, y rápidamente me convenció de que no podía haber elegido lectura más fascinadora que las vidas de los padres de la Iglesia,

incluidos en algunos de los primeros tomos, especialmente la de Agustín, el más grande de todos. ¡Qué bella y maravillosa fué su existencia y también la de su madre Mónica! ¡Qué hermosos libros escribió! Me seducían sus *Confesiones* y *Ciudad de Dios*, de los cuales se transcribían largos extractos.

De las biografías pasé a otro viejo libro: *Leland on Revelation*, que me ilustró sobre muchas cosas que sentía curiosidad de conocer, respecto a las mitologías y sistemas filosóficos de los antiguos, los innumerables cultos falsos que habían florecido en un mundo oscuro, antes del amanecer de la verdadera religión.

Después vino la *Revolución Francesa* de Carlyle, y por último, Gibbon. Todavía hallábame en las profundidades de *The Decline & Fall*, cuando se nos vino el desastre. Mi padre quedó prácticamente arruinado, debido – como he dicho en un capítulo anterior– a su infantil confianza en el prójimo. Tuvimos que abandonar el hogar que habíamos considerado como permanente y que, a su debido tiempo, hubiera pasado a ser de nuestra propiedad si mi progenitor hubiese asegurado su posesión con un documento oficial, cuando consintió en cargar con ese establecimiento en tan ruinoso estado.

Así terminaron tristemente los encantadores años de mi infancia y aquí tendría que poner fin a este libro. No obstante, habiéndome extendido tanto, he de aventurarme un poco más, efectuando un breve relato de mi vida mental y espiritual durante varios años después de la enorme catástrofe familiar.

## Capítulo XXIII

*Grave enfermedad. - Pronóstico fatal. - Cómo me afectó. - Dudas sobre religión y mente angustiada. - Pensamientos anárquicos. - Conversando con un viejo gaucho acerca de la religión. - Jorge Combe y el deseo de inmortalidad-*

### UNA VIDA ENSOMBRECIDA

**D**espués de nuestro regreso, empobrecidos, al antiguo hogar, donde vi la luz por primera vez y cuya propiedad todavía pertenecía a mi padre -siendo lo único que le restaba— continué mis lecturas, estando tan entretenido en los asuntos del universo, visibles y ocultos, que no percibí mayormente la diferencia de nuestra posición y de nuestras comodidades. Hacía mi parte del trabajo rudo permaneciendo muchas horas al aire libre sobre el caballo cuidando los animales. No me hallaba descontento. Por esa época era yo muy alto y delgado. Contaba dieciséis años y seguía creciendo rápidamente. A pesar de mi fortaleza, es posible que la fiebre me dejara algo débil. De cualquier modo, apenas me hube acostumbrado de nuevo al ambiente, sufrí rudo golpe. Una enfermedad hizo naufragar, en el orden moral, todas mis recién nacidas esperanzas y sueños terrestres, convirtiendo en triste fracaso mi vida ulterior.

Un día emprendí solo la tarea de arrear a casa una pequeña tropa de hacienda que habíamos adquirido a unas cuantas leguas. Me mantuve a caballo toda la jornada, hasta después del anochecer, bajo la acción de una lluvia persistente y de un viento tempestuoso. Soplaba éste en mi cara y los animales trataban a menudo de volverse a la querencia. Tuve que luchar tenazmente con ellos y con el viento. La lluvia, poco a poco, empapó mi poncho de lana; y a través de la ropa llegó hasta el cuerpo, escurriéndose por él hasta que mis botas se llenaron de agua y rebalsaron por las rodillas. Durante la última parte de ese día de invierno, mis pies y mis piernas carecían de sensibilidad. El resultado de esta mojadura fué una fiebre reumática y largos años de mala salud, con ataques constantes de dolores agudos y de violentas palpitations del corazón. Estas a veces duraban horas enteras. De tiempo en tiempo, me llevaban a consultar a algún facultativo de la ciudad. De ese modo, desde el principio al fin, pasé por las manos de casi todos los médicos ingleses, pero no me prescribieron nada que realmente me curase, ni nada me dijeron que me diera esperanzas de un completo restablecimiento. Por último nos informaron que era un caso prácticamente

perdido, que había "crecido demasiado para mi edad" y, además, que tenía el corazón permanentemente lesionado y podría caerme muerto en cualquier momento.

Es natural que tal dictamen surtiera en mí un efecto desastroso. Aunque luego se comprobara que el diagnóstico era equivocado, no importó nada. El daño ya estaba causado. No sería posible repararlo, por más que hubiera vivido un siglo. El golpe había sido propinado en un momento crítico de mi vida, justamente en ese período de transición en que la mente apenas despierta se encuentra en su estado más receptivo, mostrándose curiosa e impaciente; cuando mejor asimilamos los conocimientos, y más que todo, cuando empieza a cimentarse el carácter del hombre.

Tratábase, como se comprenderá, de un cerebro nunca dirigido ni apresado por huella o molde alguno, libre de la influencia de maestros y de colegios; de un cerebro desenvuelto a manera de una selva virgen, muy distinta por cierto de las plantas cuidadas por manos de especialistas en el género y a veces criadas en invernáculo y en vivero de tierra preparada.

Que tuviera que decir adiós a toda idea de una carrera, a todos los brillantes sueños del futuro que las recientes lecturas habían hecho nacer, no lo sentía tanto como la pérdida principal. En verdad, carrera y sueños significaban pequeña cosa comparada con la terrible idea de que pronto tendría que renunciar a la vida terrenal.

Parecíame hallarme en el caso de aquel joven, de cara pálida, que contemplara una vez amarrado a un poste de nuestro galpón; o semejábame a cualquier miserable cautivo, maniatado y abandonado en el suelo, hasta que su raptor resolviera degollarlo o traspasarlo con su lanza, a su antojo, para disfrutar de toda la satisfacción posible en el ejercicio de su habilidad y del espectáculo de la sangre y de la agonía.

Ni aun esto resultaba lo peor que se me ocurrió, ya que descubrí que, a pesar de todos mis esfuerzos por obtener una creencia religiosa, el profundo temor de aniquilación que había experimentado en mi infancia, no se encontraba muerto, como me lo había imaginado. Todavía sosteníase latente en mí. Este mundo visible, este paraíso del cual hasta entonces únicamente obtuviera una ligera ojeada — el Sol y la Luna y otros mundos que poblaban el espacio con sus brillantes constelaciones, y todavía otros soles y sistemas, completamente remotos y en número tan inconcebibles, que semejaban a nuestra visión como una neblina ligeramente luminosa en el cielo —, todo este universo que había existido por millones y billones de siglos, o desde la eternidad, habría existido en vano, ya que ahora quedaría condenado, con mi último suspiro, con mi última mirada consciente, a perderse en la nada. Porque así fue cómo se me presentó la idea de la muerte.

Contra tan espantoso espectro, luché con todo mi poder. Recé. Torné a rezar, mañana, tarde y noche. "luchando con Dios", según la frase, como si tratara de arrancar algo de sus manos que habría de salvarme y que El me negaba por alguna razón invisible para mí.

No es de extrañar que en tales circunstancias me dedicara cada vez más a la literatura mística de la que teníamos cantidad de volúmenes en nuestra biblioteca teología sermones meditaciones para cada día del año, *El deber completo del hombre*, *Un llamado a los incrédulos* y muchas otras obras por el estilo.

Entre ellas encontré un tomo titulado, si mal no recuerdo, *Una réplica al hereje*. Sobre esta obra puse mi diestra y mis ojos con entusiasmo, en la esperanza de que apaciguaría las dudas enloquecedoras que brotaban, sin cesar, en mi mente.

Confiaba en que constituiría ayuda y consuelo para mí. Solamente sirvió sin embargo, para empeorar las cosas: al menos por cierto tiempo. Porque aquel volumen me inició e instruyó en muchos de los argumentos de los librepensadores, tanto de los deístas que se oponían al credo cristiano, como de quienes negaban la verdad de toda religión sobrenatural. Y las refutaciones a dichos argumentos no siempre lograban su objeto. Inútil, entonces, buscar pruebas en los libros Estos, después de todos sus razonamiento, me lo decían cuando afirmaban que solamente con la Fe podría salvarse el hombre. Y a la triste pregunta relativa a cómo conseguir ala Fe, obtenía la única respuesta: persistir y persistir hasta que aquella naciera Y ya que no había otro remedio, seguía yo persistiendo, con el resultado de que creía y no creía, y mi alma, o mejor dicho mi esperanza de inmortalidad, temblaba en la balanza. He ahí en verdad, desde el principio al fin, el único problema que de veras me preocupaba y tanto significaba para mí, que — leyendo uno de los libros religiosos titulado *The Saints' Everlasting Rest*, en que su devoto autor Richard Baxter, se explaya y trabaja para que sus lectores se percaten de la condición de los eternamente condenados me 'dije:

"Si un ángel o un resucitado pudiera venir a asegurarme que la vida no termina con la muerte que los mortales estamos destinados a vivir para siempre pero que para mi no podría haber felicidad en la vida, futura por mi falta de fe y porque amaba o adoraba a la naturaleza más bien que al Autor de mi ser, sería no un mensaje de desesperación, sino de consuelo; pues en el terrible lugar adonde me enviaran, estaría vivo y no muerto y tendría mis recuerdos de la Tierra, y tal vez hallaría y me comunicaría allí con otros de igual temperamento y de recuerdos idénticos o análogos a los míos".

He ahí uno de los muchos pensamientos irrespetuosos que asaltábanme a la sazón. Otro, muy persistente era el que giraba alrededor de los sufrimientos del Salvador de la humanidad. ¿Por qué -me .preguntaba- se le ponOderaba tanto? ¿Por qué se decía que El había sufrido corno jamás sufriera hombre alguno? ¡No fue más que el dolor físico, que miles y millones han debido soportar! Y si yo pudiera hallarme tan seguro de la inmortalidad, como lo estaba Jesús, la muerte no equivaldría para mí más que al rasguño de una espina. ¿Qué importa ser crucificado y perecer en una lenta agonía si, terminada ésta, me había de sentar, ya reconfortado, a cenar en el Paraíso? Lo peor era que, cuando trataba de desterrar tan mordaces y rebeldes ideas — pensando que traducían las sugerencias del diablo, según afirmaban los libros — venía instantáneamente la réplica, de que el supuesto diablo no era sino la voz de mi propio razonamiento tratando de hacerse escuchar.

Pero la lucha no debía ser abandonada. Diablo, razón, o lo que fuera, tenía que perecer. De lo contrario no quedaba esperanza. Y llegué así al poderoso esfuerzo de concentrar todos los pensamientos sobre un objeto, asistido, sin duda, por el efecto reflejo de la oración sobre la mente. De ahí que, con el tiempo, consiguiera realmente creer todo lo que deseaba creer. De ahí que lograra mi recompensa, porque después de muchos días y semanas de miseria mental, los intervalos de paz se presentaban más hermosos. Nuevas y sorprendentes experiencias me condujeron a un estado de exaltación. Me sentí levantado o trasladado a una atmósfera puramente espiritual y en comunión e identificación con el mundo invisible.

Fué maravilloso. Por fin y para siempre, se terminaba la noche oscura del alma. Nada de amargas meditaciones ni de susurros burlones y vacilantes, al invocar el espantoso espectro de la muerte, que incesantemente me rondaba y,



sobre todo, no más "dificultades", Desaparecían las barreras rocosas contra las cuales habíame golpeado y magullado en vano. Porque ya encontrábame milagrosamente colocado por encima de ellas y puesto en salvo al otro lado del camino, donde el tránsito no se hallaba entorpecido.

Desgraciadamente, aquellos felices intervalos duraban poco. El recuerdo de algo que había oído o leído, volvía a sacarme de mi confiado y feliz humor. La razón volvía en sí como si hubiera estado entorpecida e hipnotizada, y la burlona voz se dejaba oír, calificándome de iluso.

Nuevamente se exhibía la aborrecida sombra del fantasma negro, y estremecíame ante ella cuando la idea de la completa aniquilación se me presentaba con mayor intensidad. Solía acordarme de las satíricas palabras acerca de la muerte y de la inmortalidad, que había oído, dos años atrás, a un viejo gaucho vecino de nuestra casa anterior.

Hombre tosco, de aspecto severo, de tupido cabello blanco plateado y de ojos grises — todo un gaucho por su indumentaria y primitiva forma de vida —, ocupaba pequeña fracción de tierra y cuidaba algunos animales, escaso residuo de la estancia que antaño perteneciera a su familia. Viejo vigoroso, pasaba medio día a caballo, vigilando aquella haciendita que representaba su único capital. Un día que estaba en nuestra casa se acercó al lugar donde yo hacía un trabajito. Sentándose cerca, me llamó. Me aproximé pensando con alegría que iba a participarme alguna interesante novedad relativa a los pájaros, que tanto me gustaban.

Quedó el anciano silencioso por largo rato, fumando un cigarro y observando el humo que echaba al viento. Luego rompió el silencio. "Mira — me dijo —, eres solamente un muchacho, pero me puedes decir algo que ignoro. Tus padres leen libros. Tú oyes su conversación y aprendes. Nosotros somos católicos romanos y ustedes protestantes. Nosotros les llamamos herejes y decimos que para los herejes no existe salvación. Ahora quiero que me digas, qué diferencia existe entre nuestra religión y la tuya". Expliquéle el asunto lo mejor que pude y agregué, algo maliciosamente, que la principal diferencia consistía en que su religión era una forma corrompida del cristianismo y la nuestra lo comprendía y realizaba en toda su pureza. Pero mi definición y mis comentarios no produjeron ningún efecto. Mi vecino continuó fumando y mirando hacia el cielo, como si no me hubiera oído. Después, habló otra vez: "Ahora sé. Las diferencias que manifiestas no son nada para mí, aunque quise conocer en qué estribaban; no vale la pena hablar de ellas, por que estoy convencido de que todas las religiones son falsas".

"Qué quiere decir? ¿Cómo lo sabe?", pregunté muy sorprendido. "Nuestros sacerdotes nos preceptúan — respondió — que tenemos que creer y vivir una vida religiosa, en este mundo, para salvarnos. Los de ustedes (los ingleses) les ordenan subordinarse a las mismas normas, y como no hay otro mundo y no tenemos alma, todo lo que dicen y establecen ha de ser falso. Tú ves todo esto con tus ojos — continuó, indicando con las manos el mundo visible — y cuando los cierras, o te vuelves ciego, no ves nada. Lo mismo pasa con nuestro cerebro. Pensamos en mil cosas y tenemos memoria, pero, cuando el cerebro decae, nos olvidamos de todo, y morimos, y todo muere con nosotros. ¿Acaso la hacienda no tiene ojos para ver y cerebro para recordar y pensar también? Y cuando muere, ningún sacerdote nos dice que los llamados irracionales poseen alma y que deben ir al purgatorio o a donde él quiera enviarlos. Ahora, en cambio de lo que me manifestaste, te he dicho algo que no sabías". Sus palabras ocasionáronme un gran desconsuelo. Hasta entonces había creído que el mal de nuestros amigos, los paisanos, era ser

demasiado creyentes, y aquel hombre – aquel viejo gaucho, honrado y bueno, que todos respetábamos – no creía en nada. Traté de discutir con él, exponiéndole que había sustentado algo horrible, desde que todos sentían en su corazón que tenían un alma inmortal, la que debía ser juzgada después de la muerte. Me había causado angustia y hasta miedo. El siguió fumando con toda calma, pareciendo no escucharme y como no me contestaba, le grité: "¿Cómo sabe? ¿Por qué afirma que sabe?"

Al fin habló: "Oye – me dijo– yo también fuí muchacho y sé que un muchacho de catorce años puede comprender tan bien como un hombre. Era yo hijo único de madre viuda y constituía todo para ella y ella representaba todo para mí. Estábamos juntos y solos en el mundo. Ella murió. Lo que aquello significó para mí ¿cómo lo puedo exteriorizar? ¿Cómo podrías comprenderme? Después que la hubieron sepultado, me dije: "Mi madre no ha muerto y dondequiera que se encuentre ahora, en el cielo o en el purgatorio o en el Sol, me recordará y volverá a mi lado a consolarme". Cuando obscureció, salí solo. Me senté en el fondo de la casa y pasé horas esperándola. "Seguramente vendrá – exclamé –, pero no sé si la veré o no. Tal vez no será mas que un susurro en mi oído o un roce de su mano sobre la mía, pero sabré que está conmigo". Al fin, cansado de mi vigilia, me tiré sobre el lecho, rendido, pensando que vendría al día siguiente. Y así pasé muchas noches sucesivas. En ocasiones, subía yo la escalera de mano, que siempre estaba contra la pared a efecto de llegar al techo y observar la tropilla que pacía en la llanura. Pasaba horas sentado o recostado sobre el techo de paja, y, sollozante, clamaba: "¡Ven, madre mía! ¡No puedo vivir sin ti! Ven pronto antes de que muera con el corazón deshecho!" Tras mi acendrado pedido, en el que iba mezclado el llanto a mis palabras de amor filial, abatido de pena y de cansancio, volvía a mi cuarto. Ella nunca regresó, y, al fin, me persuadí de que había muerto y que desdichadamente, quedábamos separados para siempre; que no hay vida en pos de la muerte".

Su relato me tocó las fibras del corazón. Alejéme sin añadir palabra, pero conseguí convencerme de que su pena, por la madre, lo había trastornado, ya que durante la juventud se habían formado en su mente aquellas quimeras, habiéndolas conservado toda la existencia. No obstante semejante recuerdo atormentábame. Un día, en estado de perturbación, mientras leía la *Fisiología* de George Combe, tropecé con un párrafo en que discute la cuestión del deseo de inmortalidad, donde el autor asevera que no es universal, y como prueba de tal aseveración escribe que él no tiene tal deseo.

Este fué un rudo despertar para mí, pues – hasta ese momento– en mi ignorancia, había supuesto semejante ambición inherente a todo ser humano, desde el amanecer del entendimiento hasta el fin de la vida. Suponía que era nuestro principal objeto, un instinto del alma, como el instinto físico del pájaro migratorio, que le llama anualmente desde las regiones más lejanas de vuelta a su lugar natal. También había imaginado que esa esperanza o más bien la creencia en ella se fundaba en nuestra pasión por la inmortalidad y en el sentido universal de la misma. El hecho de que existieran otros seres humanos que no participaban de idéntico deseo, bastábame para convencerme de que no implicaba un instinto del espíritu ni que tampoco era de origen divino.

Sufrí otros muchos golpes por el estilo. Cuando evoco esa triste época, me parece casi increíble que tan dudosa fe en la religión haya sobrevivido y que la lucha aun siguiera como siguió y sigue efectivamente.

Para muchos de mis lectores – todos aquellos que se hayan interesado por la historia de la religión y sus consecuencias sobre la mente del individuo – su

psicología – todo lo que he escrito, respecto a mi estado mental en el mencionado período, les parecerá cuento familiar, desde que miles y millones de hombres han soportado experiencias similares y las han relatado en sinnúmero de libros. Y aquí debo recordar que, en los días de mi juventud, no habíamos caído aún en la indiferencia religiosa y en el escepticismo que ahora se extiende por todo el mundo. En aquel entonces, la gente todavía poseía arraigadas creencias o no exteriorizaba lo contrario, y en Inglaterra, donde ahora escribo, en el mismo centro y cerebro del mundo, a muchos miles de leguas de mi rústico desierto, los campeones de la Iglesia se encontraban en mortal conflicto con los evolucionistas. Yo ignoraba todo esto. Carecía de libros modernos. Los contenidos en nuestra biblioteca databan, en su casi totalidad, de más o menos cien años atrás. Mi lucha se basaba sobre las viejas reglas. Por eso las he relatado – lo más brevemente – considerando necesario efectuarlo, ya que forma parte del proceso en el desarrollo de mi mente durante el período juvenil. No dudo que mis angustias religiosas fueron más grandes que en la mayoría de los casos a causa de la especial razón reflejada en las precedentes páginas.

## Capítulo XXIV

*La soledad del alma. - Mi madre y su muerte. - El amor materno. - Su carácter. - Anécdotas. - Misterio y revelación. La emigración otoñal de los pájaros. - Vigilias a la luz de la luna. - Regreso de mi hermano - Me hace conocer las obras de Darwin. - Nueva filosofía de la vida. - Conclusión.*

### GANANCIA Y PERDIDA

**L**a triste verdad de que un hombre — todo hombre— debe morir solo, se había fijado vivamente en mi cerebro y mantenido en él por los violentos y frecuentes ataques de la enfermedad que yo padecía en aquel entonces, cada uno de los cuales amenazaba ser el último. Y esta aprensión y tal sentido de la soledad en el momento de la rotura de todo vínculo terrestre, fué acaso el origen de la idea o noción que me formé, de que, en nuestros más íntimos pensamientos y reflexiones sobre el destino, así como en nuestras más hondas emociones, estamos y debemos estar solos. De cualquier modo, nunca tuve un confidente ni anhelé tenerlo. Al respecto, recuerdo las últimas palabras que me dirigió mi hermano menor, el ser más querido sobre la Tierra, y con quien había sido más íntimo que con cualquier otra persona.

Aquello fué cuando los años tenebrosos habían pasado, cuando yo ya gozaba de largos períodos de salud más o menos buena y había conocido la felicidad, en los solitarios lugares que me gustaba frecuentar en comunión con la naturaleza y con los pájaros silvestres por compañía. Encontrábase mi hermano despidiéndome a bordo del barco que había de conducirme a la *home*, como insistía en llamar a Inglaterra, para diversión suya, y cuando nos habíamos estrechado finalmente las manos y dándonos el último adiós, él pronunció las siguientes palabras: "De todas las personas que he conocido, tú eres la única que no conozco". Esta era una frase, me imagino, que jamás habría sido vertida por una madre dirigiéndola a su hijo querido; porque su penetración, nacida de su gran amor, supera a la del amigo más íntimo y a la del hermano. Jamás le dije a mi madre una palabra de mis dudas y agonías mentales. Le hablé únicamente de mis padecimientos físicos. Sin embargo, ella lo sabía todo y yo no ignoraba que ella lo sabía. Y porque ella conocía y comprendía el estado de mi mente, nunca preguntó, jamás sondeó, pero invariablemente, cuando se hallaba a solas conmigo, con

infinita ternura, tocaba materias espirituales y me informaba de su propio estado. Los consuelos de su fe le daban paz y fortaleza en los reveses y en las ansiedades.

Sabía también que su interés por mí era el más grande, pues no ignoraba la especie de angustias que me presionaban y deprimían. Mi hermano mayor, tan largo tiempo ausente, apenas había dejado de ser un niño cuando ya se había desprendido de toda creencia en la fe cristiana, jactándose de haberse librado de fábulas de viejas, como decía con desdén. Pero nunca le expresó a nuestra madre nada al respecto. No obstante, ella lo adivinó. Cuando nos hablaba del asunto más caro a su corazón y él escuchaba con respetuoso silencio, ella comprendía las ideas y los sentimientos del hijo y sabía que él la amaba sobre todas las cosas, pero que no compartía su credo. Mi hermano mayor se había despojado de esas creencias, con el corazón alegre, debido a su perfecta salud, ya que en esa condición la idea de la muerte no pasa por el pensamiento: la mente rehúsa admitir tal idea y tan remota es, en ese estado, que nos consideramos prácticamente inmortales. Sin esa idea que la hostigue, la mente se conserva clara, vigorosa y libre de trabas. ¿Qué me habría importado ésta, me preguntaba, cuando trataba de buscar la Se, si no hubiera estado sentenciado a una muerte temprana, cuando mi único deseo era la vida, nada más que la vida, vivir para siempre?

Fué entonces cuando mi madre murió. Su perfecta salud decayó repentinamente y su fin no tardó en llegar. Pero sufrió mucho y en la postrer ocasión que estuve al lado de su lecho me manifestó que estaba muy cansada y no temía a la muerte y que aun estaría contenta de irse si no fuera por el miedo de dejarme en tan precario estado de salud y con el espíritu torturado. .Aun entonces no me hizo preguntas, expresando solamente la esperanza de que sus oraciones en favor mío serían atendidas y que al final volveríamos a encontrarnos. No puedo decir, como podría afirmar en el caso de cualquier otro pariente o amigo, que la había perdido. El amor de una madre para el hijo de sus entrañas difiere esencialmente de otros afectos y arde con tan clara y firme llamarada, que parece la única cosa inmutable en esta variable vida terrenal, de tal suerte que, aun cuando ella ya no se encuentre presente sigue siendo luz y guía para nuestros pasos, y consuelo en nuestras angustias y en nuestros tropiezos.

Me causó gran sorpresa, hace unos años, ver expresadas mis secretas y más queridas intimidades hacia mi propia madre, como jamás las había oído definir antes, por un amigo que, aun cuando joven, se había forjado una posición en el mundo. El, que nunca había conocido a su madre por haber muerto ella durante su tierna infancia, lamentábase de que así hubiese sucedido, no solamente por la orfandad de su niñez, sino también y sobre todo, porque más tarde, en la vida, comprendió que había perdido algo infinitamente precioso que otros tienen: el recuerdo perdurable y fortaleciente de un amor que no se parece a ningún otro de los conocidos por los mortales, y que representa casi un sentido y la presciencia de la inmortalidad.

En mis lecturas nada me llega tanto al corazón como un relato verídico del amor entre madre e hijo, uno para el otro, como hallamos en ese sincero libro — del que ya hablé en un capítulo anterior — titulado *Historia de mi juventud*, por Serge Aksakkoff. Entre otros libros, permítaseme citar la *Autobiografía* de Leigh Hunt, en sus primeros capítulos. Leyendo los incidentes que narra del amor y compasión de su madre para todos los que sufrían, así como sus actos de sacrificio, he exclamado: "¡Qué parecida a mi madre! ¡Exactamente igual habría procedido ella!". Daré aquí un ejemplo de su amorosa bondad.

Días después de su muerte, tuve ocasión de ir a la casa de un criollo, vecino nuestro, que vivía en humilde rancho. No se me ocurrió, en ese momento, que no

había visto a él y a su familia desde que mi madre falleciera. Al entrar en la habitación, la anciana madre del criollo, señora que tenía nietos de mi edad, se levantó de su silla con pasos vacilantes. Tomando mis manos entre las suyas y con lágrimas en los ojos, exclamó: "¡Nos ha dejado! Nos ha dejado; ella, que me llamaba madre por mis años y por su cariñoso corazón. ¡Ella sí que fué mi madre y la de todos nosotros! ¿Qué haremos ahora?"

Solamente al retirarme y después de haber montado a caballo, ocurrióseme que los recuerdos de la anciana se remontaban al tiempo en que conoció a mi madre por vez primera a una esposa niña, muchos años antes de que yo naciese. Podía recordar muchos de sus actos de amor y caridad. Cuando una de las hijas de aquella anciana murió, al dar a luz — en ese mismo rancho —, mi madre, que en aquel entonces me criaba, fué a ofrecerle consuelo y ayuda; y al ver que la criatura vivía, la llevó a casa amamantándola junto conmigo durante varios días, hasta que le encontraron tina nodriza. Desde que tuve uso de razón, me maravillaba de su tolerancia. Era una santa en vida y de una espiritualidad del más alto grado. Para ella, hija de padres y antepasados de la Nueva Inglaterra, criada en una atmósfera intensamente religiosa, los pobladores de las pampas, entre quienes le tocó vivir, le habrán parecido casi como habitantes de otro mundo. Resultaríanle tan extraños moralmente, como lo eran en su exterior por el idioma, indumento y costumbres. Sin embargo, pudo adaptarse a ellos, visitarlos y sentirse con toda comodidad en el más humilde rancho, interesándose tanto por sus asuntos como si fueran propios. Su ternura y liberalidad la hicieron muy amada por todos, siendo una pena para muchos que no perteneciese a su fe. Ella era protestante, y aunque nuestros convecinos no sabían exactamente lo que eso significaba, suponían que tenía que ser algo muy malo. Los protestantes, según algunos, habían actuado en la crucifixión del Salvador, y de todas maneras, no iban a misa ni se confesaban y desconocían los santos, esos seres glorificados, quienes, bajo los auspicios de la Reina del Cielo y en compañía de los ángeles, servían de guardianes a las almas cristianas en esta vida y de intercesores en la eternidad. Deseaban convertirla. Cuando nací, la misma anciana de quien he hablado se dispuso a aprovechar la circunstancia de que yo viniera al mundo el día de Santo Domingo para convencer a mi madre que me llamara como aquel santo, según la costumbre religiosa del país. Si conseguía esto, ella lo interpretaría como un signo de gracia, demostrando no ser su caso un caso perdido, ya que no despreciaba los santos.

Pero mi madre había elegido mi nombre y no estaba dispuesta a cambiarlo por otro, ni aun para complacer a sus humildes vecinos y menos por un nombre como el de Domingo, porque, posiblemente, no existía otro tan ofensivo para los herejes de todas denominaciones.

Esto les apenó mucho. Ha sido ése el único dolor que les ocasionó, Pero la anciana y algunos de sus familiares creyeron que la idea era demasiado buena para abandonarla del todo. Insistían siempre en llamarme Domingo.

La simpatía y cariño de mi madre se apreciaban también a través de la hospitalidad que le agradaba dispensar. Es cierto que tal hábito constituía una virtud en el país, especialmente entre la población nativa; sin embargo, en todas mis andanzas de años subsiguientes sobre esas extensas llanuras, en que cada noche resultaba huésped de un hogar distinto, nunca encontré nada parecido a la hospitalidad dispensada por mis padres.

Una de las cosas más agradables para ellos, era tener visitas o huéspedes con nosotros. También había un buen número de personas de más al sur de la provincia, que en sus viajes periódicos a la ciudad acostumbraban pernoctar en casa, y a veces, pasarse medio día a nuestro lado. No existían distinciones. Los

más humildes, aun aquellos que en Inglaterra se denominan comúnmente "vagos", aquellos a quienes la hacienda les hacía peligroso el andar a pie, recibían tan cordial bienvenida como si fueran exponentes de una clase superior. Nos causaba placer, como chiquilines amantes de la burla, tener un huésped de semejante condición para la cena.

Ocupábamos nuestros lugares en la larga mesa bien surtida, y la mirada severa que nuestro padre nos dirigía, nos daba la pauta de la categoría del huésped y su falta de adaptación a los medios. Nos agradaba observarlo furtivamente y escuchar sus desacertados esfuerzos para iniciar y sostener la conversación. Sabíamos, empero, que el menor conato de risa de nuestra parte habría sido una ofensa imperdonable. Cuanto más pobres, raros o ridículos — desde nuestro punto de vista — aparecían los visitantes, más se esforzaba mi madre para que estuvieran a sus anchas. Nos decía, cuando nos encontrábamos a solas con ella, que no podía participar de nuestro risueño modo de apreciar los gestos de cualquiera de los rústicos viajeros. Pensaba que cada uno de ellos, probablemente, tendría la madre en algún país distante, y que tal vez aquélla lo recordaría en el mismo momento en que se encontraba en nuestra mesa. Quizá estuviera rezando y pidiendo a Dios para que el hijo ausente encontrase en sus giras un poco de cariño.

Recuerdo muchos de estos huéspedes que nos brindaba el azar. Me referiré a uno en particular, pues él y la noche que pasamos en su compañía, perduran en mi memoria con una frescura particular, y además, como un recuerdo predilecto de mi madre.

Tenía yo entonces de nueve a diez años. Nuestro huésped fue un joven español, buen mozo y con una expresión y modales muy simpáticos. Iba en viaje de Buenos Aires a un lugar de nuestra provincia, que distaba sesenta o setenta leguas más al sur. Después de pedir permiso para pernoctar en casa, explicó que tenía solamente un caballo, pues le agradaba más viajar así, que no a la usanza criolla, en que con la tropilla por delante se galopa furiosamente desde el aclarar hasta el obscurecer, mudando caballos cada tres o cuatro leguas. Con un caballo solo se debía andar con calma, tomándose frecuentes descansos. Por otra parte, le agradaba ser huésped en diversas casas al solo efecto de alternar con sus moradores.

Después de la cena, durante la cual nos encantó con su conversación y su castellano puro y armonioso, formamos una rueda delante de la estufa alimentada con leña, en el comedor, cediéndole el asiento principal. Había dicho que tocaba la guitarra y todos queríamos sentarnos donde pudiéramos ver a la par que escuchar. Afinó el instrumento sin apurarse, haciendo muchas pausas mientras continuaba la conversación con mis padres, hasta que al fin percatándose de nuestros deseos — empezó a tocar en estilo musical extraño para nosotros. No interpretó piezas alegres con arpegios y floreos fantásticos, tan usados por los guitarristas criollos. Era su música hermosa, pero seria.

Siguió otra larga pausa y continuó hablando. Refirió que las piezas que había ejecutado las compuso su gran favorito, Sarasate. Nos dijo que éste fué uno de los más famosos compositores y guitarristas de España y que escribió mucha música para la guitarra antes de abandonarla por el violín. Como violinista había conquistado reputación europea. En España, no obstante, lamentaban sus admiradores de que hubiese abandonado el instrumento nacional.

Todo lo que refería era interesante, pero nosotros queríamos más y más música. El tocó menos y menos, a intervalos más largos. Luego dejó la guitarra, y, volviéndose a mis padres, les pidió sonriente que le disculparan. No podía seguir tocando. Le atenaceaban los recuerdos. Les debía, dijo, contar sus pensamientos.

Así se darían cuenta de lo que habían hecho por él esa noche y cómo se lo agradecía.

Pertenecía a una larga familia, muy unida. Durante el invierno, crudo en la zona donde estaba radicado su hogar allá en España, el momento más feliz lo constituía para ellos cuando al anochecer reuníanse todos en la sala, delante de un buen fuego de roble. Pasaban las veladas entregados a los libros, a la conversación, a la música y al canto. Naturalmente, desde que saliera de su patria, años atrás, estos recuerdos cruzaron por su mente en varias ocasiones, pero fueron recuerdos pasajeros. Aquella noche se le presentaban de una manera distinta, más que como reminiscencias como un revivir del pasado, de tal manera que, mientras estaba sentado entre nosotros, se veía nuevamente, muchacho en España, al lado del fuego rodeado de sus hermanos y de sus padres. Con tal estado de ánimo no podía seguir tocando. Y le pareció curioso que semejante fenómeno espiritual se hubiese presentado por primera vez en un lugar de la grande y desnuda pampa, tan escasamente poblada, donde la vida era tan dura y primitiva.

Mientras hablaba, todos escuchábamos plenos de verdadera congoja, absorbidos por sus palabras, especialmente mi madre, cuyos ojos encontrábanse húmedos de emoción. En muchas oportunidades, después, evocó al huésped de aquella noche, que jamás volvimos a ver, pero que nos dejó su inolvidable imagen en nuestros corazones.

Tal es el retrato de mi madre, como aparecía a los que la conocieron. En mi caso particular existía algo más: un secreto lazo de unión entre los dos, desde que ella mejor que nadie comprendió mi amor por la naturaleza y mi aprecio por todo lo hermoso. Esto acercábame más a sus propios sentimientos. Así que, aparte y por encima del entrañable afecto entre madre e hijo, teníamos un parentesco espiritual, de suerte que toda cosa hermosa a la vista o al oído, que me llamaba la atención, se me presentaba asociada a ella. Me encontrado este sentimiento expresado con toda fidelidad en algunas líneas del *Snowdrop* de nuestro malogrado poeta Dolben. Si mal no recuerdo, escribió:

*El verano, con todas sus rosas y claveles, -no trae una flor tan amable y que dé a mi mente —tan meditativo descanso como ésta.- — El aire de la mañana- — al mover apenas sus silenciosas campanillas- — parece susurrar "Hogar".- — A todas las cosas gentiles- — a todas las cosas bellas- — yo te asocio, madre mía — como parte de ti misma.*

Así lo siento yo también. Todas las cosas bellas y principalmente las flores. Su cariño por éstas rayaba en la adoración. Su sentimiento religioso le hacía considerarlas como pequeñas y mudas mensajeras del Autor de nuestro ser, o como símbolos divinos de un lugar y de una hermosura fuera del alcance de nuestra imaginación.

Me parece que cuando Dolben escribió esas líneas a la campanilla blanca, recordaba que ésa era la flor favorita de su madre. La mía también tuvo sus flores favoritas. No fueron ellas las rosas ni los claveles de nuestros jardines, sino las flores silvestres que crecían en la pampa, flores que nunca vi en Inglaterra. Pero las recuerdo bien y si por alguna extraña casualidad encontrárame nuevamente en aquella lejana región, saldría a buscarlas y, viéndolas, sentiría que estaba en comunicación de nuevo con el espíritu de mi madre.

Estos recuerdos de mi madre implican para mí un gran consuelo. Al recordar tal período melancólico, invoco también los años que se malgastaron y tanto afectaron mi juventud, época que para otros es la más grata, rica y feliz. de



la vida, y que siempre fué la más penosa para mí. Sin embargo, estoy obligado a recordarla para referir cómo, al fin, pude salir de ella. Mi caso no era precisamente como el de *El proscrito de Cowper*, sino más bien como el del desertor de un barco, sobre una costa tropical, que al nadar hacia ella se encuentra en los pantanos del mangle hundido en lodo hasta la cintura, enredado entre las lianas como sogas y esforzándose frenéticamente por escapar.

He narrado cómo, después de mi décimoquinto año, cuando primero empecé a reflexionar seriamente sobre mi vida futura, persistía en la idea de que mi perpetuo regocijo ante la naturaleza traducía una condición o fase de mi mente de criatura y muchacho que, inevitablemente, desaparecería con el tiempo. En fecha más temprana podría haber sospechado que era un error, desde que el sentimiento había ganado fuerza con la edad; pero solamente fué después de empezar mis lecturas, al principio de mi décimosexto año, cuando descubrí su verdadero carácter. Uno de los libros que más gusté entonces, ha sido el *Selborne* de White, que me regaló un viejo amigo de la familia, comerciante de Buenos Aires, quien acostumbraba pasar una o dos semanas anualmente con nosotros, cuando tomaba sus vacaciones. Había estado en Europa, y me contó que un día, encontrándose en Londres, en vísperas de su regreso entró en una librería. Viendo este libro sobre el mostrador, luego de hojearlo, se le ocurrió que éra un regalo propio para llevarle al muchacho, tan amante de los pájaros, allá en las pampas. Lo leí y releí muchas veces. Jamás había llegado a mi poder nada tan bueno en su género. Pero no me reveló el secreto de mi amor por la naturaleza. El sentimiento del cual me volvía más consciente cada día era un misterio para mí, especialmente por momentos, cuando me acosaba repentinamente con ímpetu. Tan fuerte resultaba, tan inexplicable, que hasta lo temía, no obstante salirme de mi camino para hallarlo. A la hora de la puesta del sol, me iba a unas cuadras de la casa. Sentado sobre el pasto reseco, con los brazos alrededor de las rodillas, contemplaba arrobado el cielo del poniente, esperando que me arrebatara. "¿Qué quiere decir esto?", preguntábame. Pero a esa pregunta no había contestación en ninguno de los libros que trataban de la "Vida y conversaciones de los animales". La encontré, más tarde, en la *Filosofía*, de Brown —uno de los viejos volúmenes de nuestros estantes— y en cierto antiguo tomo, con extractos de los poetas del principio del siglo diecinueve y también en otras obras. No me decían rotundamente cuál era la facultad oculta dentro de mí que producía esos extraños impulsos o estallidos de emoción que me elevaban sobre mí mismo por momentos. Lo que encontré en sus palabras era suficiente, sin embargo, para demostrarme que el sentimiento del encanto ante la naturaleza se mantenía permanentemente; que otros lo habían conocido y se había convertido en manantial secreto de felicidad durante sus vidas. Tal revelación, que en diversas circunstancias me hubiera hecho sumamente dichoso, sólo sirvió para aumentar mi espiritual miseria, ya que creía que tenía poco tiempo de existencia. La naturaleza podía encantar; encantábame. Sus mensajes mudos a mi alma resultaban más dulces que la miel en el panal, pero no podían evitarme la estocada ni la victoria de la muerte, y, por fuerza, tuve que buscar el consuelo por distinto sendero. Esto, no obstante, aun en mis peores días, en mis años más oscuros, mientras estaba preocupado con la tarea laboriosa de procurar mi salvación, con temor —a causa de aquel espectro de la muerte persiguiéndome siempre— no podía librar a mi pensamiento de su vieja pasión y deleite. El sol naciente y poniente; la contemplación de un cielo azul y límpido después de la tormenta; el llamamiento familiar de un pájaro emigrante recién llegado, al que no habla escuchado por algún tiempo; la primera flor de primavera, en fin, despertaban la vieja emoción, penetrando como el rayo del sol entre las

tinieblas, provocando un júbilo intenso y momentáneo, seguido por inexplicable dolor. A veces, las dos sensaciones opuestas se encontraban mezcladas en mi mente, por horas, y esto ocurría con más frecuencia durante la emigración otoñal, cuando la gran ola de pájaros se iba hacia el norte — en todo marzo y abril — y se les veía pasar en bandadas, desde el amanecer a la oración, hasta que todos los visitantes de verano, habiéndose ido, eran reemplazados, en mayo, por los pájaros del lejano sur que huían del invierno antártico.

El espectáculo habíame conmovido siempre. Me producía, en aquel entonces, una sensación contradictoria. Adquiría mayor intensidad en las noches tranquilas de luna, cuando me sentaba o tendía en la cama, espiando la perspectiva — tierra y cielo — en su aspecto misterioso y distinto. Y allí, acostado, pasaba las horas enteras escuchando el grito de tres sílabas del chorlo solitario, mientras pasaban los pájaros allá arriba, en el cielo oscuro, volando hacia el norte. ¡Extraña vigilia, agitada por raros pensamientos y emociones, en aquella tierra iluminada por la luna, que, también era extraña, aunque familiar, porque nunca había sido para mí, antes, más fuerte el sentido de lo sobrenatural en la naturaleza! Y el pájaro que yo oía, ese mismo solitario chorlo que había conocido y admirado desde mis primeros años, el más elegante de los pájaros, hermoso a la vista y grato al oído, cuando saltaba delante de mi caballo con su prolongado y agudo grito de alarma, se alejaba con vuelo parecido al de la golondrina. ¡Qué intensidad y alegría de vivir había en él! ¡Qué maravillosa sabiduría heredada guardaba en su cerebro y qué vigor incansable en su débil cuerpo, que le permitía hacer ese doble viaje anual de más de diez mil millas! ¡Qué alegría sería vivir por siglos en un mundo de tan fascinadores fenómenos! Si un gran médico, más sabio que los demás, infalible, me hubiera dicho que todos los otros se habían equivocado, que, exceptuando accidentes, todavía tenía cincuenta años de vida, o cuarenta, o simplemente treinta, lo habría idolatrado y me hubiera considerado el ser más feliz del mundo, con tantos otoños e inviernos y primaveras y veranos por delante. Con esas sobrenaturales noches de luna termino mi relato de aquel período oscuro. Por más que las tinieblas no se hayan despejado todavía, considero suficiente haberlo recordado y relatado tan brevemente como he podido.

Dejadme volver, ahora, al símil del pobre infeliz luchando por su vida en el fangal del mangle, La primera sensación de haber plantado mi pie sobre un lugar más firme, en ese lodazal fétido, de respirar un aire puro, venido a mí de más allá de la sombra de la aborrecida selva negra, fué cuando comencé a pasar intervalos de alivio en el dolor físico, intervalos que se volvieron más y más frecuentes, extendiéndose a días enteros. Luego a semanas, y así, por un tiempo, hiciéronme olvidar mi resentida salud.

Todavía y por gran lapso, estaría expuesto a los ataques de un dolor tan insoportable, como si un acero atravesara mi corazón, seguido siempre de violentas palpitaciones que duraban horas. Encontré que el ejercicio a pie o a caballo no me empeoraba y cada vez me volvía más emprendedor, pasando la mayor parte del día fuera de casa, aunque en ocasiones fastidiado por la idea de que mi pasión por la naturaleza, me trababa y desviaba del difícil camino trazado.

Por aquel entonces volvió mi hermano mayor, acontecimiento de notable importancia en mi vida, a pesar de que, como no se le esperaba tan pronto, tuve un minuto de duda respecto a si aquel forastero pudiera ser él. ¡Tanto había cambiado de aspecto en esos cinco largos años de ausencia, que para mi semejaron una eternidad! Nos había dejado siendo un joven de cara suave, tan curtido por el sol que con sus penetrantes ojos oscuros y con su largo y negro cabello, parecía más un indio que un hombre blanco. Ahora, su cutis era blanco y tenía barba y bigote

castaños. También había mudado el genio. Regresaba más tolerante y cariñoso. Pronto, no obstante, descubrí que su carácter no había variado.

En cuanto tuvo una oportunidad, empezó a interrogarme respecto a mis pensamientos, a mi vida y a mis progresos, mostrándose sorprendido de que yo permaneciese todavía en la fe en la que me habían criado. "¿Cómo — preguntó — conciliaba esas antiguas fábulas y nociones con la doctrina de la evolución? ¿Qué efecto había surtido en mí Darwin?" Tuve que confesarle que no había leído una línea de su obra, que, con excepción de la *Historia de la civilización*, de Draper, que por casualidad llegara a mis manos, durante todos esos cinco años, no había leído más libros que los viejos ejemplares, siempre colocados en nuestra biblioteca. Dijo que conocía la historia de Draper, pero que no era ese libro de la clase que me convenía ahora. Necesitaba una historia diferente, con animales además de hombres, El tenía una cantidad de libros y me prestaría, para empezar, *El origen de las especies*.

Cuando lo hube leído, se lo devolví. Quiso él conocer mi opinión. Le dije que no me había afectado en lo más mínimo, desde que Darwin — a mi modo de ver — solamente consiguió desaprobar su propia teoría con el argumento de la selección artificial. El mismo confesaba que ninguna especie nueva jamás se había producido en esa forma.

"He ahí —replicó— la crítica fácil que efectuaría cualquiera que se pusiera a leerlo con espíritu hostil. Harían hincapié en ese punto, aparentemente débil, sin fijarse en los hechos claramente expuestos y contestados en el libro. Cuando él lo leyó se convenció, porque había realizado el estudio con mente amplia, y yo, por el contrario, lo había llevado a cabo subordinado a los prejuicios de mis ideas religiosas. Aconsejéme que lo leyese de nuevo: leerlo y considerarlo cuidadosamente, con la única intención de descubrir la verdad. "Tómalo — dijo — y léelo otra vez de la manera apropiada para ti, como un naturalista".

Se había sorprendido de que yo, ignorante muchacho de las pampas, hubiese tenido la osadía de criticar la obra. Por mi parte, habíame admirado su suave manera de razonar conmigo, sin el desdeñoso espíritu de antaño. Se mostró afectuoso, sabiendo que había sufrido mucho y que no estaba del todo restablecido.

Releí la famosa obra en la forma en que me había aconsejado y luego me rehusé a preocuparme del asunto. Estaba harto de pensar. Como el infeliz que por mucho tiempo se ha retorcido sobre el duro lecho del dolor, solamente atinaba a reparar mi vigor perdido, respirando y caminando otra vez, montando a caballo y galopando sobre los verdes campos, al sol y al viento. Porque, después de todo, era solamente una suspensión, no una conmutación de la sentencia, en la que al condenado se le permitía salir bajo fianza. El perdón no lo recibí hasta unos cuantos años más tarde. Con un redivivo placer, volví a practicar mis viejos deportes (caza y pesca), pasando días y hasta semanas fuera de la estancia, aceptando, en ciertas oportunidades, la hospitalidad de viejos amigos gauchos y vecinos antiguos, en sus ranchos, asistiendo a las yerras y a los apartes de hacienda, a los bailes y a otras reuniones, y aun efectué expediciones más largas, hasta las fronteras sur y oeste de la provincia, viviendo al aire libre durante meses.

A pesar de mi resolución de olvidarme de Darwin, mi mente o subconsciencia — igual que un perro que con un hueso en la boca desobedece a su amo cuando éste le ordena soltarlo — seguía revolviendo el asunto. Aquella obsesión subsistía el día entero en mí, tanto cuando recorriendo el campo sujetaba el caballo para contemplar a gusto un ser cualquiera, como cuando boca abajo observaba entre los pastos la misteriosa vida de algún insecto. Y toda existencia

que caía bajo mi vista, desde el gran pájaro describiendo círculos en la vastedad del espacio, hasta el miserable bichito que se encontraba a mis pies, entraban en el argumento y reflejaban un tipo, representando un grupo, marcado por su semejanza de familia, no solamente en aspecto, colorido y lenguaje, sino también en personalidad, costumbres y aun en los más ligeros rasgos de carácter y gestos. Y sucesivamente así, el grupo entero, a su vez, lo relacionaba con otro grupo y todavía con otros más y más alejados, haciéndose la analogía cada vez menos notable. ¿Qué otra explicación era posible sino la comunidad de origen? Parecía increíble que no se hubiera notado, aun antes de que se descubriera que el mundo era esférico y pertenecía a un sistema planetario que giraba alrededor del sol.

Todo este conocimiento sideral carecía de importancia comparado con el de nuestro parentesco con las infinitas formas de vida que comparten la tierra con nosotros. ¡Y sin embargo, no fué hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando la gran, casi evidente verdad, se abrió paso en el mundo!

No hay duda de que se trata de una experiencia común. Apenas el investigador se ha convertido a una nueva doctrina, cuando ésta toma completa posesión de su mente. Entonces no tiene la apariencia de un extraño y desagradable huésped. Más bien adquiere el aspecto de antiguo familiar y amigo.

Supongo que la explicación consiste en que cuando abrimos las puertas al nuevo e inoportuno visitante, realizamos simple y virtualmente una ceremonia, desde que el verdadero acontecimiento ha sido ya consumado al introducirse el huésped a hurtadillas instalándose en la subconsciencia.

En forma insensible e inevitable, me había convertido en evolucionista, aunque nunca del todo satisfecho con la selección natural, como la única y suficiente explicación de los cambios en las formas de vida, Y otra vez, insensiblemente, la nueva doctrina me condujo a modificaciones de las antiguas ideas religiosas y, eventualmente, a una nueva y simplificada filosofía de la vida. Bastante buena en lo que se refiere a esta existencia, pero que, desgraciadamente, no toma en cuenta la otra, la perdurable.

Este asunto ha preocupado mucho a los hombres durante los últimos dos o tres terribles años<sup>41</sup> recordándome frecuentemente aquel rudo golpe que recibí, siendo un muchacho de catorce años, al oír el amargo relato del viejo gaucho acerca del alma. Asimismo, he recordado la teoría en que mi muy amado hermano menor solía encontrar consuelo. Habíase vuelto muy religioso, y después de leer mucho a Herbert Spencer y a otros filósofos evolucionistas modernos, me dijo que creía ocioso que los cristianos combatieran los razonamientos de los materialistas, referentes a que la mente es una función del cerebro. Lo es, indudablemente. Nuestras facultades mentales mueren con aquél; pero tenemos un alma imperecedera. El lo sabía, lo que significaba que era también un místico y, hallándose completamente preocupado con la religión, esa facultad mística encontraba en ella su función y uso. De todos modos, tal concepto le sirvió para sobreponerse a sus dificultades, y para sacarlo de su lodazal del mangle: un camino quizá menos imposible que el que señaló recientemente William James.

Así salí del litigio como perdedor, pero con la compensación de no ignorar que mis médicos habían resultado unos falsos profetas, y que, salvo accidentes, podía contar con treinta, cuarenta y hasta cincuenta años de veranos, otoños e inviernos. Y ésa era la vida que deseaba, la vida que el corazón puede concebir: la vida terrenal.

---

<sup>41</sup> Se refiere a los de la gran guerra europea. — N. del T.

Cuando oigo a personas que dicen que no han encontrado el mundo y la vida tan agradables e interesantes como para haberse enamorado de ellos, o que ven sin angustia la aproximación de su muerte, entiendo que nunca "vivieron verdaderamente", es decir, que nunca sintieron con intensidad suficiente el mundo que ellos juzgan tan mal. No vieron nada; ni aun supieron apreciar lo que era una brizna de pasto. Sólo sé que el mío es un caso excepcional, que el mundo visible es para mí más hermoso e interesante que para la mayoría de la gente, que el placer experimentado en mis comuniones con la naturaleza no se ha esfumado nunca, si bien dejó un recuerdo de felicidad desaparecida, para intensificarse, por contraste, en un dolor presente.

La felicidad no la perdí jamás, pero debido a aquella facultad de que ya he hablado, temía un efecto acumulativo en la mente y era de nuevo mía. Así fué que en mis peores días, en Londres, cuando estaba obligado a vivir alejado de la naturaleza por largos períodos, enfermo, pobre y sin amigos, yo podía siempre sentir que era infinitamente mejor "ser, que no ser".